

BUSHIDO

EL ALMA DE JAPÓN

INAZO NITOBE



SASA
JAPON

Inazō Nitobe

Bushido:

El Alma del Japón

CONTENIDO

LOS CUATRO PILARES DEL HONOR

INTRODUCCION

PROLOGO

SIETE PRINCIPIOS

ALGUNOS COMENTARIOS DE MIRUMOTO JINTO, RIKUGUNSHOKAN DEL CLAN DEL
DRAGÓN

CREDO SAMURAI

DEDICATORIA

PREFACIO

PREFACIO DE LA DECIMA EDICION REVISADA

BUSHIDO COMO UN SISTEMA ETICO

FUENTES DEL BUSHIDO

RECTITUD O JUSTICIA

VALOR EL ESPIRITU DE OSADIA Y CONDUCTA

BENEVOLENCIA LA SENSACION DE SOCORRO

CORTESIA

VERDAD O VERACIDAD

HONOR

EL DEBER DE LA LEALTAD

EDUCACION Y EL ENTRENAMIENTO DE UN SAMURAI

AUTOCONTROL

LAS INSTITUCIONES DE SUICIDIO Y ENMIENDA

LA ESPADA, EL ALMA DEL SAMURAI

EL ENTRENAMIENTO Y LA POSICION DE LA MUJER

LA INFLUENCIA DEL BUSHIDO

¿SIGUE VIVO EL BUSHIDO?

EL FUTURO DEL BUSHIDO

Los Cuatro Pilares del Honor

INTRODUCCIÓN

De antemano quiero agradecer a todos aquellos que decidan perder unos minutos de su valioso tiempo empleándolo en la lectura del artículo que a continuación voy a publicar. Con respecto al artículo, he querido titularlo *Los Cuatro Pilares del Honor* por todas aquellas cosas que a mi juicio reflejan lo que puede significar la palabra honor en la cultura japonesa:

Primero, por los samuráis, admirados por todos nosotros debido a sus innumerables cualidades podríamos decir "caballerescas" llevadas hasta los límites máximos de lo humano.

Segundo, por el código de conducta que estos caballeros seguían, el famoso Bushido.

Tercero, por las *katanas*, esas fabulosas espadas rodeadas de tanto simbolismo y mitología.

Cuarto por ese ritual (a nuestros ojos sangriento) tan sumamente japonés como es el *Seppuku*, vulgarmente conocido como *Hara-Kiri*.

Aunque intentar concentrar a una cultura tan sumamente compleja en algunos artículos solamente demostraría mi ignorancia y falta de conocimiento, pero en fin, intentaré bajo mi punto de vista aportar ese pequeño grano de arena a esa inmensa playa de conocimientos que a lo largo de miles de años e innumerables generaciones ha representado la cultura japonesa, así es que sin más preámbulos vamos allá.

SAMURAI

Voz japonesa que significa '*guardia*'.

1. En el Japón feudal, militar perteneciente a la clase inferior de la nobleza que servía a un señor: los samuráis tienen un código de honor muy rígido.
2. En el Japón actual, oficial del ejército.

Los samuráis eran individuos pertenecientes a una clase inferior de la nobleza feudal japonesa, constituida por los militares que estaban al servicio de los *daimyos*. Antes del siglo XII aplicábase solamente a los soldados del palacio del Micado, pero no tardó en darse este nombre a todo el elemento militar por oposición al elemento popular (*heimin*). Los samuráis llegaron a ser famosos por su disciplina, su sentido del honor y su extraordinario dominio de las artes marciales.

En el Japón feudal, la palabra samurai designó a una clase de guerreros japoneses, especialmente entrenados en la práctica de las artes marciales, que se hallaban vinculados a un señor de la corte imperial, quien los utilizaba como guardia personal, función que se refleja de manera clara en la etimología, pues el término primitivo fue *saburai* (de *sabuna*, 'estar al lado'), de donde derivó *samurai*, que literalmente significa '*guardia*'. Con el tiempo, se aplicó esta denominación a todos los militares (*bushi*) de cierto rango que pertenecían a familias guerreras (*buke*), por oposición a las familias nobles (*honke*), y a partir del siglo XII fue adoptado por el gobierno militar de Kamakura como nombre oficial del Departamento de Guerra (*Samuray-dokoro*).

La clase de los *bushi* -cuyas técnicas se transmitían de padres a hijos y de maestro a discípulo- se desarrolló principalmente en las provincias del Norte de Japón, donde los propietarios de tierras (*daimyos*) debían defenderse de los ataques de los *ainu*. Formaron entonces poderosos clanes que se oponían, desde el siglo XII, a las familias nobles que giraban en torno a la familia imperial de Kioto. Dos de los clanes más poderosos fueron los Minamoto y los Taira, que compitieron entre sí por detentar el poder y, sobre todo, el control sobre el territorio -algo vital en un país en el que menos de un cuarto de la tierra es adecuado para la agricultura- durante la época Heian (794-1185).



Uno de estos señores feudales, Tokugawa Ieyasu, quien gobernaba la parte oriental de Japón desde su castillo en Edo (la actual Tokio), se alzó con la supremacía al derrotar al resto de los daimyos en la batalla de Sekigahara en 1600 y tres años después adoptó el título de sogún. El país se gobernaba a través de una serie de daimyos semiautónomos, cuyo número ascendía hasta casi trescientos, que a su vez controlaban sus feudos por medio de samuráis hereditarios. Se les conocía por dos nombres: samurai o caballeros y bushi o bujin, que eran los guerreros de clase baja. Fue durante esta época cuando la figura de estos guerreros-aristócratas experimentó su mayor auge, porque tras las terribles guerras domésticas que habían azotado el país se hizo necesario vigilar estrechamente la paz, labor que tenían encomendada. La consecuencia inmediata fue un clasismo brutal entre samuráis, que tenían derecho a llevar armas y apellido, y plebeyos (comerciantes, artesanos y campesinos), que no lo tenían por muy ricos que fueran.

Pero hubo, además, otros cambios. Con la paz, los guerreros se percataron de que toda su pericia militar no les servía para ganarse la vida, así que muchos de ellos tornaron espadas y lanzas por plumas y papel se dedicaron a labores administrativas (resulta sorprendente, de hecho, lo muy extendida que estaba la alfabetización a principios del siglo XVII). En la nueva sociedad en paz del siglo XVII, los samuráis podían cultivar de nuevo el arte de la espada (iaido), súmmun de las artes marciales, que habían tenido que abandonar en la segunda mitad del siglo XVI, cuando los portugueses introdujeron los mosquetes de mecha. En aquel momento fue cuando comenzaron las escuelas de artes marciales como medio de formación del carácter, pues no había guerras en las que demostrar las habilidades marciales.

Cuando Japón comenzó su viraje hacia Occidente en 1868, aquellos hombres que antaño consagraban su vida al arte de la guerra no tenían razón de existir. Los samuráis y su estilo de vida no fueron prohibidos, pero sí oficialmente abolidos a principios de 1870. El desmantelamiento de la clase samurái fue definitivo cuando, en 1876, perdieron el derecho a llevar sable y se vetaron los combates entre las familias nobles. La mayor parte de los samuráis no supieron hacer con éxito la transición a la nueva era y se perdieron en el anonimato. Hasta bien entrado el siglo XX se había preservado una historia de más de mil años, esencia del espíritu del pueblo nipón, pero el nuevo Japón exigía un cambio. Con todo, el carácter espiritual y ético permaneció en la mentalidad de la nación, a lo que contribuyeron sin duda algunas novelas como Musashi, películas y obras teatrales creadas para el teatro kabuki del siglo XVII, muchas de las cuales se seguían representando a principios del siglo XXI, que narran las gestas de los samuráis con gran realismo.

Características del samurái

Los antiguos habitantes de Japón, los yayoi, desarrollaron durante siglos las armas, la armadura y el código samurái. Las primeras armas incluían arcos, flechas y espadas, las a posteriori famosas katanas. La armadura se componía de un casco para la cabeza y protecciones para la barbilla, el pecho y los hombros; con el tiempo aparecieron nuevos elementos para proteger las piernas, pues la armadura cambiaba según se introducían nuevas técnicas de combate: al principio se luchaba a pie en el suelo, pero cuando en el siglo V se introdujeron las caballerías se pasó al combate a caballo; asimismo, si en los primeros tiempos se enfatizaba en la lucha con arco, cuando los mongoles invadieron Japón a finales del siglo XIII, se dio prioridad a la espada, que permitía un mejor combate cuerpo a cuerpo y degollar luego al enemigo; más tarde se comenzó a utilizar la lanza, que podía ser usada para golpear, cortar o ensartar; a mediados del siglo XVI se introdujeron las armas de fuego portuguesas.

El código samurái se basó en su primer momento en el código chino que establecía las virtudes del guerrero, denominado Kyuba-no Michi (la Vía del caballo y del arco) y que luego dio lugar al código bushido (la Vía del guerrero), filosofía de vida del espíritu samurái. Éste se formó a partir de la unión de varios preceptos religiosos, entre los cuales fue especialmente importante la veneración a las fuerzas de la Naturaleza que preconizaba el sintoísmo.



El fin de todo guerrero era llegar a la absoluta claridad mental y física (*sumi-kiri*) y ser un todo con el Universo, lo cual sólo se conseguía mediante un larguísimo adiestramiento mental y físico.

La parte psíquica llegaba a través de la meditación zen, mientras que la corporal era resultado del entrenamiento constante en la práctica de las artes marciales, el tiro con arco, la esgrima y la equitación; a éstas se sumaba un conjunto de normas de etiqueta y de comportamiento que regía todos los actos del samurái.

La lealtad de éste al emperador o a su señor (*daimyo*) era incuestionable. Los samuráis habían eliminado el sentido de posesión de sus mentes; vivían de manera frugal, con absoluto desprecio por las cosas materiales, pues no les interesaba

más que su honor y su orgullo. Un samurái era retribuido por sus servicios con alojamiento y comida, jamás con dinero, pues además de mancillar al poseedor, provocaba en éste la preocupación de perderlo (es más, este rasgo subsiste todavía entre muchos maestros de artes marciales -sensei-, que imparten su docencia de forma gratuita).

Los samuráis estaban en lo alto de la jerarquía estamental japonesa. Su posición social les concedía incluso el derecho sobre la vida y la muerte de cualquiera que les faltase al respeto (*Kirisute Gomen*, literalmente 'abatir y abandonar'), pues estaban convencidos de que el pueblo bajo olvidaría fácilmente sus deberes en aras de una vida muelle si se le presentaba la oportunidad de hacerlo, razón que explica la constante vigilancia que a que era sometido el campesinado por parte de los samuráis. Por otra parte, castigar a los delincuentes sin someterlos a la ley era una práctica samurái firmemente establecida.

El samurái encaminaba su vida a ser el mejor en el Arte de la Guerra y, como guerrero que era, un samurái no tenía miedo a morir. Sin embargo, la muerte debía tener lugar en determinadas circunstancias. Una muerte heroica en, por ejemplo, una gran batalla, traería el orgullo sobre su nombre y sobre su familia durante generaciones, pero convertir un agravio personal en un combate era tomado como una demostración de poder y, por tanto, una cobardía. Durante la batalla, los samuráis preferían luchar con un solo adversario, siempre de sus mismas características. Antes de entrar en combate invocaban el nombre de su familia, de su señor, su rango y sus triunfos. Cuando habían dado muerte a su enemigo cortaban su cabeza y se la llevaban como prueba de su triunfo. Las cabezas de los generales y los oficiales de rango superior eran transportadas hasta la capital. Si un samurái era vencido o hecho prisionero no había más que un camino, el *harakiri* o suicidio ritual.

BUSHIDO

Del japonés *bushi* 'samurái' y *do* 'modo, conducta'.

1. Código de honor y valores morales por el que se regía la casta militar de los samuráis japoneses o miembros de la clase guerrera, implantado en Japón hacia el Siglo XII, en plena era feudal. En él se integraban los preceptos morales de Confucio, las creencias sintoístas y los dogmas del budismo Zen, y estaba regido por tres preceptos esenciales: al samurai se le exige una lealtad incondicional hacia su señor y a su palabra y debe estar dispuesto a derramar su sangre sin dudar. La infidelidad era condenada con el *Hara-Kiri*, un obligado suicidio ritual. Se tiene constancia de la existencia de códigos más antiguos en el Siglo X, pero el bushido cobró un auge

especial a partir del Siglo XVIII, si bien la influencias de teóricos confucianistas como Yamaga Soko y Oishi Yoshio ha acabado por transformarlo en una especie de moral de tipo nacionalista. A



principios del Siglo XX el ideal bushido fue ensalzado e impulsado por los dirigentes nipones.

Con el término bushido se designa el código de honor y de comportamiento social que debían observar los guerreros y nobles samuráis japoneses, desarrollado en plena época feudal, entre los períodos Heian y Tokugawa (en torno al siglo XII de la era cristiana), basado en los principios de lealtad, sacrificio, justicia, valor, modestia y honor, y fuertemente influenciado por tres religiones - budismo, confucianismo y shintoísmo- y una escuela de pensamiento, el zen. el término bushido, que literalmente significa 'vía del guerrero', se compone de dos palabras: bushi, que significa 'guerrero', y designaba a aquéllos que formaban parte de las buke o familias de tradición guerrera, por oposición a las honke o familias nobles, y la sílaba -do que, como sucede en los términos aiki-do o ju-do, significa 'camino' o 'vía'.

La palabra bushido se documenta por primera vez en el idioma japonés en las obras de los siglos XVI y XVII, entre las cuales fueron famosas, por ejemplo, Dokukodo, cuya autoría se atribuye al célebre samurái Miyamoto Musashi (1584-1645), los libros de Toji Mototada (1539-1600), del filósofo confuciano Yamaga Soko (1622-1685) o del discípulo de éste, Daidoji Yuzan, quien proporciona una información más detallada del bushido que la que puede encontrarse en series de ensayos como las Cien leyes de Takeda Shingen. Se considera que el primer código escrito es el Buke Sho-hatto (Regla de las familias guerreras), recogido en 1615 por orden del shogun Ieyasu; posterior a éste es Hagakure (Escondido bajo las hojas) una obra sobre artes marciales y el espíritu del bushido, escrita hacia 1716 por el samurái Yamamoto Tsunetomo. Sin embargo, algunos estudiosos europeos sostienen que tanto el término como su significado son invenciones del período Meiji, nacidas con objeto de reforzar la identidad nipona, hasta entonces inexistente. En Occidente, la palabra bushido se generalizó a partir de la publicación, en 1905, de una obra de Inazo Nitobe (1862-1933), titulada precisamente así, Bushido, motivo por el cual se consideró, erróneamente, inventor del término a este autor.

El bushido, que podría definirse como la caballería japonesa, nació para suceder al Kyubano-Michi ('Vía del arco y del caballo') y estaba destinado en principio a regir las relaciones entre los estamentos sociales que había en Japón durante los setecientos años que duró el shogunado: los bushi (guerreros), los daimyos (señores feudales, jefes de clan o de provincias), el shogun y la gente del pueblo (campesinos, artesanos y comerciantes). No obstante, sus pautas de conducta quedaron tan arraigadas que, a pesar de que en 1868 el emperador Meiji abolió el feudalismo y suprimió la clase de los samuráis en sus intentos de conducir al Japón a una nueva era tecnológica, muchos de los principios éticos y de conducta que establece esta norma se

mantuvieron en la vida social de la sociedad japonesa, al extremo de que la palabra bushido se ha incorporado a algunas lenguas occidentales para designar el espíritu nacional japonés.

Orígenes e influencias

El código de valores de bushido se formó a partir de la combinación de tres religiones -el confucianismo, el shintoísmo y el budismo- y de la escuela de pensamiento zen. El bushido aprendió del budismo a no temer al peligro ni a la muerte, pues educó a los samuráis en la creencia de que existe otra vida en la tierra después de la muerte, en la cual participarán tras su reencarnación. Ese nivel de conciencia superior, en el que es posible conocerse hasta lo absoluto y así ignorar la muerte, se alcanza a través de la meditación zen. Las doctrinas shintoístas dieron al bushido el sentido de la lealtad a los antepasados y la familia imperial, lealtad que hacía que los samuráis pusieran su vida -en su sentido más literal- al servicio del emperador o de su daimyo ('señor'). Esta misma lealtad, como es lógico, también determinó un marcado sentido patriótico hacia la tierra, a la que se alimenta, llegado el caso, con la propia vida, en justa correspondencia por los dones que ofrece (muy posiblemente sea ésta la razón que explica la afición de los samuráis por la agricultura). Por último, el confucianismo marcó los cinco tipos de relaciones con el mundo de los hombres, el entorno y la familia: entre señor y sirviente, padre e hijo, marido y esposa, hermano mayor y hermano pequeño y entre amigo y amigo, y la manera en que el samurái debe acogerse a ellas.

Preceptos del bushido

El bushido es, en sí, una regla mental muy estricta que cubre todos los aspectos de la vida de los samuráis. Se sustenta en el entrenamiento y la disciplina y se manifiesta en tres niveles de maestría: físico, psíquico y espiritual. Establece una serie de leyes internas y una etiqueta que deben cumplir estos aristócratas guerreros todos los días de su vida, basadas en conceptos tales como el honor y la lealtad, la indiferencia al dolor, el sentido del deber y la justicia, el desapego por lo material, el absoluto control de las emociones y una ética insobornable.

El fin de estas reglas básicas era enseñar al samurái a vivir como un guerrero en tiempo de paz. Así pues, había de estar siempre presto para el combate, pues por encima de todo era un guerrero: ya estuviera cultivando trigo o durmiendo, debía llevar siempre su espada encima. Tampoco podía mostrar los propios sentimientos, pues un samurái no se perdonaría nunca haber causado la compasión de los demás; sólo le estaba permitido llorar en el caso de que muriera la propia madre. El desapego por las cosas materiales alcanzaba, desde luego, al dinero, del que se pensaba que ensuciaba a su poseedor; un samurái no se avergonzaría de ser pobre (de hecho, los samuráis ricos fueron raras excepciones), aunque sí de parecerlo, razón por la cual cuidaban extremadamente su apariencia (este último aspecto se mantiene hoy día en muchos maestros de artes marciales que se ganan la vida mediante un oficio pues no cobran por su docencia).

Pero, por encima de los anteriores, el bushido se sustenta sobre dos principios básicos. El primero es que todo samurái "debe siempre, ante todo, tener presente el hecho de que un día ha de morir", pues la existencia humana y, muy especialmente, la del guerrero, es del todo impermanente. No en balde es la frágil flor del cerezo -que apenas dura unas horas- el símbolo de la vida del samurái. Se podría decir que el bushido enseña la manera de morir, pero eso sería reducir el concepto a su explicación simplista. El bushido en realidad enseña a un samurái a imaginar la escena de su muerte cada noche antes de dormir; después de varios años de este entrenamiento, lo cierto es que desde el punto de vista mental el samurái está muerto, algo que le confiere un enorme poder, pues un hombre muerto no tiene miedo de nada. Esto no significa que no valore su muerte; es más, dado que vivir es prepararse para morir, la muerte de un samurái debe ser consecuencia de un acto valeroso que perpetúe su nombre entre las generaciones venideras. Sería una terrible desgracia para él que una flecha le alcanzara casualmente en el campo de batalla. Por otra parte, un samurái elegirá morir antes que ver su nombre desacreditado (la muerte no es eterna, el deshonor sí), lo cual podía ocurrir si era tachado de cobarde o si

transgredía alguna de las normas del bushido. La única forma de recuperar el honor perdido para el infractor era recurrir al harakiri o suicidio ritual.

El segundo principio es el de la lealtad y la fidelidad más estrictas a las disposiciones de los gobernantes del país, los daimyos, pero sobre todo a las del emperador. Sólo había una lealtad superior a la del samurái, y era la del daimyo hacia sus súbditos.

El antes citado Nitobe definió así las siete virtudes que debían poseer los bushi: el sentido de la justicia y de la honestidad, el valor y el desprecio de la muerte, la simpatía hacia todos, la educación y el respeto a la etiqueta, la sinceridad y el respeto de la palabra dada, la lealtad absoluta hacia los superiores y, finalmente, la defensa del honor del nombre y del clan, lo que se resumía en deber (giri), resolución (shiki), generosidad (ansha), firmeza de alma (fudo), magnanimidad (doryo) y humanidad (ninyo). Todos estos factores hacían del bushido un código muy simple. Sin embargo, a pesar de su falta de sofisticación, o precisamente por esto, el bushido alimentó a toda una nación a través de los siglos, y a través de guerras civiles, bombas atómicas e invasiones.

Formación en el bushido

El samurái podía permitirse cualquier cosa, pues se hallaba a la cabeza de las tres castas sociales, pero debía ser siempre justo y considerado y no cometer ningún abuso de poder, como excederse en el cobro de impuestos o en los castigos. La justicia era uno de los máximos valores del código samurái y una de las virtudes supremas. Era importante diferenciar entre justo e injusto, ya que la tendencia natural del hombre es seguir el segundo camino, mucho más placentero. El bushido establecía que, en tiempos de paz, los samuráis debían poner su fuerza al servicio de los débiles y su sabiduría debía actuar como maestra de los ignorantes. Existe, de hecho, una expresión del bushido, "Bushido no Nasake" (cuya traducción sería 'ternura del guerrero'), que expresa la necesidad de que los hombres más fuertes y más valientes sean también mostrarse accesibles a sentimientos tales como la compasión, la dulzura o la justicia hacia todos los seres.

El samurái debía poseer, además, una exquisita educación y un amplio conocimiento de las cosas. Antiguamente los jóvenes guerreros eran enviados al combate a la edad de quince o dieciséis años, así que su formación militar comenzaba a los doce o trece años, sin tiempo para cultivarse intelectualmente, lo que los convertía casi en analfabetos. Posteriormente esto cambió y antes de ser iniciados en la carrera de las armas, a los siete u ocho años, los niños eran introducidos en los Cuatro Libros y en el arte de la caligrafía. Cuando cumplían quince años se les enseñaba el tiro con arco, la equitación, el manejo de la espada, el jujitsu y otras artes militares.

Ordenanzas del bushido

Las ordenanzas del bushido estaban divididas en dos secciones: las de los oficiales y las de los soldados, y éstas a su vez contemplan las del ejército por un lado, y las de los asuntos de batalla por otro.

Los oficiales tenían la obligación de estar siempre limpios, debían lavarse las manos y los pies por la mañana y por la noche, y bañarse diariamente. Tenían también que arreglarse el cabello cada día y llevar completamente afeitada la parte superior de la frente. Siempre debían llevar la ropa ceremonial adecuada para la ocasión y portar sus dos espadas (daisho) y el abanico (gumpai) en su cinturón. Todos sus actos -tanto en tiempo de paz como de guerra- estaban regidos por una rigurosa etiqueta, desde recibir a un amigo, coger una taza de té o un cuenco de arroz, e incluso dormir, pues los dedos de los pies no debían apuntar nunca en la dirección en la que se encontrara su señor. Tampoco debían estar nunca desocupados, así pues, si se encontraban fuera de servicio



empleaban su tiempo en el estudio de la historia, el zen, el arte de preparar el té, la pintura, la talla de estatuas o la práctica de la caligrafía, disciplinas útiles para perfeccionar el dominio de la espada. No obstante, los samuráis no opinaban como Confucio en que el hombre sólo alcanza la perfección sólo mediante el desarrollo intelectual, la lectura o la composición de poemas; antes al contrario, había que hacer hincapié en el adiestramiento en la disciplina castrense que evitaba cometer errores o ser tomado por sorpresa.

Los soldados, por su parte, debían conocer todo lo referente al arte militar, el uso de la lanza, el tiro con arco y ballesta y el ejercicio de hacer vallas. Un inspector del ejército tenía que saberlo todo sobre cómo actuar según el número de enemigos o cuál era el mejor lugar para establecer un campamento. Los asuntos de batalla se referían a la manera de dirigir el ejército cuando entra en batalla y cómo conducirlo a la victoria, lo cual llevaba aparejado el conocimiento de las artes de logística, estrategia, comunicaciones e inteligencia, aunque no las técnicas de combate cuerpo a cuerpo.

El bushido en la actualidad

Durante las caóticas luchas intestinas de los siglos XV y XVI, la ética militar se distorsionó un tanto. Llegó un momento en el que cualquiera que blandiese una espada podía ser considerado un samurái si su técnica era lo suficientemente buena, al margen de que dominase o no el significado interno del bushido (el 'camino'). Con la Restauración Meiji, cuando ya el tiempo de los samuráis había pasado y se sucedían los cambios en el Japón, se hizo patente que había que establecer un nuevo Camino que medulara la fuerza de la nación japonesa. Con la Segunda Guerra Mundial surgió un nuevo tipo de samurái, condicionado a buscar su Camino en medio de la creciente modernización del país y a buscar otro tipo de señor al que ofrecer sus servicios. Las grandes compañías (zaibatsu), nacidas al calor de la industrialización ocuparon bien este puesto, pues desempeñaban más el papel de una familia que de una empresa, lo cual generaba un sentimiento de lealtad -germen del anciano bushido- hacia los jefes inquebrantable, sentimiento que perdura en nuestros días. También ocurre a la inversa: ser injusto o cometer un error con los subordinados acarrea el deshonor más absoluto sobre el que lo hace y sobre su compañía, pues los japoneses de nuestros días otorgan el mismo carácter a los negocios que sus abuelos dieron a la guerra y, de forma subyacente a las apariencias, todo combate es un combate sagrado.



KATANA

La katana es el sable de combate de los samuráis, al que consideraban como su propia alma. En la katana residía el espíritu del samurái, quien la hacía garante de su propia integridad, lo que no deja de resultar paradójico en un mundo en el que el samurái tenía poder sobre la vida de otros hombres. Un samurái cuidaba su katana casi más que a sí mismo, le daba un nombre y nunca permitía que volviese a su vaina sucia de sangre, lo que le causaría manchas de orín y herrumbre. Por otra parte, el acto de desenvainar era medido cuidadosamente, pues una vez que la espada estaba fuera de su funda la tradición exigía mancharla de sangre. Claro exponente de la importancia de esta acción es que dió origen a un arte marcial, el iaido. Muy ilustrativos de cuál era la relación que el samurái debía establecer con su arma son los siguientes versos del maestro Ueshiba Morihei, fundador del aikido:

*"Clara como el cristal,
aguda y brillante,
la espada sagrada*

*no admite sitio
para alojar el mal”.*

La austera katana fue en un primer momento una recia espada de hierro importada de la península coreana o de China, pero con el tiempo, hacia el siglo IX, se fue depurando en un sable más ligero y afilado. La espada japonesa se compone de hoja y empuñadura (tsuka) y a veces llevaba una guarda (tsuba) bellamente decorada en oro y plata. La hoja estaba hecha de hierro combinado con carbono y tenía un núcleo de acero más blando que le confería una inusitada flexibilidad; se componía de filo, punta, parte posterior y shinogi (un acanalamiento longitudinal situado entre el filo y la parte posterior), partes éstas que tenían funciones diferentes en el combate.

Considerada uno de los tres tesoros simbólicos del país (los otros dos son un espejo y una joya), la katana tenía carácter sagrado, pues había sido forjada delante de un altar shinto por un sacerdote vestido de blanco -para simbolizar la purificación- que estaba imbuido de un conocimiento divino y asistido por los espíritus (kami en japonés). Tras los ritos purificadores que clarificaban su mente, el forjador comenzaba su trabajo, para el cual utilizaba fuego, agua, un yunque y un martillo. El lingote de hierro primigenio era dividido en dos y en él se iban insertando piezas de metal de distinta dureza. Esta mezcla se batía para hacerla homogénea y luego se le daba la forma, más o menos curva. La hoja se calentaba al rojo varias veces y se templaba en agua con sal, mientras que el filo (sólo uno), cuyo templado era distinto, se protegía con arcilla. Después, la hoja se llevaba al pulidor y, finalmente, había que comprobar si estaba bien afilada, lo cual se hacía en el cuerpo de los condenados a muerte, primero en los huesos pequeños y luego en los grandes. El resultado de esta prueba se escribía en el nakago, una pequeña pieza que unía la empuñadura con la hoja. Los secretos de esta ciencia cuasi sacra se transmitían de padres a hijos y constituían parte del misterio de la extraordinaria calidad de estas armas.

El edicto de Hideyoshi otorgó a los samuráis el derecho a llevar dos espadas, el conjunto de las cuales recibía el nombre de *daisho* ('grande y pequeña') y era un símbolo de la posición social y el espíritu combatiente del samurái. La hoja de la espada larga, *katana* o *daito*, medía más de 61 cm, mientras que la del sable corto, *wakizashi* o *shoto* variaba entre los 31 y los 61 cm. Se llevaban colgando del *del obi* (cinturón), siempre con el lado cortante hacia arriba.

Cuando un samurái entraba en casa de algún amigo, debía despojarse de su katana, que colocaba sobre un soporte especial (katana-kake), pero podía conservar su wakizashi; en presencia del emperador o shogun debía despojarse de las dos espadas y dejarlas a la entrada de la sala de audiencias. Los hijos de los bushi llevaban también una especie de katana más pequeña, llamada mamorigatana ('sable de protección'). Las mujeres de los bushi o samuráis llevaban un pequeño puñal sin guarda, denominado kaiken, que podía ser escondido fácilmente entre los pliegues del kimono. Les servía para defenderse y, en casos extremos, para abrirse la garganta y suicidarse.

HARAKIRI O SEPPUKU

Del japonés coloquial *hara-kiri*, término formado por *hara* 'estómago' y *kiri* 'corte'. Así se designa la ceremonia sagrada japonesa, reservada a la clase de los samuráis, en la que éstos se suicidaban por destripamiento durante la etapa feudal. La expresión *hara-kiri* (literalmente 'abrirse el vientre'), se considera vulgar, el término correcto es *seppuku*.

Orígenes

El origen del seppuku data del período Heian, aproximadamente hacia el año 1.000 a.C. No se ha conservado el nombre del primer hombre que lo hizo pero sí que fue sospechoso de haber desobedecido al emperador. Sabido que uno de los principios básicos del código bushido era la lealtad absoluta al mikado, el que fuera culpable de haber cometido el delito no importaba demasiado; el solo hecho de que se sospechara de él era suficiente para acarrear el deshonor sobre su nombre y su familia durante generaciones, algo que sólo la muerte podría remediar. Así pues, para probar su inocencia, se mató días antes del juicio con sus propias manos.



Durante la etapa Edo, el seppuku fue una de las órdenes oficiales de ejecución. Cualquier noble que recibiera un comunicado del emperador instándole a hacerlo, estaba obligado a cometer seppuku; en caso contrario el deshonor le perseguiría a él y a su familia durante generaciones. El comunicado se acompañaba por lo general de una daga (kaiken) ricamente adornada que tenía que ser devuelta a la casa imperial manchada de sangre, en prueba de que la orden había sido ejecutada.

Se trata, no cabe duda, de un doloroso sistema de suicidio, más aún si se tiene en cuenta que existen muchas otras formas de darse muerte, tales como el veneno, el ahorcamiento o el corte de las venas de la muñeca, que permiten hacerlo sin dolor. Sin embargo, el que el método elegido fuera éste reside en la concepción japonesa de la belleza, gran parte de la cual se encuentra en la capacidad de soportar el dolor. El seppuku era un medio para probar la pureza de corazón y alma de los samuráis (parte del entrenamiento de un samurái era saber cómo y cuándo dar el gran paso del seppuku), pues un auténtico samurái temía más el deshonor y la vergüenza que aquél llevaba consigo que a la propia muerte. Por otra parte, desde tiempos remotos los japoneses pensaban que tanto el alma como el espíritu humano se encontraban en un punto del vientre, denominado hara, situado a unos a dos dedos del ombligo, entre éste y la columna vertebral, en el que se concentra el ki (la energía vital), de ahí que fuera éste el punto elegido para acabar con la vida.

Ritual

El seppuku era un ceremonial mortuario imbuido de un carácter sagrado, razón por la cual el lugar elegido era muy importante. A menudo, se llevaba a cabo en los templos -aunque no en los santuarios shinto-, pero también podía ser en los jardines de las casas y en el interior de éstas. Las dimensiones del área venían dadas por el rango del samurái. El acto se llevaba a cabo de una forma muy meticulosa y estaba regido por una rigurosa etiqueta. Para empezar, el samurái que iba a cometer seppuku -cosa que ya tenía decidida- debía escribir un poema de despedida, lo que explica que siempre fueran pertrechados de papel y pluma; por otra parte, había estado ayunando desde al menos el día antes, con el fin de no hubiera nada contenido en su estómago que pudiera esparcirse por el tatami cuando se cortara el vientre. Tenía que contar además, con la presencia de un kaishakunin, un compañero o ayudante, que cortara de un tajo la cabeza del suicida y pusiera fin al procedimiento de manera limpia. A continuación, el samurái, vestido por completo de blanco -el color de la purificación- se sentaba sobre una esterilla (tatami) o estrado recubierto

también de una tela blanca, en posición de reposo (seiza), con la espalda derecha, la cabeza recta y las manos sobre las rodillas, para meditar y hacer el vacío total en su espíritu. Enfrente de él se encontraba el arma con que iba a darse muerte, el wakizashi, la espada más corta de las dos que portaban los samuráis -la otra era la katana. Lo siguiente era desnudar el cuerpo hasta la cintura e insertar el puñal en el abdomen para proceder al corte, el cual, al contrario de lo que popularmente se piensa, no implicaba la perforación completa del abdomen. Podía ser en horizontal, pero lo corriente era hacerlo en sentido diagonal, empezando a rajar desde el extremo inferior izquierdo para luego, muy despacio, atravesar el abdomen hacia la derecha y, al llegar a la parte media de éste, ascender suavemente hacia arriba, y finalmente hacia abajo, momento en el cual el kaishakunin decapitaba al samurái.

Las esposas de los bushi o samuráis se suicidaban con un pequeño puñal sin guarda, denominado kaiken, con el que se abrían la garganta en la arteria carótida. Existía también una forma simbólica de seppuku en la que se usaba una espada de madera y no era necesario cortar el abdomen.

Las razones que conducían al seppuku eran de varios tipos: podía suceder que el daimyo ('señor') de un samurái lo hubiera hecho, motivo suficiente para que su servidor le siguiera en la muerte, única forma de resarcir la deuda de lealtad contraída con él, un buen samurái sentiría vergüenza de vivir más tiempo que su señor. Un caso ilustrativo fue el del general Nogi Maresuke y su mujer, que se quitaron la vida tras la muerte del emperador Meiji en 1912, cuando se había abolido el suicidio voluntario. Asimismo, un samurái se practicaba el seppuku si estaba afectado por una enfermedad grave y era evidente que iba a morir, como protesta ante una injusticia o para mostrar su disconformidad con una decisión que considerara inapropiada. También podía ocurrir que el samurái fuera capturado por el enemigo en el campo de batalla y prefiriera matarse antes que ser un prisionero de guerra, caso frecuente durante el conflicto ruso-japonés (1904-05) o la Segunda Guerra Mundial, pero también fue muy corriente que el comandante negociara con su seppuku para salvar las vidas de sus soldados. En la actualidad, y aunque el suicidio está considerado algo deplorable en Japón, no tiene tampoco las connotaciones negativas que tiene en el mundo occidental. Los japoneses todavía se suicidan por una mala racha en los negocios, por problemas amorosos o incluso por haber suspendido los exámenes escolares, pues, en la más pura línea de la tradición antigua, la muerte es considerada mejor que el deshonor.

Digno de mención es el caso del escritor Yukio Mishima, quien se suicidó según este ritual en 1970, la mañana en la que concluyó su último libro, para rebelarse contra una sociedad que consideraba sumida en el más profundo vacío moral y espiritual. Otro caso famoso es el que refleja la epopeya japonesa titulada Los cuarenta y siete ronin de Ako, escrita en el siglo XVII, cuya permanencia en el tiempo se plasma en las numerosas películas, obras de teatro y adaptaciones que ha generado. Los acontecimientos que en ella se narran tuvieron lugar en 1701, cuando Asano, señor de Ako, se hallaba de visita en la corte del shogun, e insultado por un alto dignatario, hirió a éste en un brazo. Esto fue considerado por el shogun como una grave falta contra la etiqueta, así que ordenó a Asano hacerse el seppuku. Con esto, el honor de Asano y su familia quedaba a salvo, pero cuarenta y siete de sus fieles vasallos, ahora convertidos en ronin (es decir, samuráis sin señor), resolvieron por su cuenta lavar con sangre el honor de su amo. Durante dos años aguardaron pacientemente hasta que, por fin, la noche del 14 de diciembre de 1702, entraron dieron muerte al cortesano. El emperador ordenó entonces un seppuku colectivo, lo cual hicieron al amanecer del 4 de febrero de 1703, sobre la tumba de Asano. El pueblo entero, que consideró este acto una prueba suprema de lealtad y valor, los aclamó como mártires y héroes, y sus figuras pasaron a simbolizar el puro espíritu del samurái y sus cualidades, lealtad, valor y honor.

PROLOGO

¿Qué es el camino del guerrero? Literalmente es la senda donde la persona que mantiene sus armas para combatir en el campo de batalla, conoce las ventajas y desventajas de cada una de ellas.

Esto en apariencia suena a una cuestión bélica, pero realmente se aplica a todo.

El camino del guerrero o Bushido, es una vía durísima. Es raro el guerrero que se reconoce a si mismo como tal, debido a que está inmerso en el camino, ni siquiera se da cuenta de los títulos ni aspira a alcanzarlos.

Ser guerrero significa...cada quien tiene su significado, pero de manera general es la persona que constantemente está entrenando sus habilidades, que constantemente se presiona, y en algunas épocas se lleva al borde de sus propias capacidades para superarse a si mismo.

No busca las condiciones perfectas, se adapta al medio, y si este no es el óptimo, hace lo mínimo por quejarse y lo máximo para actuar. De esto se desprende que la base de sus palabras son los hechos, y si no conoce de un tema no lo inventa, sin embargo no es tan abierto y también aplica la estrategia.

El guerrero es un ser solitario que trabaja en grupo, esto es, que busca ser autónomo, autártico y autosuficiente, pero si encuentra seres similares a él, no los desprecia y se les une si para alcanzar una meta propuesta.

Para un guerrero ni la fama, ni la fortuna son seguras, si no solamente la muerte. Además del aspecto que la encuentre en alguna batalla, también en lo que respecta a la muerte propia.

Demasiadas palabras solo empantanar el asunto. Todos somos guerreros innatos, ¿acaso no luchamos para nacer?, así que no se necesita de manuales ni poemas ni recetas. Solo debemos de hacer lo que debemos y ya.

SIETE PRINCIPIOS

Estos son los siete principios que rigen el código del Bushido, la guía moral de la mayoría de los samurái de Rokugan. Se fiel a él y tu honor crecerá. Rómpelo, y tu nombre será denostado por las generaciones venideras.

1. GI - Honradez y Justicia

Sé honrado en tus tratos con todo el mundo. Cree en la Justicia, pero no en la que emana de los demás, sino en la que surge de ti.

Para un auténtico samurái no existen las tonalidades de gris en lo que se refiere a honradez y justicia.

Sólo existe lo correcto y lo incorrecto.

2. YU - Valor Heroico

Álzate sobre las masas de gente que temen actuar. Ocultarse como una tortuga en su caparazón no es vivir.

Un samurái debe tener valor heroico. Es absolutamente arriesgado. Es temerario y peligroso. Vive la vida de forma plena, completa y maravillosa. El coraje heroico no es ciego. Es inteligente y fuerte.

Reemplaza el miedo por el respeto y la precaución.

3. JIN - Compasión

Mediante el entrenamiento intenso el samurái se convierte en rápido y fuerte. No es como el resto de los hombres. Desarrolla un poder que debe ser usado en bien de todos.

Tiene compasión. Ayuda a sus compañeros en cualquier oportunidad. Si la oportunidad no surge, se sale de su camino para encontrarla.

4. REI - Cortesía

Los samurái no tienen motivos para ser crueles. No necesitan demostrar su fuerza. Un samurái es cortés incluso con sus enemigos. Sin esta muestra directa de respeto no somos mejores que los animales.

Un samurái recibe respeto no solo por su fiereza en la batalla, sino también por su manera de tratar a los demás. La auténtica fuerza interior del samurái se vuelve evidente en tiempos de apuros.

5. MAKOTO - Sinceridad Absoluta

Cuando un samurái dice que hará algo, es como si ya estuviera hecho. Nada en esta tierra lo detendrá en la realización de lo que ha dicho que hará.

No ha de "dar su palabra." No ha de "prometer." El simple hecho de hablar ha puesto en movimiento el acto de hacer.

Hablar y Hacer son la misma acción.

6. MEYO - Honor

El Auténtico samurái solo tiene un juez de su propio honor, y es él mismo. Las decisiones que tomes y cómo las lleves a cabo son un reflejo de quien eres en realidad.

No puedes ocultarte de ti mismo.

7. CHUGO - Deber y Lealtad

Para el samurái, haber hecho o dicho "algo", significa que ese "algo" le pertenece. Es responsable de ello y de todas las consecuencias que le sigan.

Un samurái es intensamente leal a aquellos bajo su cuidado. Para aquellos de los que es responsable, permanece fieramente fiel.

Las palabras de un hombre son como sus huellas; puedes seguirlas donde quiera que él vaya. Cuidado con el camino que sigues.

ALGUNOS COMENTARIOS DE MIRUMOTO JINTO, RIKUGUNSHOKAN DEL CLAN DEL DRAGON

Sobre el valor: El camino del valiente no sigue los pasos de la estupidez.

Sobre la lealtad: Un perro sin amo vagabundea libre. El halcón de un *Daimyo* (Señor Feudal) vuela más alto.

Sólo hay una lealtad superior a la del samurái hacia su *Daimyo*: la del *Daimyo* hacia sus súbditos.

Sobre el Respeto: Un alma sin respeto es una morada en ruinas. Debe ser demolida para construir una nueva.

Sobre la Excelencia: La perfección es una montaña *nescalablei* que debe ser escalada a diario.

Sobre la Venganza: La ofensa es como un buen *haiku* (Breve poema japonés de tres versos): puede ignorarse, desconocerse, perdonarse o borrarse, pero nunca puede ser olvidada.

Sobre la Espada: Mi hoja es mi alma. Mi alma pertenece a mi *Daimyo*. Ultrajar mi hoja es afrentar a mi *Daimyo*.

Sobre el Honor: La muerte no es eterna; el deshonor, sí.

Sobre la Muerte: El samurái nace para morir. La muerte, pues, no es una maldición a evitar, sino el fin natural de toda vida.

CREDO SAMURAI

Carezco de padres, hago que la Tierra y el Cielo sean mis padres.

Carezco de hogar, hago que el *Hara* y la conciencia sea mi hogar.

Carezco de Vida y de Muerte, hago que el Ritmo de mi Respiración sea mi vida y muerte.

Carezco de poder divino, hago de la honestidad mi poder divino. Carezco de medios, hago de la docilidad y la comprensión mis medios.

Carezco de poder o secreto mágico, hago que el Carácter...mi personalidad sea mi poder o secreto mágico.

Carezco de cuerpo, hago del estoicismo...la resistencia mi cuerpo.

Carezco de ojos, hago del resplandor del rayo...el relámpago mis ojos.

Carezco de oídos, hago de la sensibilidad mis oídos.

Carezco de extremidades, hago de la presteza...la rapidez de mis extremidades.

Carezco de leyes, hago de mi auto-defensa mis leyes.

Carezco de estrategia, hago de lo no oscurecido por el pensamiento...lo correcto para matar y lo correcto para restituir la vida, mi estrategia.

Carezco de proyectos de ideas, hago de tomar la ocasión al vuelo mis proyectos de ideas.

Carezco de milagro, hago que la acción correcta sea mi milagro.

Carezco de principios, hago de la adaptabilidad a todas las circunstancias mis principios.

Carezco de táctica, hago del vacío y la plenitud mi táctica.

Carezco de talento, hago que la agudeza...la astucia sea mi talento.

Carezco de amigos, hago que mi mente sea mi amiga.

Carezco de enemigos, hago del descuido mi enemigo.

Carezco de armadura, hago de la benevolencia y la virtud mi armadura.

Carezco de castillo, hago que mi mente inamovible sea mi castillo.

Carezco de espada, hago de la Ausencia de Yo...la No mente mi espada.

Carezco de premios, hago de la mirada orgullosa de mis hijos mi recompensa.

Samurái anónimo, siglo XIV

DEDICATORIA

Diciembre 1904

A mi querido Tío Tokitoshi Ota, quien me enseñó a venerar el pasado y admirar las hazañas de los samuráis, dedico este pequeño libro.

*“Aquel Camino,
En la montaña, quien está parado sobre él,
Es conveniente dudar si sea de hecho un camino,
Mientras lo vea a sí mismo como una pérdida de tiempo;
La ruta allí está, claramente desde las faldas hasta a la cumbre,
¡No yerres, puedes confundirte!,
¿Por qué se ve dividido
Desde el lado del intacto desierto?,
Y Luego (traer en la fresca filosofía)
¿Qué si los divide a ellos mismos?
¿Deberán probar al final
La mayor invención consumada
Para entrenar al ojo de un hombre y
Enseñarle cuál es la fe?”*

ROBERT BROWNING.

Bishop Blougram's Apology

“Hay, si así se puede decir, tres poderosos espíritus, los cuales de vez en cuando, se movieron en la superficie de las aguas, y dieron un impulso predominante a los sentimientos de moral y energía de la humanidad.

Estos son los espíritus de libertad, de religión y de honor.”

HALLAM.

Europe in the Middle Ages

“El código de caballería es en sí mismo la poesía de la vida.”

SCHLEGEL.

Philosophy of History

PREFACIO

Hace aproximadamente diez años, mientras pasaba los días bajo la hospitalidad del distinguido jurista Belga M. de Laveleye, durante un paseo nuestra conversación se tornó teniendo como tema la religión.

"¿Quiere decir usted, preguntó el respetable profesor, que no tienen educación religiosa en sus escuelas?"

Al responder con una negativa, quedó inmediatamente asombrado, y con un tono de voz que no podré olvidar fácilmente, repitió

"¡Ninguna religión!, ¿Cómo imparten ustedes la educación moral?"

La pregunta me atontó en ese entonces. No tenía una respuesta lista, porque los preceptos morales que había aprehendido en mis días de infancia no habían sido impartidos en la escuela, y no fue hasta que comencé a analizar los diferentes elementos que me formaron las nociones de bueno y malo, encontré que fue el Bushido lo que había respirado con mi nariz

El principal origen de este pequeño libro es debido a las frecuentes preguntas hechas por mi esposa del porque tales y tales ideas, usos y costumbres prevalecen en Japón.

En mis intentos de dar una respuesta satisfactoria a M. de Laveleye y a mi esposa, encontré que sin entender la época Feudal y el Bushido, las ideas morales del Japón presente, son un Volumen sellado.

Aprovechando la ociosidad producto de una larga enfermedad, escribo al público en el orden ahora presentado, algunas de las respuestas dadas en aquella conversación. Consiste principalmente en lo que se me dijo y fue enseñado, en mi juventud, cuando el Feudalismo aún estaba en vigor.

Entre Lafcadio Hearn y la Sra. Hugh Frase por un lado, y Sir Ernest Satow y el Profesor Chamberlain en el otro, ciertamente sería una pena escribir en inglés algo del japonés. La única ventaja que tengo sobre ellos, sería asumir la actitud de un defensor de oficio, mientras que estos distinguidos escritores son los mejores litigantes.

He pensado a menudo que "¡Puedo darles un obsequio en mi idioma presentando la causa de Japón en términos más elocuentes!"

Pero aquel que habla en un idioma prestado, debe estar agradecido de que pueda darse a entender.

Todo el discurso que he podido ilustrar es a través de ejemplos paralelos de historia y literatura Europea, creyendo que esto ayudará a la comprensión de los lectores extranjeros.

Puede que alguna de mis alusiones, de temas religiosos y creyentes, ser hecha a la ligera, pero confío que mi actitud hacia el Cristianismo no sea cuestionada.

Esto es con los métodos eclesiásticos y con las formas que oscurecen las enseñanzas de Cristo, y no a las enseñanzas mismas, con las que tengo poca condescendencia.

Creo en la religión enseñada por Él y traída a nosotros en el Nuevo Testamento, así como también en la ley escrita en el corazón. Además, creo que Dios hizo un testamento que quizá llamó "viejo" con cada gente y nación, "Pagano, Judío o Cristiano". En cuanto el resto de mi teología, no necesito imponerla ante la paciencia del público.

En conclusión a este prefacio, quiero expresar mi agradecimiento a mi amiga Anna C. Hartshorne por sus invaluables sugerencias y por el característico diseño japonés hecho por ella, para la portada de este libro.

INAZŌ NITOBE.

Malvern, Pa, Décimo Segundo mes, 1899.

PREFACIO DE LA DÉCIMA EDICIÓN REVISADA

Desde su primera publicación en Philadelphia, hace más de seis años, este libro ha tenido una historia inesperada. La reimpresión japonesa ha pasado a través de ocho ediciones, la presente es la décima en aparecer en el idioma inglés. Simultáneamente con esta, será lanzada por la casa editora de Nueva York de Mr. George H. Putnam's Sons, una edición Americana e Inglesa.

En medio de este tiempo Bushido ha sido traducido al Mahratti por el Sr. Dev de Khandesh, al alemán por el Sr. Fräulein Kaufmann de Hamburg, al Bohemio por el Sr. Hora de Chicago, al Polaco por la Sociedad de Ciencia y Vida en Lemberg, aunque esta edición polaca ha sido censurada por el gobierno ruso. Ahora está siendo traducido al noruego y al francés. Se está contemplando una traducción al chino.

Un soldado ruso, ahora prisionero en Japón, tiene un manuscrito en ruso, listo para la imprenta. Una parte del volumen ha sido traído al público húngaro y una revisión detallada, casi con el grado de comentario, se ha publicado en japonés.

Todas las notas aclaratorias para la ayuda de los jóvenes estudiantes, han sido compiladas por mi amigo el Sr. H. Sakurai, a quien agradezco mucho su ayuda.

Estoy más gratificado por el sentimiento de que mi humilde trabajo haya encontrado simpatizantes de distintos sectores, siendo muestra de que el interés mundial en este tema es creciente.

Excesiva adulación me ha alcanzado al oír las noticias que me han llegado de fuentes oficiales, de que el presidente Roosevelt me ha hecho el honor, que no merezco, de haberlo leído, y repartido docenas de copias entre sus amigos.

Haciendo enmiendas y correcciones en la presente edición, me he remitido en gran parte a ejemplos concretos.

Todavía continúo lamentando, y en verdad no he cesado de hacerlo, de mi inhabilidad de agregar un capítulo de Piedad Filial, la cual es considerada uno de las dos ruedas de la carroza de la ética Japonesa. "La lealtad empieza en el otro".

Mi falta de habilidad es debida en parte a mi ignorancia al sentimiento Occidental de relegar esta virtud particular, y en parte a la ignorancia de mi propia actitud hacia ella, y no puedo hacer comparaciones que satisfagan mi mente. Espero algún día, ahondar en este y otros temas.

Todas las materias que son tocadas en estas páginas son capaces de mayor amplificación y discusión, pero ahora no encuentro la forma clara de hacerlo.

Este prefacio sería incompleto e injusto, si omitiera la deuda que he contraído con mi esposa por la ayuda que me ha brindado leyendo los borradores, dando sugerencias y sobre todo su apoyo constante.

INAZO NITOBÉ.

Kyoto, Mayo 22, 1905.

BUSHIDO COMO UN SISTEMA ÉTICO

El código de caballería es una flor no menos indígena a la tierra de Japón que su emblema, el *sakura* o flor del cerezo; ni está como un espécimen disecado de una antigua virtud preservada en el herbolario de nuestra historia.

Sigue siendo un objeto viviente de poder y belleza entre nosotros, y si no asume ninguna forma o aspecto tangible, la atmósfera de la esencia moral no es menor, y nos da aviso de que aún estamos bajo su potente encanto.

Las condiciones de la sociedad que lo llevaron adelante y alimentaron, ya han pasado de largo, pero como esas estrellas remotas que estaban una vez y ya no están, todavía continúan vertiendo sus rayos sobre nosotros, la luz del código de caballería, que fue un hijo del feudalismo, aún continúa iluminando nuestra senda moral, sobreviviendo así esta institución madre.

Es un placer para mí, reflejar esta materia en el lenguaje de Burke, quien expresó el bien conocido toque de elogios sobre el negligente féretro de su arquetipo europeo.

El discute un triste defecto de información relativo al lejano oriente, cuando el erudito escolar Dr. George Miller, no dudaba en afirmar que ese código de caballería, o alguna otra institución similar, nunca había existido entre las naciones antiguas o modernas de oriente [Nota: *History Philosophically Illustrated*, (3ra Ed. 1853), Vol. II, p. 2.].

Tal ignorancia, a pesar de todo, es ampliamente entendible, la tercera edición del trabajo del buen Doctor apareció el mismo año en que el Commodore Perry derrumbó las puertas de nuestro exclusivismo.

Más de una década después, en la época en la que nuestro feudalismo tuvo sus últimos días de angustia, Karl Marx, escribiendo su "Capital", llamó la atención de sus lectores a la peculiar ventaja de estudiar las instituciones sociales y políticas del feudalismo, como las que continuaban teniendo vida en Japón.

Invitaría además al estudiante histórico y ético occidental al estudio del código de caballería presente en el Japón.

El atractivo de la adquisición histórica y la comparación entre feudalismo y caballería europea y japonesa, no es el propósito principal de este escrito. Mi intento es más, primero el relatar el origen e influencias de nuestro código de caballería, segundo, su carácter y enseñanzas, tercero, su influencia entre las masas y cuarto, la continuidad y la permanencia de su influencia.

De estos puntos, únicamente el primero será breve y transitorio, no pretendo llevar a mis lectores al sinuoso camino de la historia de nuestra nación; el segundo tendrá un mayor tamaño, podrá ser de interés para los estudiantes de Ética Internacional y Etnología Comparativa, por mostrar nuestras formas de pensar y actuar, y el resto de los capítulos serán manejados como corolarios.

La palabra Caballería que he usado para definir su aproximación Japonesa, expresa más que un hombre montando su caballo.

Bu Shi Do significa literalmente las formas del caballero militar, las formas en la cual pelea un noble y como deben observarse en su vida diaria y también en su vocación; en una palabra los "Preceptos de Caballería", las obligaciones de la noble clase guerrera.

Habiendo dado este significado literal, puedo permitirme usar ya este término. También es recomendable el uso del término original por esta razón, de que una enseñanza circunscrita y única engendra un molde en la mente y carácter peculiar, localista, debemos portar la insignia de esta singularidad, entonces, algunas palabras tienen un timbre nacional tan expresivo de las características de la raza que aún el mejor de los traductores pueden hacerles escasa justicia, ni que decir de la justicia impuesta y agravada.

¿Quién puede dar una traducción acertada del término alemán "Gemüth", o quién no siente la diferencia entre dos palabras verbalmente aliadas como el gentleman del inglés o el gentilhomme del francés?

Bushido, entonces, es el código de principios morales que era requerido o instruido a ser observado por los caballeros. Este no es un código escrito, en el mejor de los casos consiste en algunas máximas llevadas de boca en boca y transportadas por la pluma de algún famoso guerrero o savant.

Más frecuentemente es un código inexpresado no escrito, que posee todo el poder de la sanción de un hecho verdadero, y de una ley escrita en las tablas carnales del corazón.

Fue fundado no en la creación de un solo cerebro, al menos capaz, o en la vida de un simple personaje, al menos famoso. Este ha sido un organismo que ha crecido por décadas y siglos de carrera militar. Quizás, cumple con la misma posición en la historia de la ética que la Constitución Inglesa cumple en la historia política, a pesar de no tener comparación con esta Magna Carta o el acto de recopilación del Habeas Corpus Act.

Es cierto, en los albores del siglo XVII los Estatutos Militares (*Buke Hatto*) fueron promulgados, pero sus escasos trece artículos estuvieron más relacionados con casamientos, castillos, feudos entre otros, y las regulaciones didácticas apenas eran tratadas.

A pesar de ello, no podemos apuntar un tiempo y lugar definido y decir "Aquí está la fuente origen".

Su origen solamente logra sentido en la época feudal, y respeto a ese tiempo, puede ser identificado con el feudalismo. Pero el feudalismo en sí, es un tejido de muchos hilos, y el Bushido comparte esa intrincada naturaleza.

Similar a las instituciones políticas de feudalismo de Inglaterra que puede decirse provienen desde la conquista normanda, lo mismo podemos encontrar en Japón con el ascenso de Yoritomo, a finales del siglo XII. También como, en Inglaterra, encontramos elementos sociales de feudalismo mucho más atrás, en el período previo a William The Conqueror, también en Japón algunas germinaciones de feudalismo habían brotado mucho tiempo atrás del período de Yoritomo.

Una vez más, tanto en Japón como en Europa, cuando el feudalismo fue inaugurado formalmente, de forma natural la clase de guerreros profesionales llegó a ser prominente. Esos fueron conocidos como Samurái, que significa literalmente como en el viejo inglés *cniht* (*knecht*, *knight*), guardias o asistentes recordando el carácter de Soldurii que el Caesar mencionó como existente Aquitana, o el *comitatus*, quien, de acuerdo a Tacitus, seguía a jefes germánicos de su tiempo, o para tener otro paralelo, las milicias *medii* de las cuales se puede leer en la historia de la Europa Medieval.

La palabra indicojaponesa *Buke* o *Bushi* (Caballero, Guerrero) también fue adoptada como de uso común.

Ellos fueron una clase privilegiada, y debieron originalmente haber sido una raza de salvajes que hizo de la pelea su vocación. Esta clase era reclutada naturalmente, en un largo período de guerra, desde el más bravo hasta el más temerario, y durante todo el proceso de selección, el tímido y el débil eran relegados, y únicamente "una estirpe feroz de humanos, todos hombres, con una fuerza bruta", recordando la frase de Emerson, sobrevivía para formar los clanes y las filas del samurái.

Profiriendo gran honor y grandes privilegios, y por correspondencia grandes responsabilidades, tuvieron la necesidad de un común denominador de conducta, especialmente porque siempre estaban en pie de batalla y formaban parte de clanes diferentes.

Apenas mientras los médicos limitan la competencia entre sí mismos por cortesía profesional, apenas pues los abogados se sientan en cortes del honor en casos de la etiqueta violada así también debe el guerrero poseer cierto recurso para el juicio final en sus delitos menores.

¡Juego justo en combate!, que gérmenes fértiles de moralidad hay en este sentido primitivo de salvajismo e infantilismo. ¿No es la raíz de todas las virtudes militares y cívicas?, sonreímos (¡como si ya lo hubiéramos pasado!) con los deseos juveniles del pequeño británico, Tom Brown de

"Dejar atrás el nombre de un amigo que nunca ha saltado o dejado amoratado la espalda de un amigo". ¿Pero, quién no conoce que este deseo es la piedra angular en la cual las estructuras morales de grandes dimensiones pueden ser establecidas?, puede decirse, sin ir muy lejos, ¿acaso las religiones más pacifistas y de amor no engendran esta aspiración?

Este deseo de Tom, es la base en la cual se ha cimentado la grandeza de Inglaterra, y no nos llevara mucho tiempo descubrir que el Bushido también.

Si la pelea en sí, ofensiva o defensiva, es, como correctamente lo han testificado los campesinos, brutal e incorrecta, podemos decir que "Sabemos de qué lado flaquea nuestra moral". [Nota: Ruskin fue uno de los hombres más pacíficos y de corazón más amable que hayan vivido. Con todo eso el creía en la guerra con todo el fervor del culto a la vida. "Cuando le digo", él decía en la *Crown of Wild Olive*, "esa guerra es la fundación de todas las artes, me refiero también a que es la fundación de todas las altas virtudes y facultades del hombre. Es muy extraño y espantoso para mi descubrir esto, pero lo he visto como un hecho innegable.*** Encontré en el escrito, que todas las grandes naciones aprendieron se verdad de palabra y la fuerza del pensamiento en guerra; florecieron en la guerra y se marchitaron en la paz, instruidas por la guerra y engañadas en la paz; entrenadas por la guerra y traicionadas en la paz; en una palabra, nacieron en la guerra y expiraron en la paz".]

"Miedosos" y "cobardes" son epítetos del peor oprobio para la salud, pero simplemente es su naturaleza. La infancia comienza la vida con estas nociones, y los caballeros también, pero conforme la vida y su entorno crece, esa tempranera fe busca sanción de una autoridad más alta y fuentes más racionales para su propia justificación, satisfacción y desarrollo. Si los intereses militares hubieran operado solos, sin un soporte moral mayor, ¡Cuán corto y en cuanto podrían haber fallado el código de caballería y sus ideales!, en Europa, el Cristianismo, interpretó con las concesiones convenientes el código de caballería, sin embargo lo infundió con información espiritual. "Religión, guerra y gloria fueron las tres almas de un guerrero Cristiano perfecto", decía Lamartine.

FUENTES DEL BUSHIDO

En Japón hubo varias fuentes del bushido, de las cuales puedo comenzar con el Budismo

Este lo equipó con un sentido de confianza tranquila hacia el destino, una sumisión reservada a lo inevitable, esa estoica compostura al divisar algún peligro o calamidad, ese desden de la vida y amistad con la muerte.

Un famoso maestro del arte de la espada, cuando vio a su alumno dominar el máximo de su arte, le dijo "Más allá de mi instrucción debes dar línea al aprendizaje del Zen".

"Zen" es el equivalente japonés del Dhyana, que representa el "esfuerzo humano para alcanzar a través de la meditación zonas del pensamiento más allá de la gama de expresión verbal" [Nota: Lafcadio Hearn, *Exotics and Retrospectives*, p. 84.].

Este método es contemplación, y su propósito, por el poco que entiendo, es estar convencido del principio que es la base de todos los fenómenos, y, si puede, del mismo Absoluto, y así ponerse en armonía con este Absoluto. Así definido, la doctrina era más que el dogma de una secta, y cualquiera que logra atarse a la percepción del Absoluto se eleva a sí mismo sobre las cosas mundanas y se despierta, "a un Nuevo Cielo y una Nueva Tierra".

Lo que el Budismo falló en dar, el Shintoísmo lo ofreció en abundancia. Como la lealtad al soberano, el respeto a los ancestros, y la piedad filial, no fue enseñadas en ningún otro credo, las doctrinas Shinto las inculcaron, impartiendo pasividad al otrora arrogante carácter del Samurai. La teología del Shinto no tiene lugar para el dogma o "pecado original". Al contrario, cree en la calidad innata y pureza divina del espíritu humano, adorándolo como el recipiente en el cual el oráculo divino se proclama. Todos han observado que los altares Shinto son evidentemente

desprovistos de objetos e instrumentos de adoración, y que un simple espejo colgado en el santuario, forma la parte esencial de su equipar. La presencia de este artículo, es fácil de explicar:

Simboliza el corazón humano, el cual, cuando es perfectamente apacible y claro, refleja la misma imagen de la Deidad. Por lo tanto cuando usted se coloca frente al altar para rendir culto, observa su propia imagen reflejada en esa superficie brillante, y el acto de adoración es un equivalente a la vieja prescripción de Delfic "Conocerse a sí mismo". Pero el conocerse a sí mismo no implica, en la enseñanza Griega o Japonesa, conocer la parte física del hombre, ni su anatomía o su psicología o psique, se refiere a un conocimiento del tipo moral, una introspección a nuestra naturaleza moral.

Mommsen, comparando a los griegos y a los romanos, dice que los primeros su culto principal era elevar los ojos al cielo, porque su rezo era la contemplación, mientras que los últimos, vendaban su cabeza, porque suya era la reflexión. Esencialmente, como el concepto Romano de religión, nuestra reflexión no trae prominentemente la moral como el sentido nacional del individuo. Este culto natural tiene simpatía dentro de nuestros espíritus en todo el país, mientras que el culto a los ancestros, que se remonta de linaje a linaje, hace de la familia Imperial, la fuente capital de toda la nación.

Para nosotros el país es más que un espacio y un terreno con minas que explotar o tierras que sembrar, es la morada sagrada de los dioses, de los espíritus de nuestros padres; para nosotros el emperador es más que un Arca Constante de Monarquía, o incluso el Patrón de una Cultura, "Él es el cuerpo representante del Cielo en la Tierra, blandiendo en su persona sus poderes y su piedad". Si lo que dijo M. Bouty [Nota: *The English People*, p. 188] es cierto acerca de la realeza Inglesa que "no únicamente es imagen de autoridad, es autora y símbolo de unidad nacional", lo mismo puede afirmarse de la realeza en Japón.

Los principios del Shintoísmo complementaron las dos características predominantes de la vida emocional de nuestra raza, "Patriotismo y Lealtad".

Arthur May Knapp acertadamente decía: "En la literatura Hebrea es a menudo difícil saber cuándo el escritor está hablando de Dios o del Estado, del Cielo o de Jerusalem, del Mesías o del mismo pueblo". [Nota: *Feudal and Modern Japan* Vol. I, p. 183.]

Una confusión similar puede notarse en la nomenclatura de nuestra fe nacionalista. Al decir confusión me refiero a que juzgado por un intelecto lógico no puede considerar la diferencia, quizás debida a una ambigüedad verbal; no obstante, siendo un marco de las sensaciones nacionales y del instinto de la raza, el Shintoísmo nunca finge una filosofía sistemática o una teología racional.

Esta religión, ¿no sería mejor llamarle, las emociones de la raza que esta religión expresadas?, imbuyó al Bushido con la lealtad hacia el soberano y amor a la nación. Para el Shinto este actuar es más un impulso que una doctrina, a diferencia de la Iglesia Cristiana Medieval, y en la cual escasamente se prescribían las creencias a sus fieles, proporcionándoles al mismo tiempo, una práctica simple y sincera.

En cuanto a doctrinas estrictamente ética, las enseñanzas de Confucius, fueron la fuente más prolífica del Bushido. Sus enunciados de las cinco relaciones morales entre amo y siervo (Gobierno y gobernados), del padre y del hijo, del marido y de la esposa, del más viejo y del más joven, y entre los amigos, fue una confirmación de lo que el instinto de la raza ya había reconocido antes de que estos escritos fueran traídos de China.

El carácter tranquilo, bondadoso y con experiencia de la vida de sus preceptos ético políticos fue particularmente compatible para el Samurái, que formaba la clase predominante. Su tono aristocrático y conservador fue bien adaptado a los requerimientos de estos guerreros estadistas.

Al lado de Confucius, Mencius ejerció una autoridad inmensa sobre el Bushido. Sus teorías fuertes y a menudo absolutamente democráticas se fueron extendiendo en encontrar simpatizantes, incluso cuando estos pensamientos eran peligrosos, y algunos otros subversivos, para el orden social existente, de aquí que sus trabajos estuvieran gran tiempo censurados.

No obstante, las palabras de su mente maestra encontraron permanente alojamiento en el corazón del samurái.

Los escritos de Confucius y Mencius formaron parte de los textos principales para las juventudes y la autoridad más alta de la discusión entre los viejos. Un mero conocimiento con los clásicos de estos dos sabios fue realizado, sin embargo, no se les tenía en alta estima. Un refrán común ridiculizaba a quien solo tenía un conocimiento intelectual de Confucius, como un hombre siempre estudioso pero ignorante de las Analectas. Era típico que un samurái llamara a un erudito un borracho apestoso a libros. Otros los comparaban a las verduras con olor a podrido que debían ser cocidas una y otra vez antes de estar aptas para su consumo.

Un hombre que ha leído un poco apesta un poco a pedante, y un hombre que ha leído mucho aun apesta más, ambos son igualmente desagradables. Es por ello que el medio del escritor se vuelve realidad únicamente cuando es asimilado en la mente del aprendiz y se muestra en su carácter.

Un especialista intelectual era considerado una máquina.

El intelecto era considerado en si subordinado a la emoción ética. Concibieron al hombre y al universo para ser igualmente espirituales y éticos.

Bushido no podría aceptar el juicio de Huxley, de que el proceso cósmico era inmoral.

Bushido hizo luz de conocimiento como tal. Este conocimiento no fue perseguido como extremo, sino los medios para lograrlo. Por ello, aquel que se atenía a este fin, no era considerado más que una máquina, la cual solo era capaz de estar atado a mencionar poemas y máximas. Entonces, el conocimiento solo era concebido como idéntico con su aplicación práctica en la vida, y esta doctrina Socrática encontró su mayor exponente en el filósofo chino Wang Yang Ming, que nunca se cansaba de repetir, "El saber y el actuar son uno y lo mismo".

Pido licencia para disgregar un momento mientras hablo de este tema, ya que algunos de los más nobles tipos de Bushi fueron influenciados fuertemente por las enseñanzas de este sabio.

Los lectores occidentales fácilmente reconocerán en estos escritos paralelos con el Nuevo Testamento.

Teniendo en cuenta los términos peculiares a la enseñanza cualquiera, el pasaje "Primero busca el reino de Dios y su rectitud, y todas estas cosas te serán agregadas", transportan un pensamiento que puede ser encontrado en casi cualquier página de Wan Yang Ming. Un discípulo japonés de él [Nota: Miwa Shissai.] dice; "El Señor del cielo y la tierra, de todas las cosas vivientes, morada del corazón del hombre, se vuelve su mente (kokoro); es por ello que su kokoro es una cosa viviente, y siempre es luminosa", y nuevamente, "La luz espiritual de nuestro ser esencial es pura, y no es afectada por la voluntad del hombre. De forma espontánea se origina en nuestra mente, y nos muestra lo que es correcto e incorrecto, esto es llamado conciencia, e incluso es una luz que procede del Dios del Cielo". ¡Cuánto suenan estas palabras a un pasaje de Isaac Pennington u algún otro filósofo místico!

Me inclino a pensar que la mente japonesa, según lo expresado en los simples principios de la religión Shinto, estaba particularmente abierta a recibir los preceptos de Yang Ming. Él llevó su doctrina de la infalibilidad de consciencia al trascendentalismo extremo, atribuyendo a él la facultad para percibir, no solamente distinguir entre lo bueno y lo malo, también la naturaleza de los hechos y fenómenos físicos.

Él fue hasta, si no más lejos que Berkeley y Fichte, en el Idealismo, negando la existencia de cosas fuera del ser humano. Si su sistema tenía todos los errores lógicos cargados al Solipsismo, también no puede ser negada que tenía toda la eficacia de las fuertes convicciones e importancia moral en el desarrollo de la individualidad de carácter y ecuanimidad de temperamento.

Así que, cualquiera de las fuentes, los principios esenciales que tomó el Bushido y a si mismo asimiló, fueron pocos y simples. Pocos y simples como lo eran, fueron suficientes para regir con seguridad una conducta de vida, incluso a través de los días menos seguros y de los periodos más inestables de la historia de nuestra nación.

La naturaleza sana y sin sofisticaciones de nuestros guerreros ancestrales derivó en amplio alimento para sus espíritus y un lugar común para sus enseñanzas fragmentarias, espigada como si fueran carreteras y caminos de antiguos pensamientos, y estimulada por las demandas de la época, estos cultivos formaron un nuevo y único tipo de hombre (andreia).

Un agudo Francés savant, M. de la Mazelière, así es como resume sus impresiones del siglo XVI: "A mediados del siglo XVI, todo es confusión en Japón, en el gobierno, en la sociedad, en la religión. Pero las guerras civiles, las maneras de regresar al barbarismo, dio la necesidad de tomar la justicia por propia mano, estos hombres eran comparables a los italianos del Siglo. XVI, de quienes Taine elogia: 'La vigorosa iniciativa, el hábito de resoluciones repentina y empresas desesperadas, la magnífica capacidad de hacer y de sufrir'. En Japón como en Italia, 'Los hábitos groseros de la época medieval hicieron del hombre un animal superior, completamente militante y completamente resistente'. Y es por esto que el Siglo XVI muestra el grado más alto de la calidad principal de la raza japonesa, esa gran diversidad que uno encuentra allí entre las mentes (esprits) así también como de temperamentos. Mientras que en India y quizás en China los hombres parecen diferir principalmente por el grado de energía o inteligencia, en Japón ellos difieren por la originalidad de carácter. Ahora, la individualidad es el signo de las razas superiores y de las civilizaciones desarrolladas. Si queremos hacer uso de la expresión de Nietzsche, hablar de humanidad en Asia es hablar de su llanuras, hablar de humanidad en Japón como en Europa, es hablar de sus montañas".

RECTITUD O JUSTICIA

Para ahondar en las características de aquellos hombres de los cuales M. de la Mazelière escribió, déjeme ahora dirigirme hacia la rectitud o justicia. El precepto más fuerte del código del samurái.

Nada es más repugnante a él que hacer tratos clandestinos y empresas torcidas. El concepto de la Rectitud puede ser errónea, o más bien escasa. Un Bushi bien conocido la define como el poder de resolución; "Rectitud es el poder de decisión sobre cierto curso de la conducta, de acuerdo con la razón, sin vacilación, morir cuando es correcto morir, atacar cuando es correcto atacar".

Otros la definían con los siguientes términos: "Rectitud es el hueso que da firmeza y estatura. Sin ese hueso la cabeza no se puede mantener sobre la punta de la espina dorsal, ni las manos se mueven o los pies sostienen, así que sin rectitud ni el talento ni el conocimiento puede hacer de un ser humano un samurái. Con ella la carencia de realizaciones, no es nada".

Mencius llamaba a la Benevolencia la mente del hombre, y a la rectitud o justicia su camino. "Como es lamentable", exclamaba, "es esto de abandonar el camino y no perseguirlo, ¡perder la mente y no saber cómo buscarla de nuevo!. Cuando las aves y los perros de un hombre se pierden, saben cómo encontrar a su dueño, pero pierden sus mentes y no saben cómo buscarlo".

¿No tenemos aquí "como en un cristal oscuro" una parábola propuesta 300 años antes en otro clima y por un gran Maestro, que se llamó a sí mismo el Camino de la Rectitud, a través del cual el perdido podía ser encontrado?, pero me he alejado del tema. Rectitud, de acuerdo a Mencius, es un camino recto y estrecho que debe llevar al pensamiento del hombre a retomar el paraíso perdido.

Incluso en los últimos días del feudalismo, cuando la larga continuación de la paz trajo tiempo libre dentro de la vida de la clase guerrera, y con esto la disipación de todas las clases y realizaciones apacibles, el epíteto Gishi (hombre de rectitud) fue considerado superior a cualquier nombre que significará maestría en algún arte. Los 47 asistent es, de quienes se menciona mucho en nuestra educación popular, son conocidos comúnmente como los 47 Gishi.

En tiempos cuando los artífices astutos eran susceptibles de hacerse pasar por estrategias militares y una completa falsedad para Ruse de guerre, esta virtud de hombres, francos y honestos, fueron joyas que tuvieron el mayor brillo y el mayor elogio.

La rectitud es el hermano gemelo del Valor, otra virtud marcial. Pero antes de proceder a hablar del Valor, déjeme quedar un poco en lo que puedo llamar una derivación de la Rectitud, la cual, al principio se desviaba levemente de su original y se alejó cada vez más de ella, hasta que su significado fue pervertido en la aceptación popular. Habló del Giri, literalmente la razón correcta, pero que vino a significar un sentido vago del deber que la opinión pública esperó que un titular satisficiera.

En su sentido puro y original, él significó deber, puro y simple, por lo tanto, hablamos del Giri que se les debe a los padres, a los superiores, a los inferiores, a la sociedad, y demás. Para estos casos, Giri es deber, para qué es más deber que la razón correcta nos demanda y nos ordena que hagamos. ¿No debe la razón correcta ser nuestro imperativo categórico?

Giri en su significado fundamental, no es más que obligación, y me atrevo a decir que su etimología fue derivada del hecho de que en nuestra conducta, hacia nuestros padres, aunque el amor debe ser el único motivo, careciendo eso, allí debe haber otra autoridad para hacer cumplir la piedad filial, y formularon esta autoridad en el Giri. Hicieron bien acerca de esta autoridad; Giri, puesto que si el amor no acomete a los hechos de la virtud, el recurso se debe tener para servir al intelecto del hombre y su razón se debe acelerar para convencerlo de la necesidad de actuar correctamente. Es lo mismo para otras obligaciones morales.

La obligación instantánea se vuelve onerosa. La razón correcta va hacia la prevención de eludirlo. Giri, luego entonces, se entiende como un severo capataz que con una vara de abedul en mano hace que los holgazanes realicen su parte.

Esta es una facultad secundaria en Ética, motivo por el cual es infinitamente inferior a la doctrina Cristiana del amor, la cual debe ser la ley. La juzgo un producto de las condiciones de una sociedad artificial, una sociedad en la cual el nacimiento accidental de un favor no merecido instituyó la distinción de clases, en la cual la familia fue la unidad social, en la cual la precedencia de edad tenían más valor que la superioridad de talentos, en la cual los afectos naturales tenían a menudo sucumbir antes que las costumbres artificiales arbitrarias. Es debido a esta gran artificialidad, que con el tiempo el Giri degeneró en un vago sentido de la propiedad requerido para explicar tal o tal acción, por ejemplo, porque una madre, si hubiera necesidad, sacrifica a todos sus demás hijos para salvar al primogénito, o porque una hija debe vender su castidad para conseguir fondos para pagar la vida disoluta de su padre, entre otros. Comenzando como la razón correcta, Giri tiene, en mi opinión, a menudo ha inclinado a la casuística. Incluso ha degenerado en el miedo cobarde de la censura. Debo decir del Giri lo que Scott escribió acerca del patriotismo, "esta es la más bella, así también como a menudo la más sospechosa, máscara de otros sentimientos".

VALOR DEL ESPIRITU DE OSADIA Y CONDUCTA

Llevado más allá o debajo de la razón correcta, Giri se vuelve un monstruoso nombre inapropiado. Abrigó debajo de sus alas todo tipo de sofismas e hipocresías. Puede fácilmente, haberse vuelto en un nuevo nicho de cobardía, si el Bushido no hubiera tomado un agudo y correcto sentido del valor del espíritu de osadía y conducta, a consideración de las cuales ahora volveremos.

El Valor apenas fue digno de ser considerado entre las virtudes, a menos que fuera ejercido a causa de la Justicia. En su "Analectas", Confucius definía valor explicando, a menudo por costumbre, su negativa. "Percibir lo que es correcto", decía "y hacer lo que no, demuestra falta de valor". Al poner este epigrama en una declaración positiva, y funciona, "Valor es hacer lo correcto".

Ejecutar todo tipo de hazañas, arriesgándose uno mismo, para ponerse en las fauces de la muerte, esto también es comúnmente identificado con Valor, y en la profesión de armas una imprudencia de la conducta, lo que Shakespeare llama, "valor ilegítimo", es injustamente

aplaudido, pero no así en los preceptos de Caballería. La muerte por causas indignas, fue llamada la "muerte de un perro". "Entrar al fragor de la batalla y ser asesinado en ella", decía un Príncipe de Mito "es tarea lo suficientemente fácil, para cualquier patán; pero", continua, "es de un valor real vivir cuando es correcto vivir, y morir solo cuando es correcto morir", y aún el Príncipe no había escuchado el nombre de Platón, quien definía el valor como "El conocimiento de las cosas que un hombre debe temer y las que no debe temer".

Una distinción que se ha hecho en Occidente entre valor moral y físico ha sido largamente reconocido entre nosotros. ¿Qué joven samurai no ha escuchado del "Gran Valor" y del "Valor de un Villano"?; Valor, Fortaleza de ánimo, Bravura, Intrepidez, Coraje, son cualidades del espíritu las cuales deben aparecer más fácil en las mentes juveniles, y que se pueden entrenar por ejercicio y ejemplo, fueron, por así decirlo, las virtudes más populares, tempranamente emuladas por los jóvenes.

Las historias de proezas militares fueron repetidas a todos los niños casi desde que dejaban el pecho de la madre. ¿Podía un pequeño rapaz llorar por algún dolor?, la madre lo regañaba diciéndole: "¿Que cobardía llorar por un dolor pasajero!, ¿Que harás si te cortan el brazo en batalla, o cuando te ordenen cometer seppuku?", todos sabemos la patética fortaleza de ánimo de un pequeño príncipe afamado de Sendai, quien en el drama mandó a decir a su pequeño paje, "Mira en aquel nido los Gorriones minúsculos en la jerarquía, como abren de par en par sus picos amarillos, ¡mira ahora!, como viene su madre con gusanos para alimentarlos. ¡Cuánto disfrutan la comida, míralos que felices están!, pero cuando el estómago de un samurái está vacío, es una deshonra sentir hambre".

Anécdotas de fortaleza ánimo y bravura abundan en las historias de niñeras, aunque las historias de este tipo no son por ningún motivo el único método de la estimulación temprana de un espíritu osado e intrépido.

Los padres, a menudo, rayando en la crueldad, disponían a sus hijos tareas que buscaban llevarlos al límite. "Los osos lanzan a sus oseznos al desfiladero", decían.

El hijo del Samurái era dejado recorrer sinuosos valles, incitados a tareas titánicas. Privación ocasional de comida o exponerlos al frío, fue considerando una prueba altamente eficaz para acostumarlos a la resistencia. Los infantes de frágiles edades fueron enviados a extraños con la tarea de entregar ciertos mensajes, eran hechos levantarse antes del amanecer, y antes del desayuno atender sus ejercicios de lecturas, caminar con sus maestros con los pies descalzos en el frío del invierno, frecuentemente, una o dos veces al mes, como en el festival del dios del saber, se reunían en pequeños grupos y pasaban la noche en vela, leyendo en voz alta por turnos. Peregrinajes a todo tipo de lugares extraños, las cuevas de ejecución, al camposanto, a las casas con reputación de tener fantasmas, eran los pasatiempos favoritos de los jóvenes. En los días en que la decapitación fue pública, no solamente había niños pequeños enviados a observar la macabra escena, también eran enviados en la oscuridad de la noche a visitar el lugar y a dejar una marca de su visita en la cabeza decapitada".

¿Este sistema ultra espartano de "entrenar los nervios" no ataca la pedagogía moderna respecto a la desconfianza y al horror, desconfianza mientras la tendencia no sea brutalizar, mordaz en el brote de las frágiles emociones del corazón?. Veamos lo que otros conceptos de Valor que tenía el Bushido.

El aspecto espiritual del Valor es evidenciado por la compostura, presencia calmada de la mente. La tranquilidad es el valor en reposo. Es una manifestación estática del valor, pues las hazañas temerarias son lo dinámico. Un hombre verdaderamente bravo siempre es tá sereno, nunca es tomado por sorpresa, nada sobrepasa la ecuanimidad de su espíritu. En el calor de la batalla se mantiene frío, en la mitad de las catástrofes mantiene nivelada su mente. Los temblores no lo sacuden, ríe en las tormentas.

Lo admiramos como verdaderamente grande, que ante la presencia amenazadora del peligro o de la muerte, mantiene la cordura, quien por ejemplo, puede escribir un poema o tararear una

canción al encarar la muerte. Tal indulgencia, que no es traicionada por el temblor de la mano o de la voz, es tomada como una infalible muestra de un gran naturaleza, de lo que llamamos una mente capacitada (Yoyuu), la cual bajo presión o al ser apretada, siempre tiene espacio para algo más.

Ejemplo de esto ha llegado a nosotros a través de una historia auténtica, Oota Dokan, el gran constructor de castillos de Tokyo, fue atravesado por una lanza, su asesino, sabiendo la predilección poética de su víctima, acompañó su estocada con estas dos líneas:

*"Ahh en momentos como estos
Nuestro corazón envidia la luz de la vida",*

Al morir el héroe, no mostrando intimidación por la herida mortal en su costado, agregó las líneas;

*"No teniendo horas de paz
He aprendido ver tranquilamente la vida"*

Hay incluso un elemento deportivo en una naturaleza valiente. Las cosas que son serias para la gente ordinaria, pueden ser juego para el valeroso. Por lo tanto en la vieja guerra no era del todo raro para ambas partes un intercambio retórico o comenzar un enfrentamiento retórico. El combate no solamente era materia de fuerza bruta, también en gran medida, un encuentro intelectual.

De tal carácter fue la batalla peleada en las laderas del Río Koromo, a finales del siglo XI. El ejército oriental guiado por su líder, Sadato, inició la retirada.

Cuando el General que perseguía lo presionó severamente le gritaron "Es una desgracia para un guerrero darle la espalda al enemigo", Sadato detuvo su caballo, y gritó un improvisado verso "Tornarse en fragmentos es rasgar la ropa (koromo)".

Apenas habían escapado estas palabras de sus labios cuando el guerrero derrotado, sin desanimarse, completo el poema "Desde que la he usado se ha rasgado por el uso".

Yoshiie, quién hizo una reverencia mientras lo escuchaba, repentinamente cesó su persecución, y se alejó, dejando a su prospecto de víctima hacer lo que quisiera.

Cuando fue cuestionado de su comportamiento extraño, él contestó que no podría osar poner en ridículo a aquel que había mantenido su presencia de mente mientras era fuertemente perseguido por su enemigo.

El dolor que alcanzó Antonio y Octavius en la muerte de Brutus, ha sido la experiencia general de hombres valientes.

Kenshin, que luchó por catorce años con Shingen, cuando oyó hablar de su muerte, lloró en voz alta la pérdida "del mejor de los enemigos".

Fue este mismo Kenshin quien hubo fijado un ejemplo noble para siempre, en su tratamiento de Shingen, morador de las provincias montañosas absolutamente lejos del mar, y que por lo tanto había dependido de las provincias de Houjou de Tokaido para la sal. El príncipe de Houjou que deseaba debilitarlo, aunque no abiertamente en guerra con él, había cortado de Shingen todo el tráfico en este artículo importante.

Kenshin, oyendo hablar del dilema de su enemigo y capaz de obtener sal de la costa de sus propios dominios, escribió a Shingen que en su opinión el señor de Houjou había cometido un acto muy malo, y que aunque él (Kenshin) estaba en guerra con él (Shingen) había ordenado a sus tropas equiparlo con una carga suficiente de sal, "no lucho con la sal, sino con la espada," produciendo más que un paralelo a las palabras de Camillus, "Romanos no luchamos con oro, sino con hierro".

Nietzsche habló para el corazón del samurái cuando escribió, "usted debe ser orgulloso de su enemigo; entonces, el éxito de su enemigo es su éxito también".

BENEVOLENCIA, LA SENSACIÓN DE SOCORRO

De hecho el valor y el honor requirieron igualmente que poseyéramos como enemigos en guerra solamente cuando probemos ser digno de ser amigos en paz. Cuando el valor logra esta altura, llega a ser relacionado con benevolencia, la sensación de socorro, amor, magnanimidad, afecto para otros, condolencia y compasión.

Fueron reconocidos siempre por ser virtudes supremas, la más alta de todas las cualidades del alma humana.

La benevolencia era juzgada una virtud magnífica en un doble sentido; magnífica entre las múltiples cualidades de un espíritu noble, y magnífica en sí misma como profesión conveniente. No necesitamos a Shakespeare para sentir, aunque, quizás, como el resto del mundo, lo necesitamos para expresar que la misericordia de un monarca es mejor que su corona y que esta sobre el cetro que blande

Cuán a menudo Confucius y Mencius repitieron que el requisito más alto de un mandatario consistía en la benevolencia.

Confucius decía, "el príncipe que cultiva la virtud, la gente se reunirá con él; con la gente le vendrán las tierras; las tierras producirán para abundancia; la abundancia le dará la ventaja de leyes correctas. La virtud es la raíz, y la abundancia un resultado". Una vez más "nunca ha habido un caso de un soberano amante de la benevolencia, y ciertamente de la gente".

Mencius se le acerca y dice, "Hay varios casos conocidos de individuos que, sin benevolencia, lograron el poder supremo en un solo estado, pero nunca he escuchado de que un imperio entero caiga en manos de alguien que carezca de esta virtud." También, "Es imposible que alguien que no ha rendido al pueblo sometiendo sus corazones pueda convertirse en su mandatario".

Ambos definieron este requisito imprescindible en una regla diciendo, "Benevolencia: Benevolencia es el hombre".

Bajo el régimen del feudalismo, que se podría pervertir fácilmente en el militarismo, fue la benevolencia a la que le debemos la liberación del despotismo de la peor clase.

Una entrega completa de "vida y obra" de parte del gobernador no habría dejado nada para el pueblo sino la obstinación, y ésta tiene como consecuencia natural el crecimiento de ese absolutismo tan a menudo llamado del "despotismo oriental", ¿Como si no hubiera déspotas en la historia occidental!.

Déjeme alejarme del despotismo de cualquier clase; pero es un error identificarlo con el feudalismo.

Cuando Frederick the Great escribió que los "reyes son los primeros criados del estado", correctamente pensaron los juristas de que una nueva era fue alcanzada en el desarrollo de la libertad. Extrañamente coincidiendo en tiempo, en la región noroeste de Japón, Yozan no Yonezawa hizo exactamente la misma declaración, demostrando que el feudalismo no era del todo la tiranía y opresión.

Un príncipe feudal, aunque desconsiderado del deber de las obligaciones recíprocas a sus vasallos, tuvo un alto sentido de responsabilidad a sus antepasados y al Cielo. Él era un padre de su gente, que el cielo confió a su cuidado.

En un sentido generalmente no asignado al término, Bushido aceptó y corroboró el gobierno paternalista, paternalista también en comparación con el gobierno del tío menos interesado (¡a saber el tío Sam!).

La diferencia entre un gobierno despótico y uno paternalista reside en esto, en uno la gente obedece renuente, mientras que en el otro lo hacen con "esa sumisión orgullosa, que dignifica la

obediencia, que mantiene viva la subordinación del corazón, incluso de la misma servidumbre, y el espíritu de libertad". [Nota: Burke French Revolution].

No es enteramente falso el viejo refrán el cual llamó al rey de Inglaterra "el rey de los diablos", debido a las insurrecciones de su gente a menudo en su contra, y destituciones de sus príncipes, y de el cual hizo al monarca francés "el rey de los asnos", debido a sus imposiciones e impuestos, pero el cual dio el título de "el rey de los hombres" al soberano de España, debido a la gente que estaba dispuesta a obedecerle. ¡Pero es suficiente!

La virtud y el poder absoluto pueden golpear la mente anglosajona con términos que le sean imposibles armonizar.

Pobyedonostseff ha fijado claramente ante nosotros el contraste en la fundación de Inglaterra y de otras Comunidades Europeas; a saber que éstas fueron organizados en base a un interés común, mientras que fueron distinguidas por una personalidad independiente fuertemente desarrollada. Lo que un estadista ruso dice de la dependencia personal de individuos de una cierta alianza social y en el extremo de los extremos del estado, entre las naciones continentales de Europa y particularmente entre la gente eslava, es doblemente cierto del japonés.

Por lo tanto no sólo es un ejercicio libre del poder monárquico no lo sentíamos tan pesado como en Europa, sino que es moderado generalmente por la consideración aparente para las sensaciones de la gente.

El "absolutismo," dice Bismarck, "exige sobre todo la imparcialidad del mandatario, la honradez, la dedicación al deber, la energía y la humildad interna".

Si se me puede permitir hacer una acotación más en este tema, citaré una frase del discurso del emperador alemán de Koblenz, "La monarquía, por la gracia de Dios, con sus pesados deberes, solamente es enorme responsabilidad del creador, de la cual ningún hombre, ningún ministro y ningún parlamento, pueden liberar al monarca".

Sabemos que la benevolencia era una virtud blanda y maternal. Si la rectitud honesta y la justicia severa eran peculiarmente masculinas, la misericordia tenía la amabilidad y la persuasión de una naturaleza femenina. Fuimos advertidos contra la complacencia e indiscriminada caridad, sin el condimento de la justicia y la rectitud. Masamune lo expresó en su muy mencionado aforismo "rectitud llevada al exceso endurece en firmeza; benevolencia complaciente en desmesura sume en debilidad".

Afortunadamente la misericordia no era tan rara y fue hermosa, porque es verdad universal que "El más valientes es el más blando, el más temerario es el más enamoradizo".

"Bushu no nasake", la ternura del guerrero, tiene un sonido el cual ha abogado inmediatamente por lo que era noble en nosotros; no que la misericordia de un samurái fuera genéricamente diferente de la misericordia de cualquier otro ser, sino porque esto implicó misericordia donde esta no era un impulso ciego, donde esto reconoció respeto debido a la justicia, y donde la misericordia no seguía siendo simplemente cierto estado de la mente, porque donde fue respaldada con la capacidad de salvar o matar.

Así como los economistas hablan de demanda siendo eficaces o ineficaces, de manera semejante podemos llamar la misericordia del bushu eficaz, puesto que implicó la capacidad de actuar para el bueno o el detrimento del receptor.

Enorgullecerse a sí mismo como lo hicieron de su fuerza bruta y privilegios para tornarlo una justificación, el samurái dio total consentimiento a lo que Mencius enseñó referente al poder del amor.

"Benevolencia", decía, "trae bajo su dominio lo que obstaculiza su poder, justo como el agua somete el fuego: ellos dudan solamente del poder del agua de apagar las llamas quien intenta extinguir con una taza un furgón lleno de haces de leña ardiendo".

Él también decía que "el sentimiento de socorro es la raíz de la benevolencia, por lo tanto un hombre benévolo está siempre atento y al socorro de los que sufren".

Así entonces Mencius se anticipó a Adam Smith que fundó su filosofía ética en la condolencia.

Es realmente sorprendente el hecho de como un código de caballería de honor de un país coincide de cerca con el de otros; es decir como las ideas orientales mucho abusadas de moralejas encuentran sus contrapartes en las máximas más nobles de la literatura europea.

Si las famosas líneas:

*Hae tibi erunt artes
Pacisque imponere morem,
Parcere subjectis, et debellare superbos*

Fueran mostradas a un caballero japonés, él podría fácilmente acusar al bardo de Mantuan de plagiar la literatura de su propio país.

La benevolencia al débil, al pisoteado o al vencido, siempre fue alabada como peculiar al samurái.

Los amantes del arte japonés deben estar familiarizados con la representación de un monje montado en el lomo de una vaca. El jinete fue alguna vez un guerrero que en sus días hizo su nombre sinónimo de terror.

En esa batalla terrible de Sumano Ura, (1184 A.D.), la cual fue una de las más decisivas en nuestra historia, él alcanzó a un enemigo y en solo combate lo tenía agarrado entre sus brazos gigantescos. Ahora, la etiqueta de la guerra requería que en tales ocasiones no fuera derramada sangre, a menos que la parte más débil demostrara ser un hombre del mismo rango o capacidad igual a su enemigo.

El feroz combatiente podría haber tenido un rango mayor a aquel hombre; pero rechazaba hacerlo saber, cuando el otro fue despiadadamente despojado de su casco, la vista de un rostro joven, mozo y sin barba, hizo que el guerrero de asombrara y relajara su asimiento.

Ayudó al joven a ponerse de pie, en tono paternal le mandó: "¡Detente, príncipe joven, por tu madre! La espada de Kumagaye nunca será deslustrada por una gota de tu sangre. Huye rápido antes de que los enemigos te vean!".

El joven guerrero rechazó irse y le pidió a Kumagaye, honor para los dos, que inmediatamente lo ejecutara. Sobre la cabeza canosa del veterano destellaba la fría hoja, con la cual mucho tiempo atrás había separado las cuerdas de la vida, pero su robusto corazón se acobardó; llegaban a su mente imágenes de su propio hijo, el mismo que rehu yó al sonido de la trompeta de guerra y fue a los brazos de su amada; la fuerte mano del guerrero duda; le pide otra vez a su víctima que huya por su vida. Encontrando todos sus esfuerzos inútiles y oyendo los pasos de que se acercaban sus compañeros, exclamó: "si tu arte se ha abatido, tu puedes caer de una mano más vil que la mía. ¡O, infinito! reciba su alma!" En un instante la espada destella en el aire, y cuando baja es roja con sangre adolescente.

Cuando se terminó la guerra, encontramos a nuestro soldado volviendo triunfante, pero ahora poco le preocupaban el honor o la fama; él renunció su carrera guerrera, afeitó su cabeza, se puso un atuendo de monje, dedicó el resto de sus días al peregrinaje santo, nunca regresando de nuevo al oeste, donde se encuentra paraíso de dónde viene la salvación y donde el sol se apresura diariamente para su descanso.

Los críticos pueden precisar defectos en esta historia, que es vulnerable a la casualidad. Dejar que lo sea: lo mismo todas demuestran esa dulzura, compasión y amor, fueron rasgos los cuales adornaron las hazañas más sanguinarias del samurái. Era una vieja máxima entre ellos que "él violento no el cazador mata al pájaro que toma refugio en su pecho".

Esto en gran medida explica porqué el movimiento de la Cruz Roja, considerado peculiarmente cristiano, encontró tan fácilmente pie firme entre nosotros.

Por décadas antes de que oyéramos hablar de la convención de Ginebra, Bakin, nuestro novelista más grande, nos había familiarizado con el tratamiento médico de un enemigo caído.

En el principado de Satsuma, notable por su espíritu marcial y educación, prevaleció la costumbre de que los hombres jóvenes practicarán música; no el soplar trompetas o golpear los tambores "esos clamorosos precursores de sangre y muerte" nos influyen a imitar las acciones de un tigre, pero melodías tristes y tranquilas en el biwa, [Nota: Un instrumento musical, semejante a la guitarra] calman nuestros espíritus ardientes, llevando nuestros pensamientos lejos del olor de la sangre y de las escenas de la batalla.

Polybius nos dice en La Constitución de Arcadia, que requirió la ejecución de música por todas las juventudes debajo de los treinta, para que este arte apacible pudiera aliviar los rigores de esa región inclemente. Es a su influencia que él atribuye la ausencia de la crueldad en esa parte de las montañas Arcadian.

No fue Satsuma el único lugar en Japón en donde la cortesía fue inculcada entre la clase guerrera.

Un príncipe de Shirakawa apunta sus pensamientos al azar, y entre ellos el siguiente: "aunque ellos vengan furtivos de noche, sigilosos en la oscuridad, no te les alejes, sino acarícialos, la fragancia de las flores, el sonido de las campanillas distantes, el aleteo del insecto en una noche escarchada". Y otra vez, "aunque pueden herir tus sensaciones, solamente estos tres tienes que perdonar, la brisa que dispersa a tus flores, a la nube que oculta tu luna, y al hombre que intenta pelearse contigo".

En apariencia expresa, pero realmente cultiva, estas emociones apacibles que la escritura de versos fue apoyada. Nuestra poesía tiene por lo tanto una fuerte corriente de rectitud y dulzura.

Una anécdota bien conocida de un samurái rústico ilustra un ejemplo. Cuando le dijeron para aprender el versification, y "el Notes"

Cuando le dijeron para aprender poesía, y le dieron "La nota de la curruca" como primer tema de su práctica [Nota: El ugisu, curruca, a veces llamado el ruiseñor de Japón], su espíritu ardiente se rebeló y arrojó a los pies de su amo este tema de práctica que versaba así:

*El guerrero valiente guarda aparte
El oído que puede escuchar
La canción de la curruca.*

Su amo, impávido ante el crudo sentimiento, continuó animando al joven, hasta que un día la música de su alma fue despertada para responder a las notas dulces del ugisu, y él escribió:

"De pie el guerrero, fuerte y con su cota, Para oír la canción de los uguisu, Dulce gorjeo de entre los árboles".

Admiramos y gozamos el incidente heroico en la vida corta de Körner, cuando, herido en el campo de batalla, escribe su famoso "Adiós a la vida". Los incidentes de una clase similar eran en absoluto inusuales en nuestra guerra. Nuestros poemas sustanciales, epigramáticos estaban particularmente bien satisfechos a la improvisación de un simple sentimiento. Cualquiera con cualquier educación era poeta o disfrutaba de los poemas.

Un soldado que marchaba puede ser visto frecuentemente detenerse, para tomar sus utensilios de escritura de su faja, y componer una oda, y tales papeles eran encontrados luego en los cascos o los petos, cuando éstos eran quitados de sus cuerpos sin vida.

Lo que el Cristianismo ha hecho en Europa hacia mostrar compasión en el medio de horrores beligerantes, el amor a la música y las letras ha hecho en Japón. Cultivar sentimientos compasivos, actuar considerando el sufrimiento de otros.

CORTESÍA

La modestia y la amabilidad, ejecutados por el respeto a los sentimientos de los otros sensaciones, son las raíces de la cortesía, esa cortesía y buenos modales que han sido notados por cada turista extranjero como un marcado rasgo japonés.

La cortesía es una virtud pobre, si es actuada solamente por un miedo de ofender el buen gusto, mientras que debe ser la manifestación exterior de un respeto comprensivo para las sensaciones de otros. También implica un respeto debido a la aptitud de las cosas, por lo tanto respeto a las posiciones sociales; para estos últimos no exprese ninguna distinción plutocrática, sino fueron originalmente distinciones para el mérito real.

En su forma más alta, la cortesía casi se acerca al amor. Podemos decir reverentemente que cortesía es "gran tolerancia y amabilidad, sin envidia, sin alabanza de si misma, no es alzada, sin apuntar a pasar desapercibida, no se busca, no se provoca fácilmente, cuenta por n o ser tomada de la maldad".

¿No es una maravilla que el profesor Dean, en el discurso de los seis elementos de la humanidad, acuerde a la cortesía con una posición exaltada, ya que es la fruta más madura del intercambio social? Mientras así sea ensalzada la cortesía, la pondré a la vanguardia de las virtudes.

Si analizamos esto, la encontraremos correlacionada con otras virtudes de una jerarquía mayor; ¿pero qué virtud se encuentra separada? Mientras, o debido a que, fue exaltada como peculiar en la carrera de las armas, y como tal estimada en un grado más alto de lo que se merecía, aparecieron sus falsificaciones.

Confucius mismo ha enseñado en varias ocasiones que los accesorios externos son pequeños como los sonidos en la música.

Cuando la propiedad fue elevada al sine qua non (condición indispensable) del intercambio social, debía esperarse solamente que un sistema elaborado de etiqueta viniera en boga para entrenar a la juventud en el correcto comportamiento social. El cómo hacer una pequeña reverencia al acercarse a otros, el cómo caminar y sentarse, fueron enseñados y aprendidos con extremo cuidado. Los modales en la mesa pasaron a ser una ciencia. El servir y el beber el té fueron llevados al grado de ceremonia. Se espera, por supuesto, que un hombre educado domine todo esto.

Muy apto hace el Sr. Veblen, en su interesante libro, [*Theory of the Leisure Class*, N.Y. 1899, p. 46.] llamar decoro a "un producto y un exponente de la vida des clases altas".

He oído las observaciones hechas a la ligera por europeos sobre nuestra elaborada disciplina de la cortesía. Se ha criticado como absorbe demasiado de nuestro pensamiento y hasta ahora es una locura observar obediencia ciega a ella. Admito que puede haber sutilezas innecesarias en la etiqueta ceremoniosa, pero si comparte tanto de desatino como de adherencia a las siempre cambiantes maneras de occidente, es una pregunta no muy clara para mi mente. Incluso maneras que no solamente considero como monstruos de la vanidad; al contrario, veo a éstos como la incesante búsqueda de la mente humana para la belle za. Mucho menos considero una ceremonia elaborada común un conjunto trivial; ella denota el resultado de una larga observación en cuanto al método más apropiado de alcanzar cierto resultado. Si hay cualquier cosa hacer, hay ciertamente una mejor manera de hacerla, y la mejor manera es la más económica y la más agraciada. El Sr. Spencer define a la gracia como la manera más económica de moverse

La ceremonia del té presenta ciertas maneras definidas de manipular una taza, una cuchara, una servilleta. A un neófito le parece aburrido y hasta tedioso. Pero uno pronto descubre que es la manera prescrita, después de todo, que ahorra más tiempo y trabajo; es decir, el uso más económico de esfuerzo, por lo tanto, según la sentencia de Spencer, el de más gracia.

El significado espiritual del decoro social, o debo decir pidiendo prestado del vocabulario de la "filosofía de ropas", la disciplina espiritual de la cual la etiqueta y la ceremonia son mera ropa

exterior, está fuera de toda proporción que el aspecto nos quiere hacer creer. Puede ser que siga el ejemplo del Sr. Spencer y remonte en nuestras instituciones ceremoniales los orígenes y los motivos morales que les dieron lugar; pero eso no es por lo que me esforcé en hacer este libro. En lo que deseo enfatizar, es el entrenamiento moral implicado en la observancia terminante de la propiedad.

He dicho que la etiqueta fue elaborada con las sutilezas más finas, tanto así que diversas escuelas que abogaban diversos sistemas, vinieran existir. Pero unieron todo en un último esencial, y esto fue expuesto por la mejor escuela conocida de etiqueta, el Ogasawara, en los términos siguientes:

"La meta final de toda la etiqueta cultivar su mente incluso cuando esté sentado, para que ni el bruto más salvaje pueda atreverse hacerle algo a su persona".

Esto significa, en otras palabras, que por el constante entrenamiento de los correctos modales, uno trae todas las partes y facultades a su cuerpo en un orden perfecto y por lo tanto en armonía con sí mismo y su ambiente como lo expresaba la maestría del espíritu sobre la carne. ¡Qué nuevo y profunda significado así viene a tener la palabra francesa *bienséance* [Etimológicamente, Bien sentado].

Si es cierta la premisa de que la gracia es economizar fuerza, entonces como consecuencia lógica sigue que una práctica constante de la conducta con gracia deba traer con ella una reserva y un almacenaje de la fuerza. Buenos modales, por lo tanto, significa poder en reposo.

Cuando los Gauls bárbaros, durante el saqueo de Roma, irrumpieron en una asamblea del senado y se atrevieron a jalar de las barbas de los venerables patriarcas, pensamos que los viejos caballeros fueron a insultar, ya que carecieron dignidad y la fuerza de los modales. ¿Realmente es posible un alto desarrollo espiritual a través de la etiqueta?, ¿Por qué no?; ¿Todos caminos conducen a Roma!.

Un ejemplo de cómo la cosa más simple puede ser hecha un arte y después convertirse en cultura espiritual, es Cha No Yu, la ceremonia del té.

¡Beber Té es un fino arte! ¿Por qué no debía serlo?, en los niños dibujar en la arena, o tallar salvajemente en una roca, era la promesa de un Raphael o de un Michael Ángel. ¿Cuánto más el sorber una bebida, que comenzó con la contemplación trascendental de un Anacoreta hindú, le da derecho de convertirse en un artesanía de religión y de moralidad? Ese calmar la mente, esa serenidad de temperamento, ese porte tranquilo y quieto, son las esencias básicas con las cuales no hay duda de la primera condición de un pensar y sentir correcto de la Cha No Yu.

La limpieza escrupulosa del cuarto pequeño, alejado de la vista y del sonido de la muchedumbre, en sí mismo conduce a dirigir los propios pensamientos del mundo.

El interior simple no absorbe la propia atención como los cuadros y las innumerables de una sala occidental; la presencia de kakemono [Nota: Las volutas o rollos colgantes, que pueden ser pinturas o ideogramas, utilizados para propósitos decorativos] llama nuestra atención más por la gracia del diseño que la belleza del color.

El refinamiento extremo del gusto es el objeto animado; mientras que cualquier cosa exhibida es desterrada con horror religioso. El mismo hecho de que fue inventado por un recluso contemplativo, en una época cuando las guerras y los rumores de guerras eran incesantes, es bien calculado demostrar que esta institución era más que un pasatiempo.

Antes de entrar en los recintos reservados del cuarto de té, los integrantes se reúnen para participar de la ceremonia puesta a un lado, junto con sus espadas, la ferocidad del campo de batalla o las preocupaciones del gobierno, allí encuentran paz y amistad.

Cha No Yu es más que una ceremonia es un arte fino; es poesía, con los gestos articulados para el ritmo: es un *modus operandi* de la disciplina del alma.

Su gran valor reside en su última fase, las otras fases preponderadamente no infrecuentan en la mente de sus participantes, pero eso no prueba que su esencia no sea de una naturaleza espiritual.

La cortesía será una gran adquisición, si no hace más que impartir gracia a los modales; pero su función no se detiene aquí. Por propiedad, surge de los motivos de la benevolencia y de la modestia, y actúa por los sentimientos afectuosos hacia las sensibilidades de los otros, siempre es una expresión con gracia de la condolencia. Su requisito es que debemos llorar con los que lloran y alegrarnos los que se alegran. Tal requisito didáctico, cuando está reducido en los pequeños detalles de la vida diaria, se expresa a sí misma en los pequeños actos apenas notables, o si son notados, son como una vez me dijo una señorita misionera de veinte años, "terriblemente divertidos".

Usted está en medio del calor del sol que deslumbra sin una sombra que lo cobije, pasa cerca de usted un japonés conocido; y se pone junto a él, e inmediatamente se quita el sombrero, bueno eso es perfectamente natural, pero ello "terriblemente divertido" sería, que todo el rato que él habla con usted su parasol está abajo y él también está parado en medio del calor del sol que deslumbra.

¡Qué tonto!, Si, exacto previendo que el motivo fuera menos que esto: "usted está en el sol; me compadezco de usted; esta ría dispuesto a compartir mi parasol si fuera lo bastante grande, o si nos conociéramos más; debido a que puedo darle sombra, compartiré sus malestares". Pocos actos de esta clase, igualmente o más divertidos, no son meros gestos o convencionalismos.

Son el "fortalecimiento" de las sensaciones mentales para la comodidad de otros.

Otra costumbre "terriblemente divertida" es dictada por nuestros cánones de cortesía; pero muchos escritores superficiales en Japón, lo han despedido atribuyéndolo simplemente al desorden general de la nación.

Cada extranjero que lo ha observado confesará la dificultad que sentía en hacer la contestación apropiada sobre la ocasión.

En Estados Unidos de América, cuando hace un regalo, usted canta sus alabanzas al que lo recibe; en Japón esto lo despreciamos o calumniamos. La idea subyacente que con usted, "es un regalo agradable: si no fuera agradable no me atrevería a entregarme a usted; por esto sería insulto darle cualquier cosa más agradable". En contraste con esto, nuestra lógica funciona: "usted es una persona agradable, y no hay regalo bastante agradable para usted. Usted no aceptará cualquier cosa que puedo poner en sus pies excepto como símbolo de mi buena voluntad; acepte tan sólo esto, no por su valor intrínseco, sino como un símbolo. Será un insulto a su valía llamar el mejor regalo bastante bueno para usted".

Ponga las dos ideas lado a lado; y veremos que la primera y la última idea son lo mismo. Ni uno ni otro es "terriblemente divertido".

El norteamericano habla del material del que está hecho el regalo; el japonés habla del espíritu que incita el regalo. Es perverso concluir un razonamiento, porque nuestro sentido de la propiedad se demuestra en todas las ramificaciones más pequeñas de nuestra conducta, tomar lo menos importante de él y mantenerlo como el tipo, y pasar juicio sobre el principio de sí mismo.

¿Cuál es más importante, comer u observar las reglas de propiedad para comer?

Un sabio chino respondió, "si toma un caso donde todo lo importante es comer, y la observación de las reglas de la propiedad es de poca importancia, y las compara entre ellas, ¿porqué simplemente opinar que el comer es de la mayor importancia?".

"El metal es más pesado que las plumas" ¿pero eso no significa que haga referencia a una sola pieza de metal o a un furgón lleno de plumas?, tome un pedazo de madera de treinta centímetros de grosor y levántelo sobre el pináculo de un templo, ninguno lo llamaría jamás que está más alto que el templo.

VERDAD O VERACIDAD

A la pregunta, de "¿Cuál es más importante, decir la verdad o ser cortés?", los japoneses dirían una respuesta diametralmente opuesta a lo que dirían los norteamericanos, pero me abstengo de

cualquier comentario hasta que comience a hablar de verdad o veracidad, sin las cuales la cortesía es farsa y exhibicionismo.

La "Propiedad llevada más allá del límite correcto", dice Masamune, "se convierte en una mentira". Un poeta antiguo ha aventajado a Polonius en el consejo que da: "para serte sincero: si en tu corazón no abandonas la verdad, sin tus oraciones los Dioses te mantendrán íntegro".

La apoteosis de la Sinceridad a la cual Tsun Tzu expresa en la Doctrina del Tao, atribuye a ella poderes transcendentales, casi identificándolas con el divino. "Sinceridad es la meta y el principio de todas las cosas; sin Sinceridad no habría nada". Él entonces mora con elocuencia en su naturaleza de gran tamaño y duración, su capacidad para producir cambios sin movimiento y por su mera presencia lograr su propósito sin esfuerzo.

El ideograma chino para Sinceridad, que es una combinación de "palabra" y "perfecto," uno se tiente a dibujar un paralelo entre él y la doctrina Neo Platónica de Logos, tal altura hace que el sabio se remonte en su vuelo místico y extraño.

La mentira o la ambigüedad eran juzgadas igualmente cobardes. El bushi sostuvo que su alta posición social exigía un estándar más alto de veracidad que el del comerciante y del campesino. Bushi no ichi gon, la palabra de un samurái o en el equivalente alemán ex acto Ritterwort, era la suficiente garantía de la verdad de una aserción.

Su palabra llevó tal peso con ella que las promesas generalmente fueron hechas y satisfechas sin un compromiso escrito, que habría sido juzgado absolutamente por debajo de su dignidad. Muchas anécdotas emocionantes fueron dichas a aquellos que quedaban atónitos por la muerte de un ni gon, un lengua doble.

El respeto para la veracidad era tan alto que, a diferencia de la generalidad de los cristianos que violan persistentemente la orden del profesor de no jurar, el mejor de los samurai miraba a un juramento como despectivo a su honor. Estoy bien enterado que juraron por diversas deidades o sobre sus espadas; pero el juramento nunca degeneró en una forma de juego o una interjección irreverente. Para acentuar estas palabras diré que fue una práctica el literalmente sellar con sangre un trato.

Para la explicación de esto, necesito solamente referir a mis lectores a Fausto de Goethe.

Un escritor americano reciente es el responsable de esta declaración, si usted pregunta a cualquier japonés, ¿qué es mejor?, decir una mentira o ser descortés, él no vacila en contestar "¡decir una mentira!", El Dr. Peery [Peery, *The Gist of Japan*, p. 86] en parte tiene razón y en parte no; es cierto que un japonés ordinario, incluso un samurái, puede contestar de esa forma atribuida a él, pero incorrecta atribuirle demasiado peso al término que él traduce "falsedad." Esta palabra (en japonés uso) se emplea para denotar cualquier cosa que no sea una verdad (*makoto*) o un hecho (*hontou*).

Lowell nos dice que Wordsworth no podría distinguir entre la verdad y el hecho, y un japonés común es a este respecto tan bueno como Wordsworth. Pida a un japonés, o incluso a un norteamericano de cualquier refinamiento, que le digan si tiene aversión o si está enfermo del estómago, y él no vacilará por un momento decir falsedades y responder, "me agrada mucho" o, "estoy absolutamente bien, gracias".

Sacrificar verdad por el motivo de la cortesía fue mirado simplemente como una "forma vacía" (kyo rei) y "engaño por palabras dulces," y nunca fue justificado.

Ahora estoy hablando de la idea de la veracidad en el Bushido; pero puedo no deber inoportunamente dedicar algunas palabras a nuestra integridad comercial, de la cual he oído mucha queja en libros y diarios extranjeros.

Una moralidad floja de los negocios ha sido en verdad hecho la peor mancha en nuestra reputación nacional; pero antes de abusar de ella o precipitarme a condenar la raza entera por ella, déjennos estudiarla tranquilamente y seremos recompensados con la consolación para el futuro.

De todas las grandes ocupaciones de la vida, ninguna se alejó más de la carrera de armas que el comercio. Colocaron al comerciante lo más bajo posible en la categoría de las vocaciones, el caballero, el agricultor de la tierra, el mecánico, el comerciante.

El samurái derivó sus percepciones de la renta de sus tierras e incluso podía ser indulgente, si tenía en mente, aficionarse al cultivo; pero el contador y el ábaco fueron aborrecidos. Conocemos la sabiduría de este arreglo social.

Montesquieu lo ha puesto claro que el excluir de la nobleza las búsquedas mercantiles era una política social admirable, que evitó que la abundancia se acumulara en manos de los más poderosos.

La separación del poder y de las riquezas mantuvo la distribución de ganancias casi regular. El Profesor Dill, autor de *"Roman Society in the Last Century of the Western Empire"*, ha refrescado en nuestras mentes que una causa de la decadencia del imperio romano, era el permiso dado a la nobleza para engancharse en el comercio, y al monopolio consiguiente de la abundancia y del poder por una minoría de las familias senatoriales.

El comercio, por lo tanto, en el Japón feudal no alcanzó ese grado de desarrollo que habría logrado bajo condiciones más libres. La calumnia unida a llamarlo algo natural trajo dentro de sus límites tal como el poco cuidado para la reputación social.

"Llamada a alguien ladrón y robará", pon un estigma o una idea y sus seguidores ajustarán sus morales a ello, porque es natural que "la conciencia normal", como Hugh Black dice, "se levanta a las demandas hechas en ella, y fácilmente cae al límite del estándar esperado de ella".

Es innecesario agregar que ningún negocio, anuncio o similar, no se puede tramitar sin un código moral. Nuestros comerciantes del período feudal tenían uno entre ellos mismos, sin los cuales no habrían podido nunca convertirse, como lo hicieron, en las instituciones mercantiles fundamentales tales como el gremio, el banco, la bolsa, el seguro, los cheques, las letras de cambio, pero en sus relaciones con la gente fuera de su vocación, los comerciantes vivieron demasiado cierta a la reputación de su orden. Siendo este el caso, cuando el país fue abierto al comercio exterior, sólo el más aventurero e inescrupulosos acometieron a los puertos, mientras que las casas de negocios respetables declinaron por una cierta hora las peticiones repetidas de las autoridades de establecer sucursales. ¿Fue el Bushido impotente para estar en la corriente de la deshonra comercial? Veamos.

Los que se conocen bien de nuestra historia recordarán que solamente algunos años después del tratado nuestros puertos fueron abiertos al comercio exterior, se abolió el feudalismo, y con esto las propiedades de los samurái fueron expropiadas e hipotecadas para su compensación, estuvieron libres para invertir en transacciones bursátiles.

Ahora usted se pregunta, "¿qué no podían traer su veracidad de la que se jactaban en sus nuevas relaciones de negocio y así reformar los viejos abusos?". Los que tenían ojos para ver no podían llorar bastante, los que tenían corazones para sentir no podían comprender bastante, con el destino de muchos un samurái noble y honesto señalado por haber fallado irrevocablemente en su nuevo y desconocido campo del comercio y la industria, a través de una completa carencia de perspicacia en hacer frente a su rival plebeyo ingenioso.

Cuando sabemos que el ochenta por ciento de las casas de negocio fallan en un país tan industrializado como Norteamérica, ¿es cualquier maravilla que de entre cientos de samurái uno entrará al comercio y apenas podría tener éxito su nueva vocación?, pasará mucho tiempo antes de ser reconocido cuántas fortunas fueron arruinadas en los intentos de aplicar la ética del Bushido al método de los negocios; pero rápidamente fue hecho patente para cada mente observadora que las maneras de la abundancia no eran las maneras del honor.

En lo que respecta, entonces, ¿eran diferentes? De los tres incentivos de la veracidad que Lecky enumera, bis: el industrial, el político, y el filosófico, el primero carecía en conjunto del Bushido. En cuanto al segundo, podría convertirse un poco en una comunidad política bajo sistema feudal.

En lo filosófico, y como Lecky dice, en su aspecto más alto, la Honestidad logró un rango elevado en nuestro catálogo de virtudes.

Con todo mi sincero respeto por la alta integridad comercial de la raza anglosajona, cuando pido la última tierra, me dicen que la "honradez es la mejor política", ese el pago de ser honesto. ¿No es esta virtud, entonces, su propia recompensa? ¡Si esto se hace seguido porque trae más dinero en efectivo que falsedad, me temo que el Bushido podría ser algo complaciente con las mentiras!.

Si el Bushido rechaza una doctrina de recompensar el quid pro quo, el astuto comerciante la aceptará fácilmente. Lecky ha comentado muy ciertamente que la veracidad debe su crecimiento en gran parte al comercio y a la fabricación; pues como Nietzsche lo pone, la "honradez es la más joven de las virtudes", en otras palabras, es el fomentar el niño de la industria, de la industria moderna. Sin esta madre, la Veracidad era como un huérfano de sangre azul al que solamente una mentalidad cultivada lo podría adoptar y alimentar. Tales mentalidades eran comunes entre los samurái, pero, por querer fomentar una madre más democrática y utilitaria, el niño blando no ha podido prosperar. La industria avanza, la veracidad probará una fácil, mejor dicho, una provechosa, virtud a la práctica. Solo piense, a finales de noviembre de 1880, Bismarck envió una carta a los cónsules profesionales del imperio alemán, advirtiéndolos "de una carencia lamentable de confiabilidad con respecto a los envíos alemanes *inter alia*, en apariencia, calidad y cantidad"; oímos hoy en día poco de la comparación del descuido y de la falta de honradez alemanes en el comercio.

En veinte años sus comerciantes aprendieron que la honradez al final paga. Nuestros comerciantes están descubriendo ya e so.

Recomiendo a lector a dos escritores recientes para el juicio bien pesado en este punto. [Nota: Knapp, Feudal and Modern Japan, Vol. I, Ch. IV. Ransome, *Japan in Transition*, Ch. VIII].

Es interesante comentar en esta conexión que la integridad y el honor fueron las garantías más seguras que incluso un deudor mercantil podría presentar en la forma de notas promisorias. Era absolutamente usual insertar cláusulas como éstas: "en el defecto del reembolso de la suma prestada a mí, no diré nada contra al ser puesto en ridículo en público", o, "en caso de que no pueda pagarle, usted podrá llamarme tonto", y similares.

HONOR

A menudo me he preguntado si la veracidad del Bushido tenía algún motivo más alto que el valor. En ausencia de ningún mandamiento positivo contra el testimonio falso, mentir no fue condenado como pecado, sino simplemente denunciado como debilidad, y, como tal, altamente deshonorables. De hecho, la idea de la honradez está íntimamente ligada, como su etimología Latina y Alemana, se mezcla, para ser identificada con el honor, que es su período culminante. Debo detenerme un momento para la consideración de esta característica de los preceptos de Caballería.

El sentido del honor, implicando un sentido vivo de la dignidad personal y del valor, no puede fallar en caracterizar al samurái, llevado y criado para valorar los deberes y los privilegios de su profesión. Sin embargo la palabra dada ordinariamente hoy en día como la traducción de honor no fue utilizada libremente, con todo eso la idea fue transportada por términos tales como na (nombre), men moku (conocido), guai bun (audiencia exterior), recordándonos respectivamente el uso bíblico del "nombre," de la evolución del término "personalidad" de la máscara griega, y de la "fama".

Un buen nombre, la propia reputación, la parte inmortal de uno mismo, los restos de bestia, era asumido como un asunto ordinario, y cualquier infracción sobre su integridad era sentida como vergüenza, y el sentido de la vergüenza (Ren chi shin) fue uno de los más tempranamente tratados en la educación juvenil.

"Se reirán de ti", "Esto te deshonrará", "¿No estás avergonzado?", era la última súplica para corregir el comportamiento de un delincuente joven.

Tal recurso del honor tocó el punto más sensible del corazón del niño, como si hubiera tenido conciencia de este pensamiento mientras estaba en la matriz de su madre; posiblemente un honor como influencia prenatal, se relaciona estrechamente con un fuerte sentido de la familia.

"Al perder la solidaridad de familias", dice Balzac, "la sociedad ha perdido la fuerza fundamental que Montesquieu nombró Honor".

De hecho, el sentimiento de vergüenza me parece a mí ser la indicación más temprana del sentido moral de nuestra raza. El primer y peor castigo que aconteció a la humanidad en la consecuencia de probar "el fruto de ese árbol prohibido" fue, para mi mente, no el dolor del parto, ni los cardos ni las espinas, sino el despertar del sentimiento de vergüenza.

Pocos incidentes de la historia sobresalen en el transcurrir de la escena de la primera madre que maneja con grandes senos y trémulos dedos, su burda aguja en las pocas hojas del higo que su desanimado esposo arrancó para ella. Este primer fruto de desobediencia se aferra en nosotros con una tenacidad como ningún otro. Toda la ingenuidad sartorial de la humanidad todavía no ha tenido éxito en la costura de un delantal que ocultará eficazmente nuestro sentido de la vergüenza.

Ese samurái estaba en lo correcto al rechazar comprometer su carácter por una leve humillación en su juventud; "porque", él dijo, "la deshonra es como una cicatriz en un árbol, que con el tiempo, en lugar de desaparecer, sólo crece más".

Mencius había enseñado siglos antes, en casi la misma frase, qué Carlyle después expresó, a saber, que la "vergüenza es el suelo de toda la virtud, de buenas maneras y de buena moral". El miedo de la deshonra era tan grande que si nuestra literatura carece de tal elocuencia, Shakespeare la pone en boca de Norfolk, sin embargo nunca colgó como la espada de Damocles sobre la cabeza cada samurái y asumió a menudo un carácter mórbido. En el nombre del honor, los hechos fueron perpetrados para que no pudieran encontrar ninguna justificación en el código de Bushido.

El más leve, más bien, insulto imaginario, el fanfarrón de genio irascible tomaba la ofensa, recurría al uso de la espada, y en muchos casos una disputa innecesaria fue llevada y muchas vidas inocentes se perdieron.

La historia de un ciudadano de buen medio, que llamó la atención de un bushi por una pulga que saltaba en su espalda, y que inmediatamente fue cortado en dos, por la simple y cuestionable razón de que las pulgas son parásitos que se alimentan de animales, fue un insulto imperdonable identificar un guerrero noble con una bestia, yo digo, historias como éstas son demasiado frívolas para creer.

Todavía, la circulación de tales historias implica tres cosas; (1) que fueron inventadas para intimidar al pueblo; (2) que los abusos realmente fueron hechos de la profesión del honor del samurái; y (3) que un sentimiento muy fuerte de la vergüenza fue desarrollado entre ellos. Es simplemente injusto llevar un caso anormal para echar la culpa sobre los preceptos, algo más que juzgar la enseñanza verdadera de Cristo de los frutos del fanatismo y de la extravagancia, inquisiciones e hipocresías religiosas.

Pero, así en la monomanía religiosa hay algo que toca la nobleza, comparado a los *deliriums tremens* de un alcohólico, así que la sensibilidad extrema de un samurai sobre su honor ¿nosotros no reconocemos la capa inferior de una virtud genuina?

El exceso mórbido en el cual el delicado código de honor estaba inclinado a funcionar fue contrapesado fuertemente predicando magnanimidad y paciencia. Ofenderse a la más mínima provocación fue ridiculizado como una "irascibilidad".

El dicho popular decía: "Llevar lo que usted piensa que no puede llevar es realmente llevarlo".

El gran Ieyasu dejó para la posteridad algunas máximas, entre las cuales están las siguientes: "La vida de un hombre es como recorrer una distancia con una carga pesada sobre los hombros.

Rapidez no. * * * * No reprobar nada, pero ser cuidadoso de los imperceptibles defectos propios. *
* * La paciencia es la base del correr de los días".

Él probó en su vida lo que predicó.

Un ingenio literario puso hizo famoso un epigrama característico de tres personajes bien conocidos en nuestra historia: a Nobunaga le atribuyó, "lo mataría, si el ruiseñor no canta a tiempo"; a Hideyoshi, "lo forzaré a cantar para mí"; y a Ieyasu, "esperaré hasta que abra los labios".

La paciencia y el largo sufrimiento también fueron altamente elogiados por Mencius. En un lugar él escribe a este efecto: "aunque se desnude y me insulte, ¿qué es eso para mí?, Usted no puede profanar mi alma por su ultraje". En otra parte enseña que la cólera en una ofensa pequeña es indigna para un hombre superior, pero para una ofensa grande es correcta. A que altura de inmarcial e irresistible docilidad podían alcanzar algunos de sus votantes en Bushido, puede ser visto en sus elocuciones. Tome, por ejemplo, este refrán de Ogawa: "cuando otros hablan todo tipo de cosas malvadas contra uno, no hay que responder al mal con el mal, pero si reflejar algo que no desgaste la lealtad en la descarga de las propias obligaciones".

Tome otro de Kumazawa: "Cuando otros le insulten, no los insulte; cuando otros se enojen, no se enoje. Solamente regocijese como parte de pasión y deseo".

Todavía hay otro caso que puedo citar de Saigo, sobre enfrentar "está avergonzado es no estarlo", "El Camino es el camino del cielo y de la tierra:

El lugar del hombre es seguirlo: por lo tanto haga de reverenciar el Cielo el objeto de su vida. El cielo me ama a mí y a otros con la misma intensidad; por lo tanto con el amor que se tenga hacia usted, téngalo hacia los otros. No haga del hombre su socio pero si del Cielo, y esto será el mejor proceder. Nunca condene otros; y verá que al corto plazo esto no vendrá a dejarle marca".

Algunos de esos refranes nos recuerdan postulados cristianos y nos demuestran cuán lejos en moralidad práctica la religión natural puede acercarse a revelada.

No sólo estos refranes son elocuencias, sino que realmente fueron incorporados a actos.

Debe ser admitido que muy pocos lograron alcanzar la sublime altura de la magnanimidad, de la paciencia y del perdón. Esto fue una gran pena que no aclaró nada y en general fue expresado como lo que constituía el honor, sólo algunas mentes aclaradas que estaban enteradas que "de la no condición se levanta", pero que esto se funda en cada buen acto de su parte: nada era más fácil para las juventudes que se olvidaban en el calor de la acción de lo que habían aprendido en sus momentos más tranquilos de Mencius.

Este sabio dijo, "En la mente de cada hombre se ama el honor: pero pocos sueñan las bases que son verdaderamente honorables con él y no con nadie más. El honor que confieren los hombres no es buen honor. Esos a quienes Chaou, el Gran Ennoblecido, puede hacer el medio otra vez".

Para la mayoría, un insulto era resentido y compensado rápidamente por la muerte, y como veremos más adelante, mientras el Honor muy a menudo no más alto que la gloria vana o aprobación verbal, era estimado como el *summum bonum* de la existencia terrenal. La fama, y no la abundancia o el conocimiento, eran las metas hacia la cuales las juventudes tuvieron que esforzarse.

Muchos muchachos se juraron a sí mismos cuando cruzaron el umbral de su hogar paternal, que no lo volverían a cruzar hasta que hubieran hecho un nombre en el mundo: y muchas madres ambiciosas rechazaron ver a sus hijos a menos que lograran "volver a casa," como es la expresión, "engalanados con el brocado".

Para evitar vergüenza o para ganar un nombre, los muchachos samurái someterían a cualquier privación y experimentarían las pruebas duras más severas del sufrimiento corporal o mental. Sabían que el honor ganado en la juventud crecía con la edad.

En el memorable sitio de Osaka, colocaron a un hijo joven de Ieyasu, a pesar de sus exigencias serias de ser puesto en la vanguardia, en la retaguardia del ejército.

Cuando cayó el castillo, él estaba tan desconsolado y lloró tan amargamente que un viejo concejal intentó calmarlo con todos los recursos y le ordenó "tome un descanso, Señor, piense en el

largo futuro que le queda ante usted. En los muchos años que puede vivir, vendrán las ocasiones para que se distinga". ¡El muchacho fijó su mirada indignada sobre el hombre y dijo; "¡cuán absurda es su plática!, ¿cuándo voy a volver a tener catorce años?".

La vida misma fue pensada barata si el honor y la fama no se podrían lograr con ella: por lo tanto, siempre que una causa se presentara y era considerada más querida que la vida, con serenidad y celeridad extrema la vida era ofrendada.

EL DEBER DE LA LEALTAD

De las causas en comparación con las cuales no demasiados querían sacrificar su vida, fue el deber de la lealtad, que era la clave que hacía de las virtudes feudales un arco simétrico.

Otras virtudes feudales de la moralidad comparten algo en común con otros sistemas éticos o con otras clases de gentes, pero esta virtud, en homenaje y fiel a un superior, es su característica distintiva. Estoy enterado de que la fidelidad personal es una adherencia moral que existe entre todas las clases y condiciones de hombres, una cuadrilla de rateros le debe lealtad a su Jefe, pero solamente en el código de honor de caballería la lealtad asume importancia suprema.

A pesar de la crítica de Hegel de que la fidelidad de los vasallos feudales, viene siendo una obligación a un individuo y no a un bien público, es un enlace establecido en principios totalmente injustos, [Nota: *Philosophy of History* (Eng. trans. por Sibree), Pt. IV, Sec. II, Ch. I.] un gran compatriota suyo hizo alarde de que la lealtad personal era una virtud alemana.

Bismarck tenía buenas razones de hacerlo así, no porque el Treue del que se jactaba era el monopolio de su patria o de una sola nación o raza, sino porque esta fruta favorecida del código de caballería se rezaga lo más tarde posible entre la gente donde el feudalismo ha durado lo más posible. En Norteamérica donde "todo son tan buenos como nadie más", y como el irlandés agregó, "también mejores" tales ideas exaltadas de la lealtad que sentimos hacia nuestro soberano pueden ser juzgadas "excelentes dentro de ciertos límites", pero eso es absurdo según lo inculcado entre nosotros.

Montesquieu se quejó hace mucho tiempo de que uno de los lados correctos de los Pyrenees estaba incorrecto respecto al otro, y en el ensayo reciente de Dreyfus probó la verdad de su observación, excepto de que los Pyrenees no eran el único límite más allá del cual la justicia francesa no encuentra ningún acuerdo.

De manera similar, la lealtad como la concebimos puede encontrar a pocos simpatizantes en otras partes, no porque nuestro concepto este incorrecto, sino porque está, es lo que me temo, olvidado, y también porque lo llevamos a un grado no alcanzado en cualquier otro país. Griffis [Nota: *Religions of Japan*.] fue absolutamente correcto en la indicación de que mientras en China la ética Confuciana hizo de la obediencia a los padres el deber humano primario, en Japón el precedente fue dado a la lealtad.

En el riesgo de dar una sacudida eléctrica a algunos de mis buenos lectores, relataré de alguien "quién podría aguantar seguir a un señor caído" y quién así, como Shakespeare asegura, "ganó un lugar en la historia".

La historia es de uno de los personajes más puros de nuestra historia, Michizane, que, al caer víctima de los celos y la calumnia, es exiliado de la capital. No contentos con esto, sus enemigos implacables ahora están actuando para la extinción de su familia.

La búsqueda estricta contra su hijo, no del todo mayor, revela el hecho de que es mantenido en secreto en una escuela manejada por un tal Genzo, un vasallo de Michizane. Cuando las órdenes se envían al profesor para entregar la cabeza del delincuente juvenil en cierto día, su primera idea es encontrar un sustituto conveniente para esto. Examina en la lista de la escuela, escudriña cuidadosamente a todos los muchachos, pues dan un paseo en aula de clases, pero entre ninguno de los niños nacidos campesinos encuentra la menor semejanza con su protegido.

Su desesperación, sin embargo, es sino por un momento; para percibir, el anuncio de un nuevo estudiante, un muchacho bien parecido, de la misma edad que el hijo de su amo, escoltado por una madre del aspecto noble.

No menos conscientes de la semejanza entre el joven señor y el joven vasallo, lo estaban la madre y el muchacho mismos.

En la intimidad de su hogar ambos habían puesto sobre el altar; el su vida, ella su corazón, sin mostrarlo al mundo exterior.

Involuntario a lo qué habían pasado entre ellos, es el profesor del que viene la sugerencia ¡aquí, entonces, está el chivo expiatorio!

El resto de la historia podría ser brevemente contado.

En el día designado, llega el oficial comisionado a identificar y recibir la cabeza del joven. ¿Será engañado por la falsa cabeza?

La pobre mano de Genzo está en la empuñadura de la espada, alistada para dar un golpe en el hombre o a sí mismo, por la derrota al ser examinado su esquema.

El oficial toma el objeto espantoso ante él, analiza tranquilamente cada rasgo del joven, y en un tono deliberado, lo pronuncia como genuino. Esa tarde en un hogar solitario aguarda la madre que vimos en la escuela. ¿Ella sabe el sino de su hijo? No está para mirar con impaciencia entrar a su hijo por la puerta de su casa. Su suegro ha sido durante mucho tiempo un recipiente de las generosidades de Michizane, pero puesto que las circunstancias del destierro han forzado a su marido seguir el servicio del enemigo del benefactor de su familia. Él mismo no podría ser mentiroso a su propio amo cruel; pero su hijo podría servir a la causa del señor de sus antepasados.

Como era un conocido de la familia exiliada, en él fue quien había sido confiado con la tarea de identificar la cabeza del muchacho. Ahora el arduo trabajo del día, y de su vida, lo realiza, vuelve a casa y así como cruza el umbral, se acerca a su esposa, diciéndole: "¡alégrate, esposa mía, ¡nuestro hijo querido ha probado su servicio a su señor!".

"¡Que historia tan atroz!" oigo a mis lectores exclamar, "Padres que sacrifican deliberadamente a su propio hijo para ahorrar la vida de otro hombre".

Pero este niño era una víctima consciente y dispuesta: es una historia de muerte indirecta, así de significativa como, y no más repugnante que, la historia de Abraham del sacrificio intencional de Isaac. En ambos casos era obediencia a la llamada del deber, sumisión completa a la orden de una voz superior, dada por un ángel visible o invisible, o percibida por un oído exterior o un interior; pero me abstengo de la predicación.

El individualismo del oeste, que reconoce los intereses separados del padre e hijo, marido y esposa, trae necesariamente una fuerte revelación de las obligaciones debidas del uno al otro; pero Bushido sostuvo que el interés de la familia y de los miembros de ella es intacto, único e inseparable.

Este interés que envolvió con afecto, natural, instintivo, irresistible, por lo tanto, si morimos por alguien que amamos de forma natural (que los animales mismos poseen), ¿qué es eso? "Si para el que nos ama lo amamos, ¿qué recompensa tiene usted? ¿No se piensa lo mismo?"

En su gran historia, Sanyo relata con un lenguaje conmovedor la lucha del corazón de Shigemori referente a la conducta rebelde de su padre. "si soy leal, mi padre debe ser deshecho; si obedezco a mi padre, mi deber a mi soberana debe ir inoportunamente".

¡Pobre Shigemori! Lo vemos luego rogar con toda su alma de que el buen cielo pueda visitarlo con la muerte, eso que puede liberarlo de este mundo donde es duro para que moren la pureza y la rectitud.

Por mucho Shigemori tiene su corazón rasgado por el conflicto entre el deber y el afecto. De hecho ni Shakespeare ni el viejo testamento en sí mismo contienen una representación adecuada del *ko*, nuestro concepto de la piedad filial, pero en tales conflictos Bushido nunca dudó en su opción de la lealtad. Las mujeres, animaron también a sus descendientes de que sacrificarán todo

por su rey. Siempre así de resueltos como la viuda Windham y sus consortes ilustres, la matrona samurái estaba en pie lista para dar una ofrenda a sus muchachos por la causa de la lealtad.

Puesto que Bushido, como Aristóteles y algunos sociólogos modernos, concibieron el estado como precedente al individuo, el último ser nació como parte y paquete de eso, él debe vivir y morir por él o por el titular de su autoridad legítima.

Los lectores de Criton recordarán la discusión con la cual Sócrates representa las leyes de la ciudad como abogando con él del asunto de su escape. Entre otros él les hace (las leyes, o el estado) diciendo: "Puesto que usted fue procreado, consolidado y educado por nuestra mano, se atreve a decir una sola vez que no es nuestro descendiente y criado, usted y sus padres antes de usted!".

Éstas son palabras que no nos impresionan como ninguna cosa extraordinaria; para la misma cosa han estado de largo en los labios de Bushido, con esta modificación, que las leyes y el estado fueron representados con nosotros por un ser personal.

La lealtad es un resultado ético de esta teoría política. No soy enteramente ignorante de la opinión del Sr. Spencer según la cual la obediencia política, Lealtad, se acredita con solamente una función transitoria [Nota: *Principles of Ethics*, Vol. I, Pt. II, Ch. X]. Esta puede ser así. Suficiente al día es a eso la virtud.

Podemos complacientemente repetirla, especialmente cuando creemos a ese día a ser un espacio largo de tiempo, durante el cual, así como nuestro himno nacional dice, "guijarros minúsculos crecen en las rocas poderosas cubiertas con el musgo".

Podemos recordar en esta juntura que incluso entre tan democrática gente como el inglés, "tienen el mismo sentimiento de fidelidad personal hacia un hombre y su posteridad como sus antepasados germánicos sintieron hacia sus jefes", como Monsieur Boutmy dijo recientemente, "únicamente el pasado más o menos dentro de la lealtad profunda a la raza y a la sangre de sus príncipes, es evidenciado en su extraordinario apego a la dinastía".

La subordinación política, predice el Sr. Spencer, dará lugar a la lealtad de los dictados de la conciencia.

Suponga que su inducción es realizada, ¿podrá la lealtad y su instinto concomitante de reverencia desaparecer por siempre?

Transferimos nuestra lealtad a partir de un amo a otro, sin ser desleal a cualquier otro; de ser sujetos a un jerarca que maneje el cetro temporal y nos lleguemos a ser los criados del monarca que se siente en un trono penetrado en nuestro corazón.

Hace algunos años una controversia muy estúpida, comenzada por los discípulos equivocados de Spencer, hizo estrago entre la clase ilustrada de Japón.

En su celo por mantener la demanda del trono a la lealtad indivisible, cargaron a cristianos con propensiones traicioneras en que confiesen fidelidad a su señor y amo.

Pusieron delante discusiones sofismas sin el ingenio de los Sophistas, y tortuosidades escolásticas sin las sutilezas de los escolásticos.

Poco sabían que nosotros podemos, en cierto sentido, "servir a dos amos sin sostener a uno y desdeñar a otro", "rindiendo al Cesar las cosas que son para el Cesar y a Dios las cosas que son de Dios".

Qué no Sócrates, todo el rato que rechazó impávidamente en conceder una iota de lealtad a su Daemon, ¿obedeció con la misma fidelidad y ecuanimidad la orden de su amo terrenal, el Estado? Su conciencia que siguió, vive; su país al que sirvió, murió. ¡Ay de mí el día en que un estado crezca con tanto poder y con gran alcance en cuanto a la demanda de los dictados de la conciencia de sus ciudadanos! Bushido no nos requirió hacer de nuestra conciencia el esclavo de ningún señor o rey.

Thomas Mowbray fue un verdadero portavoz para nosotros cuando dijo: "Me lanzó a mi mismo, terrible soberano, a tus pies.

Mi vida me lo ordena, pero no mi vergüenza. Lo que mi deber obliga; pero mi nombre justo,

Desafiar a la muerte, que vive sobre mi sepulcro,
Al usar el oscuro deshonor, que se me ordena no tener".

Un hombre que sacrificó su propia conciencia a la voluntad caprichosa o anormal o lujosa de un soberano fue acordado un lugar bajo en la estimación de los preceptos. Tal fue desdeñado como nei shin, una humillación, al que hace caravana adulando sin escrúpulos o como choo shin, favorito al que roba el afecto de su amo por medio de serviles complacencias; estas dos especies de temas corresponden exactamente a los que Iago describe, uno, el bribón deferente y arrodillado, adorado por dar su bondad, ofreciendo su tiempo más que el asno de su amo; el otro oportunista en forma y aspecto del deber, aun así manteniendo su corazón en atenderse a sí mismo.

Cuando un sujeto difería de su amo, el camino de la lealtad para él perseguía que fuera a utilizar cada medio disponible para persuadirlo de su error, como Kent hizo con el rey Lear. Fallando en esto, deja al amo bajo las premisas de este llegar a un acuerdo con él. En casos de esta clase, era absolutamente un curso usual para el samurái hacer su última súplica a la inteligencia y a la conciencia de su señor demostrando la sinceridad de sus palabras con el vertimiento de su propia sangre.

EDUCACIÓN Y EL ENTRENAMIENTO DE UN SAMURAI

La vida siendo entregada como el medio por el cual servir a su amo, y su ideal que es fijado sobre el honor, toda la educación y el entrenamiento de un samurái. Fueron conducidos por acuerdo a ellos.

El primer punto a observar en la pedagogía caballeresca era el de formar el carácter, dando tono a las facultades más sutiles de prudencia, inteligencia y dialéctica.

Hemos visto la parte importante de las realizaciones estéticas en juego en su educación. Indispensable en ellos como hombres de cultura, más que esenciales fueron accesorios en el entrenamiento del samurái.

La superioridad intelectual, por supuesto, fue estimada; pero la palabra Chi, la cual fue empleada para denotar inteligencia, en primer lugar significaba sabiduría y en segundo término muy subordinado conocimiento.

El trípode que apoyó el marco de Bushido se decía era Chi, Jin, Yu, respectivamente sabiduría, benevolencia, y valor.

Un samurái era esencialmente un hombre de acción. La ciencia estaba sin los límites de su actividad. Él se aprovechó de ella en lo que se refería a su profesión de armas. La religión y la teología fueron relegadas a los sacerdotes; se refirió a ellas en cuanto a que ayudaron a alimentar su valor. Como un poeta inglés el samurái creyó "no hay credo alguno que salve al hombre; pero es el hombre el que justifica el credo". La filosofía y la literatura formaron la principal parte de su entrenamiento intelectual; pero igual en la búsqueda de éstos, no fue el verdadero objetivo por el que él se esforzó, después la literatura fue perseguida principalmente como un pasatiempo, y la filosofía como ayuda práctica en la formación del carácter, si no para la exposición de un cierto problema militar o político.

De lo que se ha dicho, no es de sorprenderse observar que el plan de estudios de estudios, según la pedagogía del Bushido, consistió principalmente en lo siguiente: kenjutsu (esgrima), kyujutsu (arquería), jiu-jutsu o Yawara (combate a mano limpia), equitación, el uso de la lanza, táctica, caligrafía, ética, literatura e historia.

De éstos, el jiu-jutsu y la caligrafía pueden requerir algunas palabras para su explicación. Gran tensión fue puesta en la buena escritura, probablemente porque nuestros logo-gramas, participando también con la naturaleza de imágenes, poseen valor artístico, y también porque la caligrafía era aceptada como indicativo de su carácter personal. Jiu-jutsu se puede definir brevemente como uso del conocimiento anatómico con un propósito ofensivo o defensivo. A

diferencia de la lucha, no depende de fuerza muscular. También difiere de otras formas de ataque en que no utiliza ningún arma. Su hazaña consiste en agarrar o atacar tal parte del cuerpo del enemigo que lo deje inmóvil e incapaz de la oponer resistencia.

Su objeto no es matar, sino incapacitar por un tiempo a uno para la acción.

Un tema de estudio que uno esperaba encontrar en la educación militar y que es algo visible por su ausencia en el curso de Bushido de la instrucción, es matemáticas. Esto, sin embargo, se puede explicar fácilmente en parte por el hecho de que la guerra feudal no fue continuada con la precisión científica. No solamente eso, sino el entrenamiento entero del samurái era desfavorable a fomentar nociones numéricas. El código de caballería es poco económico; se jacta de pobreza.

Se dice con Ventidius que "ambición, la virtud del soldado, en cierta forma lo hace escoger la opción de la derrota, más que ganancia en lo que lo obscurece".

Don Quijote toma más orgullo en su lanza oxidada y caballo famélico, que en el oro y en las tierras, y un samurai mantiene una simpatía de corazón con su *confrère* exagerado de La Mancha. Desdeña al dinero en sí mismo, y al arte de hacerlo o de acumularlo. Para él es un lucro verdaderamente asqueroso.

La expresión trillada para describir la decadencia de una edad es "que los civiles amaron el dinero y los soldados temieron a la muerte". La avaricia por el oro y por la vida excitaba tanto su desaprobación que su uso pródigo es panegirizado.

"Menos que todas las cosas", dice un precepto actual, "los hombres deben envidiar el dinero: es por la riqueza que la sabiduría está obstaculizada". Por lo tanto educaron a los niños con la indiferencia completa hacia la economía. Fue considerado de mal gusto hablar de ello, y la ignorancia del valor de diversas monedas era un símbolo de buena crianza.

El conocimiento de números era imprescindible en re unir reclutas, también como en la distribución de bienes y propiedades; pero la contabilidad del dinero fue dejada en otras manos.

En muchos feudos, las finanzas públicas fueron administradas por una clase más baja de samurái o por los sacerdotes. Cada bushi pensante sabía bastante bien que el dinero formaba los tendones de la guerra; pero no pensó en levantar aprecio al dinero como una virtud. Es verdad que el ahorro fue impuesto por el Bushido, pero no por razones económicas sino en cuanto al ejercicio de la abstinencia.

El lujo fue pensado como la amenaza más grande a la hombría, y la simplicidad más severa fue requerida en la clase del guerrero, leyes suntuarias fueron hechas cumplir en muchos de los clanes.

Leemos que en la antigua Roma los granjeros del rédito y a otros agentes financieros gradualmente fueron elevados al grado de caballeros, de tal modo que el Estado mostraba el aprecio por sus servicios y en sí mismo con la importancia del dinero. Cuan cercanamente esto fue conectado con el lujo y la avaricia de los romanos puede ser imaginado.

No así con los preceptos de Caballería. Éstos persistieron en sistemáticamente relegar a las finanzas como algo bajo, bajo con respecto a vocaciones morales e intelectuales.

El dinero y el amor así fueron diligentemente ignorados, Bushido en sí mismo podía seguir siendo un largo remanente libre de los un mil males de los cuales el dinero es la raíz.

Ésta es razón suficiente para el hecho de que nuestros hombres públicos durante mucho tiempo han estado libres de la corrupción; pero, ¡Ay de mí!, ¡Cuan rápidamente la plutocracia está haciendo su camino en nuestro tiempo y generación!

La disciplina mental que sería ayudada hoy en día principalmente por el estudio de las matemáticas, fue cubierta por exégesis literaria y discusiones de ontológicas. Muy pocos temas abstractos preocuparon la mente de los jóvenes, la principal meta de su educación venía siendo, como he dicho, decisión de carácter.

Las personas que sus mentes eran simplemente almacenadores de información no encontraron grandes admiradores.

De los tres servicios de estudios que Bacon da, para el placer, el ornamento, y la habilidad, el Bushido había decidido preferencia por el último, donde su uso era "en el juicio y la disposición de negocios".

Si estaba para la disposición de negocios públicos o para el ejercicio del autodomínio, era con un fin práctico en vista que la educación fue conducida.

"Aprender sin pensamiento", dijo a Confucius, "es trabajo perdido: pensar sin aprender es peligroso". Cuando el carácter y no la inteligencia, cuando el alma y no la cabeza, es elegido por un maestro como material sobre el que va a trabajar y va a convertir, su vocación participa de un carácter sagrado. "Este es el padre que me ha llevado: este es el maestro que me ha hecho hombre".

Con esta idea, por lo tanto, la estima en la cual sostuvieron a su tutor fue muy alta. Un hombre para evocar tal confianza y respeto de los jóvenes, debe necesariamente ser dotado con una personalidad superior sin carecer la erudición. Él era un padre para los huérfanos, y consejero para el errante. "El padre tuyo, La madre tuya", así dice nuestra máxima, "son como el cielo y la tierra; el maestro tuyo y el señor tuyo son como el sol y la luna".

El actual sistema de pagar por cada clase de servicio no estaban en boga entre los adherentes del Bushido. Se creyó en un servicio que se puede rendir solamente sin el dinero y sin precio. El servicio espiritual, sea de sacerdote o de un maestro, no debía ser compensado con oro o plata, no porque no tuviera valor sino porque era invaluable.

Aquí el instinto del honor no aritmético del Bushido enseñó una lección verdadera más que la economía política moderna; salarios y sueldos pueden ser pagados solamente por los servicios que sus resultados son definidos, tangibles, y medibles, mientras que el mejor servicio hecho en la educación, nombrado, en el desarrollo del alma (y éste incluye los servicios de un sacerdote), no son definidos, tangibles o medibles.

Siendo inmensurable, dinero, la medida aparente de valor, es de uso inadecuado. El uso sancionó que los pupilos llevaran a sus maestros dinero o mercancías en las diversas estaciones del año; pero éstas no eran no pagos sino ofrendas, fueron de hecho agradables a los receptores pues eran generalmente hombres del calibre severo, jactantes de su pobreza honorable, dignificados también para trabajar con sus manos y demasiado orgullosos para pedir.

Ellos fueron personificaciones de altos espíritus impávidos por la adversidad.

AUTOCONTROL

Eran una encarnación de los que era considerado como la meta final de todo el aprendizaje, y así fueron un ejemplo vivo de esa disciplina de disciplinas, del autocontrol, la cual fue un requerimiento universal de un samurái

La disciplina de la fortaleza de ánimo por una lado, inculcando resistencia sin gemidos, y por el otro lado la enseñanza de la cortesía, requiriendo de nosotros no estropear el placer o la serenidad del semejante por manifestaciones de nuestro propio sufrimiento o dolor, se combinó para engendrar una estoica revolución de la mente, y eventualmente confirmarla en un rasgo nacional de aparente estoicismo. Digo estoicismo aparente, porque no creo que el estoicismo verdadero pueda convertirse a la larga en la característica de una nación entera, y también porque algunas de nuestras maneras y costumbres nacionales pueden parecerle a un observador extranjero insensibles.

Con todo somos realmente tan susceptibles a ablandarnos con las emociones como cualquier raza debajo del cielo.

Estoy inclinado a pensar que en un sentido tenemos que sentir más que otros, si, el doble puesto que el intentar, refrenar los impulsos naturales exigen doble el sufrir. Imagínese muchachos, y también muchachas, llevados a no a recurrir al vertimiento de una lágrima o al pronunciamiento de un gemido para la revelación de sus sensaciones, y allí es un problema fisiológico si tales esfuerzos forjan sus nervios o las hacen más sensibles.

Era considerado impropio para un samurái traicionar sus emociones en su cara. "él no demuestra ninguna señal de alegría o de cólera", era una frase usada para describir un carácter fuerte.

El afecto más natural fue mantenido bajo control.

Un padre podría abrazar a su hijo solamente a expensas de su dignidad; ¡un marido no besaría a su esposa, ninguna vez, no en la presencia de la gente, cualquier cosa la hacía en privado! Puede haber cierta verdad en la observación de un joven ingenioso cuando dijo, "los maridos norteamericanos besan a sus esposas en público y la s reprenden en privado; Los maridos japoneses reprenden a las suyas en público y las besan en privado".

La tranquilidad del comportamiento, compostura de mente, no se debe disturbar por la pasión de ninguna clase.

Recuerdo cuando, durante la última guerra con China, un regimiento salió de cierta ciudad, un gran concurrido de personas se reunió en la estación para ofrecer el adiós al general y a su ejército. En esa ocasión un residente americano llegó al lugar, esperando atestiguar demostraciones bulliciosas, pues la nación sí mismo fue excitada altamente y había padres, madres, y novias de los soldados en la muchedumbre.

El americano fue extrañamente decepcionado; para eso el pito silbó y el tren comenzó a moverse, los sombreros de millares de gente fueron sacados y sus cabezas fueron arqueadas silenciosamente en adiós reverencial; ningún agitar de pañuelos, ninguna palabra pronunciada, pero silencio profundo en el cual solamente un oído atento podría percibir algunos sollozos quebrados.

¡En vida doméstica, también, sé de un padre que pasó las noches enteras escuchando la respiración de su hijo enfermo, estando parado detrás de la puerta para que no fuera descubierto en tal acto de debilidad paterna!

Sé de una madre que, en sus últimos momentos, se refrenó de enviar por su hijo, ya que él no podía ser distraído de sus estudios.

Nuestra historia y vida diaria están repletas con ejemplos de matrones heroicos que pueden manar comparación con algunas de las páginas más conmovedoras de Plutarch.

Entre nuestros campesinos sería muy seguro que un Ian Maclaren encuentre a un Marget Howe. Esto es la misma disciplina del dominio de sí mismo que es responsable de la ausencia frecuentes renacimientos en las iglesias cristianas de Japón. Cuando un hombre o una mujer sienten su alma turbada, el primer instinto es suprimir tranquilamente cualquier indicación de él. En casos raros está la lengua libre por un espíritu irresistible, cuando tenemos la elocuencia de la sinceridad y del fervor.

Esto es dar un gran valor al incumplimiento del tercer mandamiento para animar el discurso ligero de la experiencia espiritual. Esto es verdaderamente aturdidor a los oídos japoneses escuchar las palabras más sagradas, las experiencias más secretas del corazón, lanzadas hacia en audiencias promiscuas."¿No sientes que el suelo de tu alma se turba con pensamientos débiles? Es hora para que las semillas broten. No las molestes con discursos; sino déjalo trabajar sólo en la tranquilidad y en secreto", escribe un samurái joven en su diario.

Dar en tantas palabras articuladas los pensamientos y sentimientos más íntimos, notablemente el religioso, se toman entre nosotros como muestra inequívoca de que no son ni muy profundos ni muy sinceros. "Sólo es una granada", dice un refrán popular, "quién, al abrir su boca, exhibe el contenido de su corazón".

Lo anterior no es un conjunto de perversas mentes orientales que en cuanto se mueven nuestras emociones intentamos cerrar nuestros labios para ocultarlos.

El discurso es muy a menudo con nosotros, es como un francés lo definió, "el arte de encubrir el pensamiento".

Invite a amigo japonés en la época de la aflicción más profunda e invariablemente lo recibirá con una sonrisa, con los ojos rojos o las mejillas húmedas. Al principio usted puede pensar que está histérico. Presiónelo para dar una explicación y conseguirá algunas trivialidades, "la vida es un sufrimiento"; "aquellos que se reunieron deben partir"; "él que nace debe morir"; "es absurdo contar los años de un niño que ya se ha ido, pero el corazón de una mujer la complacerá en locuras" y similares.

Las palabras nobles de un noble Hohenzollern, "Lerne zu leiden ohne Klagen", encontraron respuesta en nuestra mente, mucho antes de que fueran pronunciadas. De hecho, los japoneses tienen el recurso de la risibilidad siempre que las fatalidades de la naturaleza humana se ponen a las pruebas más severas. Pienso que poseemos una razón mejor que el mismo Democritus para nuestra tendencia Abderian; para reírnos de nosotros mismos vela un esfuerzo de recuperar el balance del temperamento, cuando es molestado por cualquier circunstancia inconveniente. Es un contrapeso del dolor o de la rabia.

La supresión de los sentimientos insistentemente reinciden sobre nosotros, encuentran su válvula de seguridad en aforismos poéticos.

Un poeta del décimo siglo escribe, "En Japón y también en China, la humanidad, cuando es movido por el dolor, dice su pena amarga en verso". Una madre que intenta consolar su corazón roto por capricho, porque su hijo partió a perseguir libélulas, exclama,

*Cuán lejos hoy en la persecución,
Me pregunto,
Ha ido mi cazador de la libélula!*

Me refreno de acotar otros ejemplos, porque sé que podría hacer solamente justicia escasa a las gemas nacaradas de nuestra literatura, esto fue para rendir a una lengua extranjera los pensamientos que salen gota a gota de corazones sangrantes y tratados como los granos del valor más raro.

Espero que tenga a medida demostrar que el funcionamiento interno de nuestras mentes el cual presenta a menudo un aspecto de insensibilidad o una mezcla histérica de risa y decepción, y de quién la cordura a veces se pone en duda.

También se ha sugerido que nuestra resistencia al dolor y la indiferencia a la muerte son debido a nervios menos sensibles. Esto es plausible por lo siguiente.

La pregunta siguiente es, ¿Porqué nuestros nervios son menos fuertes? Puede ser que nuestro clima no estimula tanto como el norteamericano. Puede ser que nuestra forma monárquica de gobierno no nos excita tanto como la república hace al francés.

Puede ser que no leamos Sartor Resartus con tanto entusiasmo como el inglés. Personalmente, creo que fuimos tan excitables y sensibles que fue hecha una necesidad el reconocerlo y hacer cumplir a uno mismo una represión constante; pero cualquiera que pueda ser la explicación, sin considerar largos años de disciplina en el autodomínio, nadie puede estar correcto.

Disciplina en el autocontrol puede fácilmente ir muy lejos. Puede bien reprimir la corriente de temperamento del alma. Puede forzar las naturalezas dóciles en distorsiones y aberraciones. Puede engendrar fanatismo, criar hipocresía o derribar afectos. Nunca ser una virtud así de noble, tiene sus contrapartes y falsificaciones.

Debemos reconocer en cada virtud su propia excelencia buena y seguir su ideal positivo, y el ideal del dominio de sí mismo es para mantener nuestro nivel mental, como es nuestra expresión o, para pedir prestado un término griego, lograr el estado de Euthymia, que Democritus llamó la bondad más alta.

La cumbre del autodomínio se alcanza y se ilustra lo mejor posible en la primera de las dos instituciones que ahora veremos.

LAS INSTITUCIONES DE SUICIDIO Y ENMIENDA

De quienes (anteriormente conocidos como hara kiri y ahora como kataki uchi) muchos escritores extranjeros han tratado más o menos de manera íntegra.

Para comenzar con suicidio, déjeme indicar que confino mis observaciones solamente al seppuku o al kappuku, conocido popularmente como hara kiri, que significan la auto-inmolación por desentrañamiento.

"¿Rasgar el abdomen? ¡Que absurdo!", claman aquellos a que el término es nuevo.

Rareza absurda como puede sonar al principio a los oídos extranjeros, no lo puede ser para los estudiantes de Shakespeare, que ponen estas palabras en la boca de Brutus, "Tu (Caesar) espíritu camina dispersándose y da vuelta a nuestras espadas en nuestras propias entrañas".

Escuchando a un poeta inglés moderno, quien en su *Light of Asia*, habla de una espada que perfora los intestinos de una reina, nadie lo culpa por el mal inglés o la brecha de modestia.

O, para tomar otro ejemplo, mirando la pintura de Guercino de la muerte de Cato, en el Palazzo Rossa en Génova.

Cualquiera que haya leído la canción del ángel en la que Addison hace cantar a Cato, no se burlará de la espada enterrada a la mitad en su abdomen.

En nuestras mentes asociar esta forma de muerte a casos de hechos más nobles y del más conmovedor patetismo, no son para nada repugnante, mucho menos absurdo, nos da un concepto marcial de él. ¡Tan maravilloso es el poder transformador de la virtud, de la grandeza, de la dulzura, que la forma más vil de muerte asume una sublimidad y se convierte en un símbolo de nueva vida, o más - el signo que Constantino consideró ¡pudo no conquistar al mundo!

Para no asociar extrañamente y hacer perder al seppuku en nuestra mente con cualquier corrupción de lo absurdo; el haber escogido esta parte particular del cuerpo sobre la cual actuar, fue basado en una vieja creencia anatómica en cuanto a que era la base del alma y del afecto.

Cuando Moisés escribió de Joseph "Anhelando entrañas sobre su hermano", o David rogó al señor no olvidarse de sus intestinos, o cuando Isaiah, Jeremiah y otros inspiraron a hombres del viejo hablar del "sonido" o de la "preocupación" de los intestinos, todos y cada uno de ellos endosaron la creencia frecuente entre los japoneses de que en el abdomen estuviera engarzado el alma.

El semita habitualmente habló del hígado y de los riñones y de la grasa que los rodea como el asiento de las emociones y de la vida.

El término hara fue más comprensivo que el Griego *phren* o *thumos* y el pensamiento japonés a diferencia del helénico decía que el espíritu de un hombre mora en alguna parte en esa región. Tal noción no se confina solamente a la gente de la antigüedad. Los franceses, a pesar de la teoría propuesta por uno de sus filósofos más distinguidos, Descartes, de que el alma está situada en la glándula pineal, todavía insisten en usar el término vientre en un sentido, que, si anatómicamente es demasiado vago, fisiológicamente es significativo.

De manera similar *entrailles* designa en su lengua el afecto y la compasión. No es tal creencia mera superstición, siendo más científica que la idea general de hacer el corazón el centro de los sentimientos.

Sin preguntar a un monje, el japonés sabía mejor que Romeo "en qué parte vil de esta anatomía alojó su nombre".

Los neurólogos modernos hablan de los cerebros abdominales y pélvicos, denotando comprensión de centros nerviosos en esas partes que son afectadas fuertemente por cualquier acción física.

Una vez admitida esta visión de la fisiología mental, el silogismo del seppuku es fácil de construir "Abriré el asiento de mi alma y demostraré cómo se va con él. Vea por usted mismo si está contaminado o limpio". No deseo que sea entendido como una afirmación de la justificación

religiosa o aún moral del suicidio, pero la alta estima puesta sobre el honor era una amplia excusa para que muchos tomaran su propia vida.

Cuántos consintieron el sentimiento expresado por Garth, "cuando el honor se pierde, esta es una relevación para morir; ¡La muerte no es sino un retrato seguro de la infamia", y sonriendo han entregado sus almas al olvido!

La muerte, cuando el honor estaba implicado, fue aceptada en Bushido como la llave a la solución de muchos problemas complejos, de modo que a un samurái ambicioso una salida natural a partir de la vida pareciera un asunto algo doméstico y una consumación no devota para ser deseada.

Me atrevo a opinar que muchos buenos cristianos, si solamente fueran lo bastante honestos, confesarían la fascinación, si no admiración positiva, para la sublime compostura con la cual Cato, Brutus, Petronius y un anfitrión de otros ancestros dignos, terminaron su propia existencia terrenal. ¿Es demasiado intrépido hacer alusión de que la muerte del primero de los filósofos fue en parte suicidio? Cuando nos describen tan minuciosamente por sus pupilas como su sabiduría maestra se sometió al mandato del estado, que él sabía estaba moralmente equivocado, en el rencor de las posibilidades de escape, y de como él tomó la taza de Cicuta con su propia mano, y aun ofreciendo libación de su contenido mortal, ¿nosotros no discernimos en su procedimiento y conducta enteros, un acto de auto inmolación?

No hubo ninguna obligación física aquí, como en casos comunes de ejecución.

Es verdad que el veredicto de los jueces fue obligatorio: se dijo, "Usted debe morir, y por su propia mano".

Si el suicidio no significa nada más que morir por propia mano, Sócrates era un caso claro de él. Pero nadie lo cargaría con el crimen; Platón, que era contrario a él, no llamaría su amo un suicida. Ahora mis lectores entenderán que el seppuku no era un mero proceso suicida. Era una institución, legal y ceremonial. Una invención de la edad media, que era un proceso por el cual los guerreros podrían expiar sus crímenes, disculparse por errores, escapar de la deshonra, redimir a sus amigos, o probar su fidelidad. Cuando fue hecho cumplir como castigo legal, fue practicado con la ceremonia debida. Era un refinamiento de la autodestrucción, y ninguno podía realizarlo sin la extrema frialdad del temperamento y un comportamiento calmado, y por estas razones era particularmente conveniente a la profesión del bushi.

La curiosidad anticuaria, sin nada más, me tentaría para dar aquí una descripción de este ceremonial obsoleto; pero viendo que tal descripción fue hecha por un escritor más capaz, que su libro no es muy leído hoy en día, me tiento para hacer una cita algo larga.

Mitford, en sus "Tales of Old Japan", después de dar una traducción de un tratado en seppuku de un manuscrito japonés raro, comienza a describir un caso de tal ejecución de la cual él era un testigo presencial: "A nosotros (siete representantes extranjeros) nos invitaron seguir el testigo japonés en el hondo o pasillo principal del templo, donde iba a ser realizada la ceremonia.

Era una escena imponente. Un pasillo grande con un techo alto soportado por los pilares oscuros de madera. Del techo colgaban profusamente esos enormes adornos y lámparas peculiares en los templos budistas.

Delante del altar más alto, donde el piso, cubierto con hermosas esteras blancas, se levantaba a unos diez o doce centímetros del piso, donde fue puesta una manta de fieltro escarlata. Altas velas puestas en intervalos regulares dieron una luz débil y misteriosa, apenas suficiente para dejar ver todos los procedimientos.

Los siete japoneses tomaron sus lugares a la izquierda del piso levantado, los siete extranjeros a la derecha. No había otra persona presente. "Después del intervalo de algunos minutos de suspenso ansioso, Taki Zenzaburo, un hombre robusto de 32 años, con un aire noble, caminó en el pasillo ataviado en su vestido para la ceremonia, con las alas peculiares de cáñamo que se usan en grandes ocasiones. Fue acompañado por tres oficiales y un kaishaku, que usaron el jimbaori o cota de guerra con revestimientos de fino tejido de oro.

Debe ser observado que la palabra kaishaku, no es ningún término equivalente a verdugo. El oficial es un caballero: en muchos casos es realizado por un pariente o un amigo del condenado, y la relación entre ellos es más de capataz y peón o de víctima y verdugo. En este caso el kaishaku era una pupilo de Taki Zenzaburo, y fue seleccionado por los amigos del último entre de su propio número por su habilidad con la espada.

"Con el kaishaku a su lado izquierdo, Taki Zenzaburo avanzaba lentamente hacia los testigos japoneses, y los dos se arquearon antes ellos, luego se movieron cerca de nosotros y nos saludaron de la misma forma, quizás incluso con más respeto; en cada caso el saludo cer emonioso fue devuelto. Lentamente y con gran dignidad el hombre condenado se posó sobre el piso levantado, se postró ante el altar más alto dos veces, y sentado [Nota: Sentado a si mismo que es en la manera japonesa, sus rodillas y dedos de los pies tocan el piso y su cuerpo se posa sobre sus talones. En esta posición, que es de respecto, él permanecía hasta su muerte] sí mismo en la alfombra de fieltro dando la espalda al altar, el kaishaku se arrodilló de su lado izquierdo.

Uno de los tres oficiales acompañantes entonces vino adelante, llevando un soporte de la clase usada en el templo para las ofrendas, en la cual, envueltas en papel, yacía la wakizashi, la espada corta o el puñal del japonés, 27 centímetros y medio de longitud, con una punta y un filo tan agudos como una hoja de afeitar.

Esto le fue dado, postrándose él mismo, al hombre c ondenado, que lo recibió reverentemente, por encima de su cabeza con ambas manos, y la puso delante de él. "Después de otra reverencia profunda, Taki Zenzaburo, en una voz que apenas mostró tanto emoción y vacilación como se habría previsto de un hombre que está haciendo una confesi ón dolorosa, pero sin muestra de ello en su cara o ademanes, habló como sigue: 'Yo, y solamente yo, injusticadamente di la orden de disparar a los extranjeros en Kobe, y otra vez mientras intentaban escaparse. Por este crimen me desentrañare, y le ruego a los presentes hacerme el honor de atestiguar el acto'.

"arqueándose una vez más, el hablante permitió que la parte superior de su ropa se deslizara abajo de su faja, y permanecer desnudo del torso. Cuidadosamente, según la costumbre, remitió sus mangas debajo de sus rodillas para evitarse caer hacia atrás; porque un caballero japonés noble debe morir cayendo al frente. Deliberadamente, con una mano firme tomó el puñal que estaba frente a él; lo miraba pensativamente, casi cariñosamente; por un momento parecía recoger sus pensamientos durante una última vez, y después apuñalarse profundamente debajo de la cintura en el lado izquierdo, deslizó lentamente el puñal a través de su lado derecho, y dándole vuelta en la herida, dio un ligero corte ascendente. Durante esta operación repugnantemente dolorosa nunca movió un músculo de su cara. Cuando deslizó hacia fuera el puñal, se inclinó hacia adelante y estiró el cuello; una expresión del dolor por primera vez cruzó su cara, pero no pronunció ningún sonido. En ese momento el kaishaku, que, aún continuaba arrodillado a su lado, había estado mirando inmóvil cada uno de sus movimientos, se puso de pie, posó su espada por un segundo en el aire; hubo un resplandor, un ruido sordo pesado, desagradable, una caída intempestiva; con un tajo la cabeza había sido separada del cuerpo.

"un silencio muerto siguió, roto solamente por el ruido horrible de la sangre que palpitaba fuera de la cabeza inerte ante nosotros, la cual un momento antes había sido de un hombre valiente y caballero. Era horrible.

"el kaishaku hizo una reverencia mayor, limpió su espada con un pedazo de papel que tenía listo para el propósito, y se retiró del piso levantado; y el puñal manchado fue llevado solemnemente lejos, una prueba sangrienta de la ejecución.

"entonces los dos representantes del Mikado dejaron sus lugares, y cruzaron a trabes de donde los testigos extranjeros se sentaron, llamándonos para testimoniar que la sentencia de mu erte sobre Taki Zenzaburo había sido realizada fielmente.

Dejamos el templo y la ceremonia que estaba en el extremo".

Puedo multiplicar cualquier número de descripciones de seppuku de la literatura o de la relación de testigos presenciales; pero un caso más será suficiente.

Dos hermanos, Sakon y Naiki, respectivamente de veinticuatro y diecisiete años de edad, hicieron un esfuerzo de matar a Ieyasu para vengarse los males de su padre; pero antes de que pudieran entrar al campo fueron hechos prisioneros.

El viejo general admiró la valentía de los jóvenes que se atrevieron atentar contra su vida y pidió que debiera ser permitido tener una muerte honorable.

Condenaron a su pequeño hermano Hachimaro, mero infante de ocho veranos, a un sino similar, pues la sentencia fue pronunciada a todos los miembros masculinos de la familia, y los tres fueron llevados un monasterio donde iban a ser ejecutados.

Un médico que estaba presente en la ocasión nos ha dejado un diario de el cual se traduce la escena siguiente.

"cuando fueron sentados en fila para el envío final, Sakon se volteó hacia el más joven y le dijo ' Ve tu primero, porque deseo asegurarme que estés bien'. A lo que el pequeño respondió, que como nunca había visto realizar el seppuku, quisiera ver que sus hermanos lo hagan para entonces poder seguirlos, el más grande de los hermanos sonrió entre lágrimas y replicó: '¡Bien dicho, pequeño compañero!

Para hacer alarde de que ese niño era hijo de su padre, '¡Cuando lo habían colocado entre ellos, Sakon empujó la daga en el lado izquierdo de su propio abdomen y pidió' 'Mira, hermano! ¿Ahora lo entiendes? Solamente, no empujes la daga demasiado lejos, a fin de no caer de espaldas.

Inclínate hacia adelante, algo, y mantén tus rodillas bien compuestas'. Naiki hizo lo mismo y dijo al muchacho: 'Mantén tus ojos abiertos o más bien parecerás una mujer muriendo. Si sientes con la daga algo dentro y tu fuerza falla, toma valor y duplica el esfuerzo para realizar el corte'.

El niño miraba el uno al otro, y cuando habían expirado ambos, se desnudó tranquilamente a medias y siguió el ejemplo fijado por ambos".

La glorificación del seppuku ofreció, naturalmente bastante, ninguna tentación pequeña a cometerlo injustificablemente. Para causas enteramente incompatibles con la razón, o para razones enteramente indignas de la muerte, los jóvenes de cabeza caliente acometieron en él como los insectos que vuelan al fuego; los motivos mezclados y dudosos condujeron a muchos samurái a este hecho como monjas en las puertas del convento.

La vida era barata, barata según lo contado por el estándar popular del honor.

La característica más triste era ese honor, que estaba siempre en el agio, así que hablar, no era siempre oro sólido, sino una aleación con metales bajos.

¡Ningún círculo en el infierno se jactará de mayor densidad de población japonesa que el séptimo, al cual Dante consigna a todas las víctimas de autodestrucción! Pero aún, para un samurái verdadero acelerar su muerte o cortarla, era semejante a la cobardía.

Un combatiente típico, cuando después de perder batalla tras batalla y era perseguido en las planicies y en las montañas y de la maleza a la caverna, encontrándose a si mismo hambriento y solo en el hueco oscuro de un árbol, su espada embotada por el uso, su arco roto y las flechas agotadas, ¿Qué acaso el más noble de los romanos tiraba su espada en Phillippi bajo las mismas circunstancias?, morir era juzgado cobardía, pero con una fortaleza de ánimo que acercaba a un mártir cristiano, se animaba a si mismo con un verso improvisado:

"¡vengan! ¡Vengan más! ¡Espantosos dolores y lágrimas! Amontonados en mi burda espalda Ninguna prueba puede carecer ¡De la fuerza que resta en mí!"

Éste, entonces, era la enseñanza del Bushido, Llevar y hacer frente a todas las calamidades y adversidades con paciencia y una conciencia pura; como Mencius [Nota: Utilizo la traducción del Dr. Legge in extenso.] enseñó, "cuando el cielo esta apunto de conferir a cualquiera un gran oficio, primero ejercita su mente con sufrimiento y sus tendones y huesos con trabajo; expone su cuerpo al hambre y lo sujeta a la pobreza extrema; y confunde sus empresas. De todas estas maneras estimula su mente, endurece su naturaleza, y provee sus incompetencias".

¡El verdadero honor reside en llenar enteramente los decretos del cielo y no incurrir en la muerte al hacerlo así es ignominioso, mientras que morir para evitar lo que tiene el cielo en almacén es cobardía de hecho!.

En ese libro pintoresco de sir Thomas Browne, *Religio Medici*, hay un exacto equivalente inglés para lo que se enseña repetidamente en nuestros preceptos.

Déjeme acotarlo: "es un acto temerario de valor despreciar la muerte, pero en donde la vida es más terrible, es entonces el verdadero valor atreverse a vivir".

Un sacerdote renombrado del siglo XVII satíricamente observó "Hablar así como el puede, un samurái que nunca ha muerto es conveniente en momentos decisivos de huir u ocultarse".

Nuevamente aquel que una vez muerto en el fondo de su pecho, ninguna lanza de Sanada ni todas las flechas de Tametomo pueden perforarlo. Que tanto podemos acercarnos a los portales del templo de quien el constructor enseñó "¡el que pierda su vida por mis motivos lo encontrará!".

Éstos son solamente algunos de los numerosos ejemplos que tienden a confirmar la identidad moral de la especie humana, a pesar de hacer una tentativa asidua tan grande como sea posible para rendir distinciones entre el cristiano y el pagano.

Hemos visto así que la institución de Bushido de suicidio no fue ni irracional ni bárbara como su abuso nos muestra a primera vista.

Ahora veremos si su institución hermana de enmienda, llamada venganza si así lo quiere, tiene sus características atenuantes.

Espero poder disponer de esta pregunta en pocas palabras, desde una institución similar, o llámela costumbre, si eso le satisface mejor, tiene un cierto tiempo de validez entre toda la gente y todavía no ha llegado a ser enteramente obsoleta, según lo atestiguado por la continuación de combatir en duelo y de linchamientos.

¿Por qué, un capitán americano no ha desafiado recientemente a Esterhazy, que los males de Dreyfus estén vengados? Entre una tribu salvaje que no tenga ninguna matrimonio, el adulterio no es un pecado, y solamente los celos de un amante protegen a la mujer contra el abuso: así que en épocas que no había ninguna corte judicial, el asesinato no es un crimen, y solamente la venganza vigilante de la gente de la víctima preserva el orden social.

"¿cuál es la cosa más hermosa en la tierra?" Osiris dijo a Horus. La contestación fue, "vengarse de los males de un padre", a lo cual habría agregado un japonés "y un amo".

En la venganza hay algo que satisface el propio sentido de justicia. El vengador razona: "Mi buen padre no merecía la muerte. Él que lo mató hizo un gran mal. Mi padre, si estuviera vivo, no toleraría un hecho como este: El cielo en sí mismo odia hacer lo incorrecto. Es la voluntad de mi padre; es la voluntad del cielo que el maligno cese de su trabajo. Él debe fallecer por mi mano; porque vertió la sangre de mi padre, yo que soy su carne y su sangre, debe verter al asesino. El mismo cielo no abrigará a él o a mí"

El razonamiento es simple e infantil (aunque sabemos que Hamlet no razonó mucho más profundo), sin embargo demuestra un sentido natural de equilibrio exacto y de justicia equitativa "ojo por ojo, diente por diente".

Nuestro sentido de venganza es tan exacto como nuestra facultad matemática, y hasta que ambos términos de la ecuación son satisfechos no podemos sobreponernos al sentimiento de que hago se ha dejado sin hacer.

En el judaísmo, que creyó en un dios celoso, o en la mitología griega, que proporcionó a Némesis, la venganza se puede dejar a agencias sobrehumanas; pero el sentido común equipó al Bushido con la institución de la enmienda como un tipo de corte ética de equidad, donde la gente podría tomar los casos que no se juzgarán de acuerdo con la ley ordinaria.

El amo de los 47 Ronin fue condenado a muerte; no tenía ninguna corte o una instancia más alto para apelar; sus fieles servidores se refugiaron en la venganza, el único Tribunal Supremo existente; fueron condenados después en su turno por la ley común, pero el instinto popular pasó

un juicio diferente y por lo tanto su memoria sigue manteniéndose tan verde y fragante como están sus sepulcros en Sengakuji hoy en día.

Aunque Lao Tse enseñó a recompensar los insultos con amabilidad, la voz de Confucius era mucho más fuerte, con la cual aconsejó que ese insulto debía ser recompensado con justicia; y con todo la venganza fue justificada solamente cuando fuese emprendida en favor de nuestros superiores y benefactores.

Los propios males, incluyendo insultos hechos a la esposa y a los niños, podían ser soportados y perdonados. Un samurái podría por lo tanto comprender completamente el juramento de Hannibal para vengarse los males de su país, pero despreciaría a James Hamilton por usar en su faja un puñado de tierra del sepulcro de su esposa, como incentivo eterno para vengarse de los males del Regente Murray.

Ambas instituciones de suicidio y de enmienda perdieron *raison d'être* con la promulgación del código criminal. No hemos oído hablar más de aventuras románticas de una justa doncella que sigue la pista disfrazada del asesino de su padre. No podremos atestiguar más las tragedias de las vendetta decretadas de familia.

El caballero errante Miyamoto Musashi ahora es un cuento del pasado.

El policía bien ordenado persigue al criminal por la parte agredida y la ley imparte justicia. El estado y la sociedad considerarán que el mal se ha corregido. Con el sentido de justicia satisfecho, no hay ninguna necesidad de kataki uchi.

Si esto hubiera significado que "el hambriento de corazones se alimenta con la esperanza de saciar su hambre con la sangre de la víctima", pues como una divina de Nueva Inglaterra lo ha descrito, algunos párrafos en el Código Criminal no se habrían hecho tan enteramente un fin de este.

En cuanto a seppuku, aunque no tiene también ninguna existencia de jure, todavía oímos hablar de vez en cuando, y continuaremos oyendo, me temo, mientras se recuerde el pasado.

Muchos métodos sin dolor y con ahorro de tiempo para la auto inmolación vendrán en boga, así como sus simpatizantes se están incrementando con temerosa rapidez a través del mundo; pero el profesor Morselli tendrá a conceder al seppuku una posición aristocrática entre ellos. Él mantiene que "cuando el suicidio es logrado por medios muy dolorosos o costa de una prolongada agonía, en el noventa y nueve por ciento de los casos, puede ser asignado como el acto de una mente desordenada por el fanatismo, por la locura, o por euforia". [Nota: Morselli, *Suicide*, p. 314] pero un seppuku normal no tiene el sabor del fanatismo, o la locura o la euforia, máximo como cantó Freud que era necesaria su acertada realización.

De las dos clases en las cuales el Dr. Strahan [Nota: *Suicide and Insanity*] divide suicidio, el racional o Quasi, y el irracional o verdadero, seppuku es el mejor ejemplo del anterior.

De estas instituciones sangrientas, así como del tenor general del Bushido, es fácil deducir que la espada jugó un rol importante en la disciplina y vida social.

LA ESPADA, EL ALMA DEL SAMURAI

El refrán pasado como axioma que llamó a la espada "el alma del samurái", y la hizo emblema de poder y valor.

Cuando Mahomet proclamó que "la espada es la llave del cielo y del infierno", solamente repitió un sentimiento japonés. A muy temprana edad el samurái infante aprendía a manejarla. Era una ocasión trascendental para él cuando a la edad de cinco años era embestido en la parafernalia del traje samurái, colocado sobre una tabla [Nota: El juego de Go a veces llamado damas japonesas, mucho más intrincado que el juego inglés. El tablero de Go contiene 361 casillas y se supone representa el campo de batalla, el objeto del juego es ocupar tanto espacio como sea posible] e iniciado en las menesteres de la profesión militar empujando en su faja una espada verdadera, en vez de la daga de juguete que había estado manejando.

Después de esta primera ceremonia de adoptar un arma, no era visto más fuera de las puertas de su padre sin esta divisa de su estado, incluso si generalmente fuese substituida por el desgaste diario por una daga dorada de madera. No pasaban muchos años antes de que usara constantemente un acero genuino, aunque embotado, y entonces las armas impostoras lanzadas a un lado y con disfrute por la adquisición de su nueva hoja más afilada que la anterior, se marchaba para intentar afilarla en la madera y en la piedra. Cuando el hombre alcanzaba la edad de quince años, se le daba independencia de acción, ahora podía enorgullecerse sobre la posesión de armas suficientemente afiladas para cualquier trabajo. La misma posesión del instrumento peligroso imparte en él un sentimiento y un aire de respeto a sí mismo y de responsabilidad.

"No porta su espada en vano". Lo que él lleva en su faja es un símbolo de lo que él lleva dentro de su mente y de su corazón, Lealtad y honor.

Las dos espadas, respectivamente llamadas daito y shoto o katana y wakizashi, nunca se separan de su lado.

Cuando está en casa, honra los lugares más visibles del estudio o de la sala; por la noche guardada en su almohada al alcance de su mano.

Las compañías constantes, son queridas, y se les dan de cariño nombres propios.

Siendo veneradas, son más bien adoradas.

El Padre de la Historia ha registrado como una curiosa pieza de información que los Escythios sacrificaban una cimitarra de hierro.

Muchos templos y muchas familias en Japón acomodaban una espada como objeto de adoración. Incluso el puñal más común se le debía tener que rendir respeto. Cualquier insulto a él era equivalente a una afrenta personal.

¡Aflicción a aquel que negligentemente camina sobre una arma que permanece en el piso!"Él beareth no su espada en inútil.

Un objeto así de apreciado no podía escapar al aviso y habilidad de artistas ni a la vanidad de su dueño, especialmente en épocas de paz, cuando era portado sin más uso como el obispo porta el báculo o el rey su cetro.

Piel de tiburón y la seda más fina para la empuñadura, plata y oro para la guarda, laca de tonalidades variadas para la vaina, esta era la mitad de su terror del arma más mortífera; pero estos accesorios son cosa de juego en si comparados con la hoja.

El creador de espadas no era mero artesano sino un artista inspirado y su taller un santuario. Diariamente comenzaba su arte con rezos y purificaciones o, como dice la frase, "confió su alma y espíritu en la forja y el temple del acero".

Cada oscilación del trineo, cada zambullida en el agua, cada fricción en piedra de amolar, era un acto religioso de ninguna leve importancia.

¿Fue el espíritu del amo o de su dios tutelar el que brindó un encanto formidable sobre nuestra espada?, Perfecto como obra de arte, batiendo en duelo a sus rivales de Toledo y Damasco, hay más que el arte podría impartir. Su hoja fría, recoge en su superficie el momento que se levantan los vapores de la atmósfera; su textura inmaculada, luz que destella de tonalidad azulada; su borde incomparable, sobre la cual historias y posibilidades cuelgan; la curvatura de su forma, unión de gracia exquisita con la máxima fuerza; todo esto nos emociona con sentimientos mezclados de poder y belleza, de temor y de terror.

¡Inofensiva era su misión, si solamente seguía siendo cosa de belleza y alegría! pero, siempre dentro del alcance de la mano, no presentó ninguna pequeña tentación para el abuso.

Muy a menudo la hoja brilló fuera de su envoltura pacífica. El abuso a veces fue tan lejos como intentar blandir el acero en el cuello de alguna criatura inofensiva. La pregunta que se refiere a nosotros es, sin embargo, ¿Bushido justificó el uso promiscuo del arma? ¡La respuesta es inequívoca, no! Mientras que ponía gran énfasis en su uso apropiado, así también denunció y aborreció su mal uso.

Un cobarde o un fanfarrón era el que esgrimía su espada en ocasiones innecesarias. Un hombre con posesión de si mismo sabía el momento correcto para usarla, y tales momentos raramente aparecían.

Escuchemos al último Conde Katsu, que pasó por uno de los tiempos más turbulentos de nuestra historia, cuando los asesinatos, los suicidios, y otras prácticas sanguinarias estaban a la orden del día. Dotado como una vez lo estuvo con un poder casi dictatorial, en varias ocasiones fue señalado como objeto de atentados, nunca deslustró su espada con sangre. En relatar algunas de sus reminiscencias con un amigo dice, de una manera pintoresca, en modo plebeyo peculiar a él: "Tengo gran aversión por matar personas y así que no he matado a un solo hombre. He separado las cabezas de aquellos que debía ejecutar. Un amigo me dijo un día, 'No matas lo suficiente. ¿Qué no comes berenjenas y pimienta?' ¡Bueno, alguna gente no es mejor! Pero ve que el compañero se mata a si mismo. Mi escape puede ser debido a mi aversión por la matanza. Tenía la guarda de mi espada sujeta tan firmemente a la vaina que era duro blandir la hoja. Compuse mi mente que aunque me cortaran, yo no cortaría. ¡Sí, sí!, algunas gentes realmente son como pulgas y mosquitos y pican, ¿pero qué cantidad de picaduras penetran? Pica un poco, eso es todo; no pondré en peligro vidas".

Éstas son las palabras de alguien que intentó el entrenamiento de Bushido en el horno ardiente de la adversidad y del triunfo.

El popular apotema "Ser derrotado es conquistar", significa la verdadera que la conquista verdadera consiste en la oposición a un enemigo desenfrenado; y "la mejor victoria ganada es ésta obtenida sin el vertimiento de la sangre" y otros de similar importancia, demostrarán que después de todo el último ideal del código de caballería era la Paz. Fue una gran pena que este alto ideal fue dejado exclusivamente para predicar a sacerdotes y moralistas, mientras que el samurai fue a practicar y a ensalzar rasgos marciales.

EL ENTRENAMIENTO Y LA POSICIÓN DE LA MUJER

En cuanto a teñir los ideales de la feminidad con el carácter de Amazona llegaron lejos. Aquí podemos dedicar algunos párrafos provechosos al tema del entrenamiento y la posición de la mujer.

La mitad femenina de nuestra especie a veces se ha llamado el modelo de paradojas, porque el funcionamiento intuitivo de su mente está más allá de la "comprensión aritmética" de los hombres.

El ideograma chino que denota "lo misterioso," "lo desconocido", consiste en dos partes, una que significa "joven" y la otra "mujer," porque los encantos físicos y delicados pensamientos del sexo justo están por encima del grueso del calibre mental de nuestro sexo para poder explicarlo.

En el Bushido en el ideal de mujer, sin embargo, hay poco misterio y solamente algo que parece una paradoja. He dicho que eran Amazonas, pero ésta es solamente la mitad de la verdad. Ideográficamente el chino representa a esposa por una mujer que sostiene una escoba, ciertamente no para esgrimirla ofensiva o defensivamente contra su aliado conyugal, ni tampoco para la brujería, sino para las aplicaciones más inofensivas para las cuales la escoba fue inventada, la idea implicada no es menos hogareña que la derivación etimológica del inglés ed esposa, wife (weaver tejedor) y de hija, daughter (duhitar, milkmaid).

Sin confinar la esfera de la actividad de la mujer a Küche, Kirche, como el actual Kaiser alemán se dice que hizo, el ideal de feminidad en Bushido era primordialmente doméstico. Estos aparente contradicción, rasgo de domesticidad y amazonia, no son contrarios con los Preceptos de Caballería, como ahora veremos.

Bushido que era una enseñanza prevista sobre todo para el sexo masculino, las virtudes estimadas en la mujer naturalmente estaban lejos de ser distintamente femeninas. Winckelmann comenta que "la belleza suprema del arte griego es algo más masculina que femenina", y Lecky

agrega que era cierta la concepción moral de los griegos como en su arte. Bushido elogió semejantemente a esas mujeres "quienes se emanciparon de la fragilidad de su sexo y exhibieron una fortaleza de ánimo heroica digna del hombre más fuerte y del más valiente". [Nota: Lecky, *History of European Morals* II, p. 383].

Las muchachas jóvenes por lo tanto, fueron entrenadas para reprimir sus sentimientos, para endurecer sus nervios, para manejar las armas, especialmente la hoja de largo mango llamada nagi nata, para ser capaces de enfrentarse contra probabilidades inesperadas. Con todo el motivo primario para el ejercicio de su carácter marcial no fue para su uso en el campo; fue con una doble intención, personal y doméstico.

La mujer no poseyendo ningún señor feudal, formó su propia guardia personal.

Con su arma guardó su santidad personal con tanto celo como su marido hizo a su amo. La utilidad doméstica de su entrenamiento guerrero estaba en la educación de sus hijos, como veremos más adelante.

Esgrima y ejercicios similares, si raramente tenían uso práctico, eran un sano contrapeso a los hábitos de otra manera sedentarios de la mujer. Pero estos ejercicios no fueron seguidos solamente por propósitos higiénicos. Podían tornarse útiles en épocas de necesidad.

Las muchachas, cuando se transformaban en mujeres, eran introducidas a los verdugillos (kai ken, puñales de bolsillo), que podían ser dirigidos al pecho de sus asaltantes, o, si era recomendable, al de ellas mismas.

Este último era un caso muy frecuente: pero no lo juzgaré severamente. Incluso la conciencia cristiana con su horror de la auto inmólación, no será duras con ellas, considerando a Pelagia y Domnina, dos suicidas, fueron canonizadas por su pureza y piedad. Cuando una Virgen japonesa veía amenazada su castidad, no esperaba por la daga de su padre. Su propia arma yacía en su pecho.

Era una deshonra para ella no saber la manera apropiada en la cual tenía que perpetrar su auto destrucción. Por ejemplo, como de pequeña fue enseñada en anatomía, debía saber el punto exacto para cortar en su garganta: debía saber cómo atar sus miembros más bajos junto con una correa para, cualquiera que fueran las agonías de la muerte, encontrarán su cadáver en modestia extrema con los miembros compuesto correctamente. ¿Una precaución como esta no es digna del Perpetuo cristiano o del Vestal Cornelia? No pondría una interrogación tan precipitada, no para una idea falsa, basada en nuestras costumbres al bañarnos y otras bagatelas, que la castidad es desconocida entre nosotros. [Nota: Para una explicación muy sensible de la desnudez y de bañarse véase *Finck's Lotos Time in Japan*, pp. 286-297] por el contrario, la castidad era una virtud preeminente de la mujer samurái, mantenida por encima de la misma vida.

Una mujer joven, tomada prisionera, viéndose en peligro de ser violada por las salvajes manos de la tropa, dice que obedecerá a su placer, con tal de que primero le sea permitido escribir una carta a sus hermanas, a las que la guerra ha dispersado a diferentes lugares. Cuando se acaba la epístola, corre al pozo más cercano y salva su honor ahogándose.

La carta que deja termina con estos versos;

"para el miedo a fin de que las nubes puedan amortiguar su luz, Podrían ellas sino rozar esta esfera inferior,

La joven luna se posó sobre las alturas De prisa entrégate a tu volar"

Sería injusto dar a mis lectores una idea de que solamente la masculinidad era nuestro ideal más alto para la mujer. ¡Nada más lejos de esto! Los hechos y las tolerancias más apacibles de la vida fueron requeridas de ellas.

La música, el baile y la literatura no fueron descuidados. Algunos de los versos más finos de nuestra literatura eran expresiones de sentimientos femeninos; de hecho, las mujeres desempeñaron un papel importante en la historia de los *belles lettres* japoneses.

El baile fue enseñado (estoy hablando de muchachas samurái y no de geisha) solamente para alisar la oblicuidad de sus movimientos.

La música fue el agasaje a las horas cansadas de sus padres y maridos; por lo tanto la técnica no era el arte como tal, sino que la música fue aprendida; para la meta final de purificación del corazón, puesto que fue dicho que no se alcanza la armonía de sonido sin que el corazón del ejecutante este en armonía consigo mismo. Aquí vemos otra vez la misma idea prevaleciente la cual notamos en el entrenamiento de los jóvenes, que la vida en sociedad siempre se mantuvo subordinada al valor moral. Apenas lo suficiente de música y de baile para agregar gracia y brillo a la vida, pero nunca para favorecer la vanidad y la extravagancia.

Comparto la idea del príncipe persa, que, cuando estaba en un salón de baile en Londres y se le pidió tomar parte en la fiesta, comentó sin rodeos que en su país proporcionaban un grupo particular de muchachas para hacer esa clase de cosas por ellos.

La vida en sociedad de nuestras mujeres no fue adquirida para la demostración o el rango social.

Eran una diversión casera; y si brillaron en fiestas sociales, fue por sus cualidades de presentadoras, en otras palabras, como parte de la invención de la casa para la hospitalidad. La domesticidad rigió su educación. Puede decirse que la vida en sociedad de las mujeres del viejo Japón, ya sean de carácter marcial o pacífico, fue pensada principalmente para el hogar; y, aunque anduvieran lejos, nunca perdieron de vista el hogar como el centro.

Esto fue para mantener su honor e integridad, por eso se esclavizaron y dieron sus vidas. Noche y día, en tonos fuertes y suaves, valientes y quejumbrosas, cantaron a sus pequeñas jerarquías. Como hija, la mujer se sacrificó por su padre, al igual que la esposa por su marido, y la madre por su hijo.

Así desde la juventud más temprana le enseñaron a negarse a sí misma. Su vida no era independiente, sino de servicio dependiente. Compañera del hombre, si su presencia era útil permanecía en la estancia con él; si obstaculizaba su trabajo, se retiraba detrás de la cortina. No era poco frecuente que un joven se enamorará de una doncella que devolvía su amor con igual ardor, pero, cuando ella realizaba su interés y la hacía olvidar sus deberes, desfiguraba a su persona para que la atracción pudiera cesar.

Adzuma, la esposa ideal en las mentes de las muchachas samurái, se encontró a sí misma amada por un hombre que, de forma en que pudiera ganar su afecto, conspira contra su marido. Sobre la pretensión de ingresar en el papel de culpabilidad, en la oscuridad toma el lugar de su marido, y la espada del amante asesino desciende sobre su propia cabeza devota. La siguiente epístola escrita por la esposa de un Daimyo joven, antes de tomar su propia vida, no necesita ningún comentario: "A menudo he escuchado que ningún accidente u oportunidad estropea la marcha de los eventos que han acontecido, y que todo se mueve de acuerdo a un plan. Tomar abrigo bajo una rama común o beber de un mismo río por igual, edades antes de nuestro nacimiento ya han sido ordenados. Puesto que nos unieron en lazos de eterno matrimonio, hace apenas dos años, mi corazón ha seguido, incluso como la sombra sigue un objeto, inseparablemente corazón a corazón, amando y siendo amada.

Lo estuve aprendiendo, sin embargo recientemente, se avecinaba una batalla la última del trabajo y de la vida, tomar el saludo cariñoso del compañero amante.

He oído que Kou, el poderoso guerrero de China antigua, perdió una batalla, reacio a partir de su favorita Gu.

Yoshinaka, también, valiente como lo fue, le llegó la desgracia por su causa, demasiado débil para ofrecer un pronto adiós a su esposa. ¿Por qué debo, ya que nadie en la tierra ofrece esperanza o alegría, detenerlo a él o a sus pensamiento de seguir viviendo?, ¿Por qué no debo, esperarlo en el camino que todos los mortales deben pisar alguna vez? Nunca se olvidan todos los beneficios que nuestro buen amo Hideyori nos ha traído.

La gratitud que le debemos es tan profunda como el mar y tan elevada como las montañas".

La entrega de las mujeres para el bien de su marido, hogar y familia, fue tan honorable y dispuesto como el mismo el hombre se entregó al beneficio de su señor y de su país.

La renuncia a uno mismo, sin la cual el enigma de la vida no puede resolverse, fue la nota clave de la lealtad del hombre así como de la domesticidad de la mujer.

Ella no era no más esclava de su marido que el hombre a su señor feudal, y la parte que jugó fue reconocida como Naijo, "ayuda interna".

En la escala ascendente de servicio estaba ubicada la mujer, que se aniquiló a si misma por el hombre, que él mismo podía ser aniquilado por el amo, que él en su turno debía obedecer al cielo. Sé la debilidad de esta enseñanza y que la superioridad del cristianismo no está en ninguna parte más de manifiesto que aquí, en que requiere de todas y cada una de las almas directamente responsable de su creador. Sin embargo, así como la doctrina de servicio, servir una causa superior a uno mismo, incluso en el sacrificio de la propia individualidad; yo digo que la doctrina de servicio, que es lo más grandioso que predicó Cristo y es la nota clave sagrada de su misión, va más allá de lo que se refiere, Bushido es basado en una verdad eterna.

Mis lectores no me acusarán de perjudicar indebidamente a favor de entregar la volición al esclavismo. Acepto en gran medida que la visión avanzó con el ampliamento del aprender y se defendió con la profundidad de pensamiento de Hegel, que esa historia es el despliegue y la realización de la libertad.

Lo que quiero hacer hincapié es que la toda la enseñanza del Bushido fue imbuida tan a fondo con el espíritu de sacrificio propio y eso no fue requerido solamente de la mujer sino también del hombre.

Por lo tanto, hasta que la influencia de sus preceptos no sea enteramente alejada, nuestra sociedad no tendrá la visión rudara expresada por algún exponente norteamericano de los derechos de la mujer, que clamaron, "¡Todas las hijas del creciente Japón pueden rebelarse contra las costumbres antiguas!" ¿Puede tal rebelión tener éxito? ¿Mejorará el estado femenino? ¿Podrán los derechos por un proceso tan sumario ganar y compensar la pérdida de esa dulce disposición, de esos modales descorteses, que son su actual herencia? ¿No fue la pérdida de domesticidad parte de que las matronas romanas siguieron la corrupción moral demasiado densa como para mencionarla? ¿Puede el reformador norteamericano asegurarnos que una rebelión de nuestras hijas es el curso verdadero para que se tome un desarrollo histórico?, estas son preguntas graves.

¡Los cambios deben y vendrán sin rebeliones! Mientras tanto veamos si el estado del bello sexo bajo el régimen del Bushido fue realmente tan malo como para justificar una rebelión.

Oímos mucho del apego de respetables caballeros europeos a "dios y las señoras", la incongruencia de los dos términos hacen que Gibbon se ruborice; fueron también dicho por Hallam que la moralidad del código de caballería fuera tosco, que la galantería implicaba amor ilícito.

El efecto del código de caballería en los más débiles receptores fue alimento para reflexión por parte de filósofos, M. Guizot afirmaba que el Feudalismo y el código de caballería labraban sanas influencias, mientras que el Sr. Spencer nos dice que en una sociedad militante (¿y que es la sociedad feudal sino militante?) la posición de la mujer es necesariamente baja, mejorando solamente si la sociedad se vuelve más industrial.

¿La teoría de M. Guizot o del Sr. Spencer es verdad en Japón?. Como respuesta puede ser que ambas tengan razón.

La clase militar en Japón fue restringida al samurái, abarcando casi 2.000.000 almas. Sobre ellas estaban los nobles militares, el daimyo, y los nobles de la corte, los kuge, esos nobles elevados y sibaritas que eran combatientes solamente en el nombre.

Debajo de ellos estaban las masas de gente común, mecánicos, comerciantes, y campesinos, que su vida fue dedicada a las artes y a la paz.

Así que Herbert Spencer así como da las características de un tipo militante de sociedad puede decirse haberse confinado exclusivamente a la clase samurái, mientras que los del tipo industrial eran aplicables a las clases por encima y por debajo de él. Esto es bien ilustrado por la posición de la mujer; en ninguna clase ella experimentó menos libertad que entre el samurái. Puede extrañar

decir, las clases sociales más bajas, como, por ejemplo, entre los pequeños artesanos, la posición del marido y de la esposa fue de mayor igualdad. Entre la nobleza más alta, también, la diferencia en las relaciones de los sexos fue menos marcada, principalmente porque había pocas ocasiones para traer las diferencias del sexo en prominencia, el pausado hombre noble se había vuelto literalmente afeminado. Así la sentencia de Spencer fue ejemplificada completamente en el viejo Japón.

En cuanto a Guizot, los que leen su presentación de una comunidad feudal recordarán que él tenía la nobleza más alta especialmente bajo consideración, de modo que su generalización se aplica al daimyo y al kuge.

Seré culpable de grave injusticia a la verdad histórica si mis palabras dan una opinión muy pobre del estado de la mujer bajo el Bushido.

No vacilo en indicar que no la trataron igual como al hombre; pero hasta que aprendamos a discriminar entre la diferencia y las desigualdades, habrá siempre malentendidos sobre este tema. Cuando pensamos en cómo pocos hombres respetuosos de los respetos son iguales entre sí mismos, por ejemplo, antes de un juicio o de encuestas de votación, parece ocioso preocuparse por una discusión sobre la igualdad de sexos. Cuando, la *American Declaration of Independence* dijo que todos los hombres fueron igualmente creados, no hacía ninguna referencia a los dones mentales o físicos: repitió simplemente lo que Ulpian anunció largo tiempo, que ante la ley todos los hombres son iguales. Los derechos legales fueron en este caso la medida de su igualdad.

La ley fue la única con la cual se mide la posición de la mujer en una comunidad, esto podría ser fácil decir cómo dar su peso en el antiguo sistema británico de pesos.

Pero la pregunta es: ¿Hay un estándar correcto en comparar la posición social relativa de los sexos? ¿Es esto correcto, es esto suficiente, comparar el estado de la mujer y el hombre como comparar el valor de la plata con el del oro, y dar un cociente numérico? Tal método de cálculo excluye de la consideración la clase más importante de valor que un humano posee; a saber, lo intrínseco.

En la vista de la variedad de múltiples requisitos para hacer que cada sexo cumpla su misión terrenal, el estándar que se adoptará en medir su posición relativa debe ser de un carácter compuesto; o, para poder ir prestado del lenguaje económico, debe ser un estándar múltiple.

Bushido tenía un estándar propio y era binomial. Intentó medir el valor de la mujer en el campo de batalla y por el hogar. Allí contó para muy poco; para todo.

El tratamiento acordó su correspondencia a esta doble medida; no mucho como unidad social y política, mientras que como esposa y madre recibió el respecto más alto y el afecto más profundo.

¿Por qué entre una nación tan militarizada como la Romana, las matronas fueron veneradas tan altamente? ¿No fue porque las matronas, fueron madres?

No como peleadoras o legisladoras, sino como madres que hicieron que los hombres las reverenciaran. Tanto como nosotros. Mientras que los padres y los maridos estaban ausentes por las campañas, el gobierno de la casa fue dejado enteramente en las manos de madres y esposas. La educación del joven, incluso su defensa, fue confiada a ellas.

Los ejercicios de guerra de las mujeres, de los que he hablado, debían sobre todo permitirles dirigir inteligentemente y seguir la educación de sus hijos.

He notado una noción algo superficial que prevalece entre los extranjeros medio informados, de que porque la expresión japonesa común para esposa es "mi esposa rústica" y similares, ella es desdeñada y poco estimada.

¿Cuándo se dicen frases tales como "mi tonto padre", "mi cerdo hijo", "mi torpe mi mismo" están usándose, no es bastante clara la respuesta?

A mí se parece que nuestra idea de unión marital en alguna forma va más allá que la supuesta cristiana. "Hombre y la mujer serán una carne". El individualismo del anglosajón no puede dejar ir la idea de que marido y mujer son dos personas; por lo tanto cuando discrepan, sus derechos

separados son reconocidos, y cuando coinciden, agotan su vocabulario en todas clases de tontos nombres de animales y halagos absurdos.

Suena altamente irracional a nuestros oídos, cuando un marido o una esposa habla a terceros de su otro mitad, bueno o malo, siendo encantadora, brillante, buena. ¿Es de buen gusto a hablar de uno mismo como "mi uno mismo brillante," "mi disposición encantadora," y así sucesivamente?

¡Pensamos que elogiando a la esposa o a al marido se está elogiando parte de su propio ser, y la alabanza a uno mismo está vista, por no decir menos, de mal gusto entre nosotros, y espero, que entre las naciones cristianas también!

He divergido por algún tiempo porque la degradación cortés del propio consorte estuvo en vigor entre los samurái.

Las razas Teutónicas comienzan su vida tribal con un temor supersticioso del sexo bello (¡aunque realmente está en desuso en Alemania!), y los americanos comienzan su vida social bajo la dolorosa conciencia de la escasez numérica de mujeres [Nota: Me refiero a esos días cuando las muchachas fueron importadas de Inglaterra y ofrecidas en matrimonio por algunas libras de tabaco] (de quienes, ahora ha aumentado rápidamente , me temo, la pérdida de prestigio que sus madres coloniales gozaban), el hombre respetuoso tiene que pagar a la mujer en la civilización occidental esto se ha vuelto el estándar principal de la moralidad.

Pero en la ética marcial de Bushido, la línea divisoria de las aguas que separaba lo bueno y lo malo fue buscada en otra parte. Esta se situó a lo largo de la línea del deber que limitaba al hombre a su propia alma divina y entonces a otras almas, en las cinco relaciones que he mencionado anteriormente en este libro.

De estos hemos mostrado a nuestro lector, la lealtad, la relación entre un hombre como vasallo y otro como señor. Sobre el resto, solo he insistido incidentalmente cuando la ocasión se presentó; porque no eran peculiares al Bushido.

Siendo fundado en afectos naturales, podrían sino ser comunes a toda la humanidad, aunque en algunos detalles que pudieron haber sido acentuados por las condiciones que sus enseñanzas indujeron.

En esta conexión, viene ante de mí la peculiar fuerza y dulzura de la amistad entre el hombre y el hombre, que a menudo agregaron al enlace de la fraternidad un accesorio romántico que se intensificó sin duda alguna por la separación de los sexos en la juventud, una separación que negó el afecto como un canal natural abierto a ella en el código de caballería occidental o en el libre intercambio de tierras anglosajonas.

Puede ser que llene páginas de las versiones japonesas de la historia de Damon y Pythias o Aquiles y Patroclos, o diga en las palabras de Bushido los lazos de simpatía que ataban a David y Jonathan.

LA INFLUENCIA DEL BUSHIDO

Esto no es sorpresa, sin embargo, esas virtudes y enseñanzas únicas en los preceptos de caballería no seguían circunscritas a la clase militar. Esto hace que aceleremos a la consideración de la influencia del bushido a lo largo de la nación.

Hemos visto solamente que algunos de los picos más prominentes que se levantan sobre la gama de virtudes caballerescas, son mucho más elevados que el nivel general de nuestra vida nacional. Así como el sol en el amanecer primero toca los picos más altos con una tonalidad pelirroja, y luego vierte gradualmente sus rayos en el bajo valle, el sistema ético que primero iluminó a la clase militar acercó su curso del tiempo a sus seguidores de entre de las masas.

La democracia erige un príncipe natural para su líder, y la aristocracia infunde un espíritu principesco entre la gente. Las virtudes no son menos contagiosas que los vicios. "Solamente se

necesita estar en compañía de un hombre sabio, y todo será sabio, así de rápido es el contagio", dice Emerson.

Ninguna clase social o casta puede resistir la energía difusiva de la influencia moral. Prate como uno de los triunfantes de la marcha de libertad anglosajona, raramente había recibido ímpetus de las masas. ¿En cierto grado no fue el trabajo de hacendados y caballeros?

M. Taine opina muy acertadamente, "estas tres sílabas, utilizadas a través del canal, resumen la historia de la sociedad inglesa".

La democracia puede hacer réplicas de sí misma a tal declaración y arrojar la pregunta, "Cuando Adán exploró y Eva atravesó, entonces ¿dónde estaba el caballero?" ¡Lo más penoso es que en el Edén un caballero no estaba presente! Los primeros padres lo perdieron adoloridos y pagaron un precio elevado por su ausencia. De haber estado allí, no solamente habría sido vestido de buen gusto el jardín habría sino que habrían aprendido sin la experiencia dolorosa de la desobediencia a Jehovah que fue deslealtad y deshonor, traición y rebelión.

Lo que fue Japón se le debe al samurái.

No solamente era la flor de la nación sino también su raíz. Todas las gracias del Cielo fluían a través de él. Aunque se mantuvieron socialmente a distancia del populacho, fijaron un estándar moral para ellos y los dirigieron por su ejemplo.

Admito que Bushido tenía sus enseñanzas esotéricas y exotéricas; las que fueron eudemonísticas, se ocuparon del bienestar y de la felicidad, de la concordancia, mientras que las que fueron aretaicas, acentuaban la práctica de las virtudes por su propio motivo.

En los días más caballerescos de Europa, los caballeros formaban numéricamente na más que una fracción pequeña de la población, pero, como Emerson dice, "En la mitad de la literatura inglesa de drama y en todas las novelas, desde sir Philip Sidney a sir Walter Scott, pintaron esta figura (caballero)".

Escriba en lugar de Sidney y Scott, Chikamatsu y Bakin, y tendrá en una cáscara de nuez las características principales de la historia literaria de Japón.

Las avenidas innumerables de los teatros populares de la diversión y de la instrucción, los teatros, las carpas de los juglares, la tarima del predicador, las recitaciones musicales, las novelas, han tomado como tema principal de las historias samurái.

Los campesinos alrededor de las fogatas en sus chozas nunca se cansaron de repetir los logros de Yoshitsune y de su fiel asistente Benkei, o de los dos hermanos valientes de Soga; los pilluelos escuchan en la oscuridad boquiabiertos hasta que la última brasa se quema y el fuego muere en sus ascuas, todavía dejando sus corazones radiantes con él la historia relatada. Los vendedores y los compradores, después de que el trabajo del día se terminaba y el amado [Nota: Puerta corrediza exterior] del almacén era cerrado, se reunían para relatar las historias de Nobunaga y de Hideyoshi hasta ya avanzada la noche, hasta que el sopor alcanzaba sus ojos cansados y los transportaba de la servidumbre a las hazañas del campo.

Los más pequeños que apenas balbuceaban comenzaban a contarles las aventuras de Momotaro, el temerario conquistador de la tierra de los ogros. Incluso las muchachas así eran imbuidas al amor de las hazañas de caballería y de las virtudes, como Desdémona, se inclinarían seriamente a devorar con oído codicioso el romance del samurái.

El samurái vino a ser el *beau* ideal de la raza entera. "como entre las flores el cerezo es la reina, así entre los hombres el samurái es señor", se cantaba entre el populacho. Excluida de búsquedas comerciales, la clase militar en sí mismo no ayudó al comercio; pero no había canal de la actividad humana, ninguna avenida del pensamiento, que no recibió en una cierta medida un ímpetu del Bushido.

Intelectual y moralmente Japón estaba directamente o indirectamente el trabajo de la Caballería.

El Sr. Mallock, en su libro excesivamente sugerente, "Aristocracy and Evolution" ha narrado elocuentemente que, "la evolución social, más allá del orden biológico, se puede definir como el resultado involuntario de las intenciones de grandes hombres"; además, ese progre so histórico es

producido por una lucha "no entre la comunidad en general, para vivir, sino una lucha entre una sección pequeña de la comunidad para conducir, dirigir, emplear, a la mayoría de la mejor manera".

Lo que se puede decir sobre la validez de su argumento, estas declaraciones se verifican ampliamente en el rol jugado por el bushi en el progreso social, por lo que fue, de nuestro Imperio. Como el espíritu de Bushido impregnó todas las clases sociales también se demuestra en el desarrollo de cierta orden de hombres, conocida como otoko date, los líderes naturales de la democracia.

Ellos eran los compañeros firmes, cada centímetro de ellos se fortalecía con la fuerza de la masa de valientes.

Inmediatamente los portavoces y los guardianes de los derechos populares, tenían centenares y millares de almas que los seguían de la misma manera que el samurai hizo al daimyo, al servicio dispuesto de "miembros y vida, del cuerpo, a los bienes inmuebles y al honor terrenal".

Soportado por una vasta multitud de rudos e impetuosos hombres trabajadores, eso los llevo a ser "jefes" y formaron un freno formidable a la proliferante orden de "las dos espadas.

De muchas maneras el Bushido se ha filtrado de la clase social donde se originó, y actuaba como levadura entre las masas, equipando un estándar moral para toda la gente.

Los preceptos de Caballería, comenzados al principio como la gloria de la élite, se convirtieron con el tiempo una aspiración e inspiración a lo largo de la nación; y aunque el populacho no podría lograr la altura moral de esas almas más altas, aún Yamato Damashii, el alma de Japón, vino en última instancia a expresar el Volksgeist del Reino de la isla. Si la religión no es más que "moralidad tocada por la emoción", como Matthew Arnold la define, pocos sistemas éticos tienen mejor derecho al grado de religión que el Bushido.

Motoori ha puesto la muda elocuencia de la nación en palabras cuando canta:

"¡Bendita isla de Japón! Debe nuestro espíritu Yamato Extranjeros buscan revisar

Dice, sospecha del sol y del aire al amanecer Sopla en el cerezo salvaje y fiero!"

Sí, el sakura [Nota: *Cerasus pseudo cerasus*, Lindley] ha sido por mucho tiempo la favorita de nuestra gente y el emblema de nuestro carácter. Marcan particularidad los términos de la definición que el poeta utiliza, la flor salvaje de cerezo que sospecha el sol de la mañana.

El espíritu de Yamato no es una planta doméstica, débil, sino salvaje, en el sentido natural, en su crecimiento; es indígena al suelo; sus cualidades accidentales puede compartirlas con flores de otras tierras, pero en su esencia sigue siendo la original, espontánea a nuestro clima. Pero de donde es nativa no es lo único que demanda nuestro afecto. El refinamiento y la gracia de su belleza apela a nuestro sentido estético como ninguna otra flor puede.

No podemos compartir la admiración de los europeos para sus rosas, que carecen de la simplicidad de nuestra flor, también, las espinas que se ocultan debajo de la dulzura de la rosa, la tenacidad con la cual se aferra en la vida, asustada a muerte y reacia a nunca morir, prefiriendo descomponerse en su vástago; sus colores y fragancias llamativas, todos estas características tan desemejante de nuestra flor, que no lleva ninguna espina o veneno bajo su belleza, siempre lista a dar la vida al llamado de la naturaleza, sus colores nunca son magníficos, y que su ligera fragancia nunca harta.

La belleza del color y de la forma se limita en su demostración; es una calidad fijada de la existencia, mientras que la fragancia es volátil, etérea como la respiración de la vida.

Así en todas las ceremonias religiosas el incienso y la mirra juegan una parte prominente. Hay algo espiritual en su fragancia. Cuando el perfume delicioso del sakura satura el aire de la mañana, así el sol en su curso se levanta para iluminar primero las islas del lejano oriente, pocas sensaciones son serenamente más regocijantes que in halar, como lo fue, la misma respiración de un bello día.

Cuando el mismo Creador se representa como la fabricación de nuevas resoluciones en su corazón sobre oler un sabor dulce (Génesis VIII, 21), ¿es esto alguna clase de maravilla que la

estación perfumada de la flor de cerezo deba llamar a toda la nación a salir de sus pequeñas habitaciones? No hay que culparlos, si por un tiempo sus miembros se olvidan de sus tareas y trabajos y sus corazones y sus penas y dolores.

Su breve placer terminó, vuelven a sus tareas diarias con nueva fuerza y nuevas resoluciones. Así en más de una forma el sakura es la flor de la nación.

Es, entonces, esta flor, así de dulce y efímera al soplar el viento que vierte un poco de perfume, lista a desaparecer por siempre, ¿es esta flor del tipo del espíritu Yamato? ¿Es el alma de Japón tan mortalmente frágil?

¿SIGUE VIVO EL BUSHIDO?

¿Sigue vivo el bushido? ¿O la civilización occidental, en su marcha a través de la tierra, eliminó cada rastro de esta disciplina antigua?

Sería algo triste si el alma de una nación podría morir tan rápidamente. Esa alma sería pobre ya que podría sucumbir tan fácilmente a las influencias extrañas. El agregado de los elementos psicológicos que constituyen un carácter nacional, es tan tenaz como "los elementos irreducibles de las especies, las aletas de los peces, el pico del ave, los colmillos del carnívoro".

En su libro reciente, lleno de aseveraciones sencillas y generalizaciones brillantes, M. LeBon [Nota: *The Psychology of Peoples*, p. 33.] dice, "los descubrimientos debidos a la inteligencia son el patrimonio común de la humanidad; las cualidades o los defectos del carácter constituyen el patrimonio exclusivo de cada gente: son la roca firme que las aguas deben lavar día a día por siglos, antes de que puedan eliminar sus asperezas externas".

Éstas son palabras fuertes y estarían altamente dignas de considerarse, por afirmar que las cualidades y los defectos del carácter constituyen el patrimonio exclusivo de cada gente.

Las teorías de esquematizantes de esta clase han estado avanzadas mucho antes de que LeBon comenzara a escribir su libro, y fueron desmentidas hace mucho tiempo por Theodor Waitz y Hugh Murray.

Al estudiar las varias virtudes inculcadas por Bushido, nos hemos manejado sobre las fuentes europeas para la comparación y los ejemplos, y hemos visto que ninguna cualidad del carácter era un patrimonio exclusivo. Es verdad que el agregado de cualidades morales presenta un aspecto absolutamente único.

Es este agregado que Emerson nombra un "resultado compuesto en el cual cada gran fuerza entre como un ingrediente". Pero, en vez de hacerlo, como LeBon, un patrimonio exclusivo de una raza o de una gente, el filósofo de la concordia las llama "un elemento que une a las personas más fuertes de cada país; los hace inteligibles y conforme el uno al otro; y es algo tan exacto que inmediatamente se siente si un individuo carece de la señal Masónica".

El carácter que el Bushido ha estampado en nuestra nación y en particular en el samurái, no se puede decir que forma "un elemento irreducible de la especie", pero sin embargo no hay duda en la vitalidad que conserva.

El Bushido fue solo una fuerza física, el ímpetu que ganó en los setecientos años pasados no podría detenerse tan precipitadamente.

Fue transmitido solamente por herencia, su influencia debió ser inmensamente extensa. Sólo piense, como M. Cheysson, un economista francés, ha calculado, suponiendo que en un siglo hay tres generaciones, "cada uno de nosotros tendría en sus venas la sangre de por lo menos veinte millones de personas que vivieron en el año 1000 A.D." El simple campesino que cava siembra la tierra, "arqueado por el peso de siglos", tiene en sus venas la sangre de edades, y es así un hermano para nosotros como "lo es el buey". Bushido ha estado moviendo un poder inconsciente e irresistible a la nación y a los individuos.

Fue una confesión honesta de la raza cuando Yoshida Shoin, uno de los pioneros más brillantes del Japón moderno, escribió en la víspera de su ejecución la siguiente estrofa;

"Yo bien sabía que este camino debía terminar en la muerte; Fue el espíritu de Yamato el que me impulsó a atreverme a cualquier cosa".

Sin formularlo, Bushido era y sigue siendo el espíritu animado, la fuerza motora de nuestro país.

Sr. Ransome dice que "tres distintos Japón coexisten lado a lado hoy en día, el viejo, que no ha muerto totalmente; el nuevo, con un nacimiento difícil excepto en espíritu; y el de transición, que pasa hoy a través de sus dolores más críticos".

Mientras que esto es muy cierto en la mayoría de los casos, y particularmente en lo que concierne a las instituciones tangibles y concretas, la declaración, en relación a nociones éticas fundamentales, requiere una cierta modificación; para Bushido, creador y producto del viejo Japón, sigue siendo el principio guía de la transición y probarán la fuerza formativa de la nueva era

Los grandes estadistas que dirigieron la nave de nuestro estado a través del huracán de la Restauración y del torbellino del rejuvenecimiento nacional, fueron hombres que no sabían ninguna otra enseñanza moral que los preceptos de Caballería.

Algunos escritores [Nota: Speer; *Missions and Politics in Asia*, Lectura IV, pp. 189-190; Dennis: *Christian Missions and Social Progress*, Vol. I, p. 32, Vol. II, p. 70] últimamente Han intentado probar que los misioneros cristianos contribuyeron con un contingente apreciable en la fabricación del nuevo Japón.

De buena gana rendiría honor a quien honor merece: pero este honor puede difícilmente apenas acordarse a los buenos misioneros.

Más correcto a su profesión será adherirse a la prescripción escrita de preferir a uno u a otro en honor, que avanzar en una demanda en la cual no tengan ninguna prueba para sustentarla.

Para mí, creo que los misioneros cristianos están haciendo grandes cosas para Japón, en el campo de la educación, y especialmente de educación moral: únicamente, en el misterioso pensamiento no menos cierto del Espíritu todavía oculto en el secreto divino. Lo que sea que hagan todavía tiene un efecto indirecto.

Pero solamente, las misiones cristianas han tenido un efecto poco visible de moldear el carácter del nuevo Japón.

No, esto fue Bushido, puro y simple, el que nos impulsó al bien y a la desgracia.

Abra las biografías de los creadores del moderno Japón, de Sakuma, de Saigo, de Okubo, de Kido, para no mencionar las reminiscencias de hombres vivos tales como Ito, Okuma, Itagaki, y encontrará que estaban bajo el ímpetu samuraiesco que pensaron y labraron.

Cuando el Sr. Henry Norman declaró, después de su estudio y observación del lejano oriente, [*The Far East*, p. 375] que solamente al respecto en el cual Japón diferenció de otros despotismos orientales yacía en "la influencia predominante entre su gente del más terminante, más alto, y el mas puntilloso códigos de honor jamás ideado por el hombre", él tocó el impulso principal que ha hecho de la nueva Japón lo que es y lo que está destinada a ser.

La transformación de Japón es un hecho patente en todo el mundo. En un trabajo de tal magnitud varios motivos entran naturalmente; pero si mencionara al principal, no vacilaría en nombrar al Bushido.

Cuando abrimos todo el país al comercio exterior, cuando introdujimos las últimas mejoras en cada departamento de la vida, cuando comenzamos a estudiar política y ciencias occidentales, nuestro motivo de guía no fue el desarrollo de nuestros recursos físicos y el aumento de la abundancia; mucho menos fue una imitación oculta de las costumbres occidentales.

Un observador cercano de las instituciones y de las gentes orientales ha escrito: "Estamos diciendo cada día cómo Europa se ha influenciado de Japón, y se olvida de que el cambio en esas islas fue auto generado, que los europeos no enseñaron a Japón, sino que Japón eligió aprender de los métodos europeos de organización, civil y militar, que han probado hasta ahora ser acertados.

La nación japonesa importó ciencia mecánica europea, como años antes los turcos importaron artillería europea.

Esa no es exactamente influencia", continúa a Sr. Townsend, "a menos que, de hecho, Inglaterra sea influenciada por comprar té de China. ¿Dónde está el apóstol europeo", pregunta nuestro autor "o el filósofo o el estadista o el agitador que han rehecho Japón?" [Nota: Meredith Townsend, *Asia and Europe*, N.Y., 1900, 28].

El Sr. Townsend ha percibido bien que el impulso de la acción que causó los cambios en Japón yace totalmente dentro de nuestro propio ser; y si hubiera sondeado solamente en nuestra psicología, su agudo poder de observación lo habrían convencido fácilmente de que ese impulso no era otro más que el Bushido.

El sentido de honor no puede ser menospreciado como un poder inferior, ese fue el más fuerte de los motivos. Las consideraciones pecuniarias o industriales fueron despertadas más adelante en el proceso de la transformación.

La influencia del Bushido sigue siendo tan palpable su funcionamiento se puede leer. Una ojeada en la vida japonesa la hará manifiesta. Lea a Hearn, el intérprete más elocuente y más veraz de la mentalidad japonesa, y verá el funcionamiento de esa mentalidad ser ejemplo de Bushido.

La cortesía universal de la gente, que es herencia de los modales de caballería, es demasiado bien conocida como para ser nuevamente repetida.

La resistencia física, la fortaleza de ánimo y el valor que "el pequeño Jap" posee, fueron suficientemente probados en la guerra entre China y Japón [Nota: Entre otros trabajos sobre el tema, lea Eastlake y Yamada en *Heroic Japan*, y Dios y en *The New Far East*]

"¿Hay alguna nación más leal y patriótica?" es una pregunta hecha por muchos; y orgullosamente respondemos, "No la hay", debemos agradecer a los Preceptos de Caballería.

Por otra parte, es justo reconocer que de las mismas fallas y defectos de nuestro carácter, Bushido es en gran parte responsable. Nuestra carencia de filosofía abstrusa, aunque algunos de nuestros hombres jóvenes han ganado ya la reputación internacional de científicos investigadores, ninguno ha alcanzado alguna línea filosófica, es detectable la negligencia del entrenamiento metafísico bajo el régimen de la educación del Bushido.

Nuestro sentido del honor es responsable de nuestro sensibilidad y tacto exagerados; y si hay una presunción en nosotros que algún extranjero nos cargue, esa, es también un resultado patológico del honor.

¿Usted ha visto en alguna visita a Japón muchos hombres jóvenes con el cabello despeinado, vestido de la forma más lamentable, llevando en su mano un bastón grande o un libro, acechando sobre las calles con un aire de indiferencia completa a las cosas mundanas? Él es el shosei (estudiante), a quien la tierra es demasiado pequeña y los Cielos no son lo suficientemente altos.

Él tiene sus propias teorías del universo y de la vida. Él mora en castillos de aire y se alimenta de palabras etéreas de sabiduría. En sus ojos brilla el fuego de la ambición; su mente es atril para el conocimiento. Su penuria es solamente un estímulo para conducirlo hacia adelante; las mercancías de sus palabras están en vista de atar su carácter. Él es depósito de la lealtad y del patriotismo. Él es el guarda auto impuesto del honor nacional. Con todas sus virtudes y sus defectos, él es el fragmento del pasado de Bushido.

Profundamente enraizado y con un efecto poderoso como todavía continúa el Bushido, es una influencia inconsciente y muda. El corazón de la gente responde, sin saber el porqué de la razón, a cualquier súplica hecha a lo que ha heredado, y por lo tanto a la misma idea moral expresada en un nuevo y en un viejo término de Bushido, teniendo un grado sumamente diverso de eficacia.

Un cristiano reincidente, que ninguna persuasión pastoral podía ayudarlo de su tendencia negativa, fue revertido de su curso por una súplica hecha a su lealtad, la fidelidad que él juró una vez a su amo. La palabra "lealtad" revivió todos los sentimientos nobles que permitió crecer con tibieza.

Una banda de jóvenes ingobernables amarrados en una larga "huelga de estudiantes" en una universidad, a causa de su descontento con cierto profesor, el Director puso dos preguntas simples que la disolvieron,

"¿Su profesor es de un carácter libre de culpa? Si es así ustedes deben respetarlo y mantenerlo en la escuela.

¿Es débil? Si es así no es de caballeros empujar a un hombre que cae". La incapacidad científica del profesor, que era el principio del apuro, disminuyó a una insignificancia en comparación con las cuestiones morales a las que se hizo alusión.

Despertando los sentimientos consolidados por el Bushido, una renovación moral de gran magnitud puede ser lograda.

Una causa de la falla del trabajo de las misiones es que la mayoría de los misioneros son crasamente ignorantes de nuestra historia, "¿Que debemos cuidar de sus escrituras paganas?" algunos dicen, y por lo tanto hacen que nos alejemos de su religión por los hábitos de nuestros pensamientos y nuestros antepasados a los que hemos estado acostumbrados desde hace siglos.

¡Mofarse de la historia de una nación!, es como pensaría el curso de cualquier gente, incluso los menos desarrollados salvajes africanos que no poseen escrituras, no dejan de ser una página en la historia general de la humanidad, escrita por la misma mano de dios. Las razas más perdidas son palimpsesto a ser descifrada por un ojo observador.

Para una mente filosófica y piadosa, las mismas razas son señas de la coreografía Divina claramente trazada en blanco y negro así como su piel; y si esto se considera similarmente bueno, ¡la raza amarilla forma una página preciosa inscrita en jeroglíficos de oro! Ignorando el curso del pasado de la gente, los misioneros claman que el Cristianismo es una nueva religión, mientras que, para mi mente, es una "vieja, vieja historia", que, si bien está presentado en palabras inteligibles, quiere decir que si está expresada en el vocabulario familiar en el des arrollo moral de una persona, encontrará fácil alojamiento en sus corazones, independiente de la raza o de la nacionalidad.

El cristianismo en su forma norteamericana o inglesa, con más monstruosidades anglosajonas y suposiciones que tolerancia y pureza de su fundador, es un pobre retoño a injertar en la existencia del Bushido.

¿Debe el propagador de la nueva fe desarraigar toda la existencia, raíz y ramas, y plantar las semillas del Evangelio en el suelo destrozado? Un proceso tan heroico puede ser posible, en Hawaii, en donde, se alega, un militante de la iglesia tenía éxito completo en amontonar estropeos para la misma riqueza, y en aniquilar la raza aborigen: ¿tal proceso es lo más decididamente imposible en Japón?, nada, es un proceso que el mismo Jesús nunca habría empleado en la fundación de su reino en la tierra.

Esto nos corresponde para llevar más al corazón las siguientes palabras de un hombre santo, cristiano devoto y profundamente docto: "Los hombres han dividido el mundo en pagano y cristiano, sin considerar cuanto bien se pudo haber ocultado en el primero, o cuanto mal se pudo haber mezclado con el segundo. Han comparado la mejor parte de sí mismos con la peor de sus vecinos, el ideal del cristianismo con la corrupción de Grecia o el Oriente. No han tenido como objetivo la imparcialidad, sino se han contentado con acumular todos lo que se podrían decir alabanza propia, y en el desprecio de otras formas de religion".[Nota: Jowett, Sermons on Faith and Doctrine, II].

EL FUTURO DEL BUSHIDO

Pero, lo que puede ser un error cometido por los individuos, no hay duda de que el principio fundamental de la religión que profesan es una poder que debemos tomar en cuenta el futuro del bushido. Parece que sus días ya están contados

Las muestras siniestras que presagian su futuro están en el aire. No solamente las muestras, sino temibles fuerzas están trabajando para amenazarlo. Pocas comparaciones históricas pueden ser

hechas con más juicio que entre el código de caballería de Europa y el Bushido de Japón, y, si la historia se repite, hará ciertamente con el destino del último lo que hizo con el del anterior.

Las causas particulares y locales para el decaimiento del código de caballería que St. Palaye da, tienen, por supuesto, poca aplicación a las condiciones japonesas; pero las causas más grandes y más generales que ayudaron a minar la Caballería y su código después del Medioevo seguramente están trabajando para la debacle del Bushido.

Una diferencia notable entre la experiencia de Europa y de Japón es, que mientras en Europa cuando el código de caballería fue destetado del Feudalismo y lo adoptó la iglesia, obtuvo un arriendo fresco de vida, en Japón que no hay religión bastante grande para alimentarlo; cuando la institución madre, Feudalismo, se fue, el Bushido quedó huérfano, y tuvo que arreglárselas por sí sólo.

La actual organización militar elaborada pudo tomarlo bajo su patrocinio, pero sabemos que la guerra moderna puede permitirse poco sitio para su crecimiento continuo. El Shinto, que lo fomentó en su infancia, ya está por sí mismo arrinconado.

Los sabios canosos de la antigua China están siendo suplantados por los intelectuales advenedizos del tipo de Bentham y Mill.

Las teorías morales de una clase cómoda, que adulan a las tendencias chauvinistas del tiempo, y por lo tanto con un pensamiento bien adaptado a las necesidades de estos días, han sido inventadas y propuestas; pero solo oímos el eco de sus voces chillonas a través de las columnas del amarillismo.

Principalidades y poderes son puestos contra los preceptos de Caballería. O bien, como Veblen dice, "el decaimiento del código ceremonial, o como otros lo llaman, la vulgarización de la vida, entre las propias clases industriales, se ha vuelto una de las principales atrocidades de la actual civilización para los ojos de todas las personas de sensibilidades delicadas".

La marea irresistible de la triunfante democracia, que puede tolerar ninguna forma o tipo de confianza, y Bushido era una confianza organizada por los que monopolizaron el capital de reserva del intelecto y de la cultura, fijando los grados y el valor de la calidad moral, sola es lo suficientemente poderosa para engullir el remanente del Bushido.

Las actuales fuerzas sociales son antagónicas al espíritu de la pequeña clase, y el código de caballería es, como Freeman critica severamente, un espíritu de la clase. La sociedad moderna, si finge a cualquier unidad, no puede admitir que "las obligaciones puramente personales ideadas en los intereses exclusivos de una clase". [Nota: *Norman Conquest*, Vol. V, p. 482] agregan a este el progreso de la instrucción popular, de artes y hábitos industriales, de abundancia y vida citadina, luego se puede ver fácilmente que ni los cortes más afilados de la espada de los samurái ni el tiro más agudo de los ejes de los arcos más fuertes del Bushido pueden avalarse.

El estado construido sobre la roca del honor y fortificado por el mismo, ¿podríamos llamarlo el Ehrenstaat o, después a la manera de Carlyle, Heroearquía?, está cayendo rápidamente en las manos de abogados con sofismas y de políticos farfulleros armados con los engranes de la guerra que mutilan la lógica.

Las palabras que un gran pensador usó en el discurso de Theresa y Antigone puede ser conveniente ser repetidas para el samurái, "el medio en el cual sus ardientes hazañas tomaron forma se van para siempre".

¡Pobre de las virtudes caballerescas! ¡Pobre del orgullo del samurái!

La moralidad llevada en el mundo con el sonido de los bugles y de los tambores, es destinada a decolorarse como "la partida de los capitanes y de los reyes".

Si la historia puede enseñarnos cualquier cosa, el estado construido en las virtudes marciales, de una ciudad como Sparta o un imperio como Roma, nunca podrá hacer en la tierra una "ciudad continuación". Universal y natural al igual que el instinto de pelea en el hombre, fructuoso de sentimientos nobles y virtudes viriles, como lo ha demostrado ser, no es comprendido por todos.

Debajo del instinto de pelea está al acecho un instinto divino para amar. Hemos visto que el Shinto, Mencius y Wan Yang Ming, lo han enseñado claramente; pero Bushido y el resto de las escuelas militantes de ética, lo han absorbido, sin duda alguna, con cuestiones de necesidad práctica inmediata, y muy a menudo se olvidaron de acentuar este hecho.

La vida ha crecido más en estas últimas épocas.

Llamadas más nobles y más amplias que la demanda de un guerrero llama nuestra atención hoy. Con una vista alargada de la vida, con el crecimiento de la democracia, con el mejor conocimiento de otras gentes y naciones, la idea confucionista de Benevolencia, ¿me atrevería también a agregar la idea budista de Piedad?, se ampliará en el concepto cristiano del amor.

Los hombres se han hecho más que sujetos, han estado creciendo al estado de ciudadanos: mejor dicho, son más que ciudadanos, siendo hombres.

Aunque las nubes de la guerra cuelgan pesadamente sobre nuestro horizonte, creemos que las alas del ángel de la paz pueden dispersarlas.

La historia del mundo confirma la profecía de que "el manso heredará la tierra".

¡Una nación que vende su derecho de nacimiento de la paz, y retrocede de la vanguardia del industrialismo al retroceso del Filibusterismo, hace un negocio pobre de hecho!.

Cuando las condiciones cambian que no sólo han llegado a ser adversas sino hostiles al Bushido, es hora de prepararlo para un entierro honorable. Justamente es difícil precisar cuando los dados del código de caballería, determinarán el momento exacto de su inicio y de su final.

El Dr. Miller dice que el código de caballería fue suprimido formalmente en el año de 1559, cuando Henry II de Francia fue matado en un torneo. Con nosotros, el decreto que suprimió formalmente el Feudalismo en 1870 fue la señal de tocar la marcha fúnebre del Bushido.

El decreto, publicado dos años más tarde, prohibiendo el uso de espadas, sustituyó al anterior, "descombró la gracia de la vida, la defensa barata de las naciones, la enfermera de sentimientos varoniles y empresas heroicas", sonó en la nueva edad de "sofistas, economistas, y calculadores".

Se ha dicho que Japón la ganó última guerra con China por medio de los armas de Murata y del cañón Krupp; se ha dicho que la victoria fue el trabajo de un sistema escolar moderno; pero éstos son menos que medias verdades. ¿Un piano, sea de la manufactura más selecta de Ehrbar o de Steinway, explota en rapsodias de Liszt o Sonatas de Beethoven, sin la mano de un Maestro? O, si los armas ganan batallas, ¿por qué Louis Napoleón no batió a los Prusianos con su Mitrailleuse, o los españoles con sus Mosquetes a los filipinos?, ¿qué esas armas no eran mejores que la Remington pasada de moda?

No es necesario repetir qué ha crecido un refrán trivial que es:

Sin el espíritu que se ha acelerado, los mejores instrumentos poco se aprovechan.

Las mejores armas y cañones no pueden disparar de propio acuerdo; el sistema educativo más moderno no hace de un cobarde un héroe.

¡No! Qué ganáramos las batallas en el Yalu, en Corea y Manchuria, fue por los fantasmas de nuestros padres, dirigiendo nuestras manos y latiendo en nuestros corazones. No están muertos, esos fantasmas, los espíritus de nuestros antepasados guerreros.

Para los que tengan ojos para a ver, son claramente visibles.

Profundicé a un japonés de las ideas más avanzadas, y le demostraré su samurái. Están la gran herencia del honor, del valor y de todas las virtudes marciales, como el profesor Cramb lo expresaba muy bien, "solamente son de confianza, el feudo inalienable de los muertos y de la generación venidera", y el requerimiento presente es salvaguardar esta herencia, ni rebatir una jota del espíritu antiguo; el requerimiento del futuro será ensanchar su alcance en cuanto a lo aplicable en todos los caminos y relaciones de la vida.

Esto ha sido predecido y las predicciones han sido corroboradas por los acontecimientos de la última mitad siglo, que el sistema moral del Japón feudal, como sus castillos y arsenales, se desmenuzará en el polvo, y nuevas éticas renacerán como el Fénix para conducir a un Nuevo Japón en su trayectoria de progreso.

Deseable y probable es el cumplimiento de tal profecía, no debemos olvidar de que el Fénix se levanta solamente de sus propias cenizas, y que no es un ave de paso, ningún Fénix vuela con las alas prestadas de otras ves.

"El Reino del dios está dentro de usted", no viene caminando de las montañas, ni de las más altas; no viene navegando a través de los mares, ni de los más grandes. "Dios ha concedido", dice el Koran, "a cada gente un profeta en su propio lenguaje".

Las semillas del Reino, como lo atestiguado y aprendido por las mentes japonesas, florecieron en el Bushido.

Ahora estos días están terminando, tristes decirlo, antes de su total realización, y nosotros volvemos a cualquier dirección para otras fuentes de dulzura y luz, de fuerza y comodidad, pero entre ellas hasta ahora no se ha encontrado nada que pueda tomar su lugar.

El beneficio y la pérdida de filosofía de Utilitaristas y de Materialistas encuentran favor entre los mutiladores de la lógica de media alma.

El único otro sistema ético bastante poderoso para hacer frente al Utilitarismo y el Materialismo es el Cristianismo, en comparación con el cual Bushido, debo confesarlo, es "un delgado fieltro quemándose", que proclamó al Mesías no para apagar sino para avivar las llamas.

Como sus precursores hebreos, los profetas, notables Isaiah, Jeremiah, Amos y Habakkuk, en el Bushido yace una tensión particular en la conducta moral de las reglas y de los hombres públicos y de las naciones, mientras que la ética de Cristo, que casi solamente trata de los individuos y de sus seguidores personales, encontrará un uso más práctico como individualismo, en su capacidad de un factor moral, crece en potencia.

La dominante, auto-asertiva, supuesta moralidad maestra de Nietzsche, en sí misma relacionada en algunos aspectos al Bushido, es, si no estoy en un gran error, una fase transitoria de reacción temporal contra lo que él llama, por distorsión mórbida, el humilde, la auto-negada moralidad esclavizante del Nazareno.

Cristianismo y Materialismo (incluyendo Utilitarismo), ¿o el futuro los reducirá a formas aún más arcaicas de Hebreísmo y Hellenismo?, dividirán al mundo.

Pocos sistemas morales se les aliarán para su preservación.

¿Dónde se alistarán el Bushido? No teniendo ningún dogma o fórmula a defender, puede permitirse desaparecer como entidad; como la flor de cerezo, dispuesto a morir en la primera ráfaga de la brisa mañanera.

Pero una extinción total nunca será posible.

¿Quién puede decir que el estoicismo está muerto? Está muerto como sistema; pero está vivo como virtud: su energía y vitalidad todavía se sienten a través de muchos canales de la vida, en la filosofía de naciones occidentales, en la jurisprudencia de todo el mundo civilizado. Más aún, dondequiera que el hombre luche para levantarse arriba de sí mismo, dondequiera que su espíritu domine su carne por sus propios esfuerzos, allí veremos trabajando la inmortal disciplina de Zenón.

Bushido como código independiente de ética puede desaparecer, pero su poder no perecerá de la tierra; sus escuelas del valor marcial o del honor cívico pueden ser demolidas, pero su luz y su gloria sobrevivirán a sus ruinas.

Como su flor emblemática, después de que sea soplad o a los cuatro vientos, inmóvil bendecirá a la humanidad con el perfume con el cual enriquecerá la vida.

Edades posteriores, cuando sus partidarios hayan sido enterrados y su mismo nombre haya sido olvidado, sus olores vendrán flotando en el aire como de una colina remota, "el borde del camino va más allá de dónde llega la vista"; entonces en el bello lenguaje del poeta campesino, "el viajero posee la gracia del sentido

De la dulzura cerca que no sabe de dónde,

Y, al detenerse, toma con la frente descubierta La bendición del aire".